

EL MAL DE MAUPASSANT

por el

Dr. Maurice Pillet

Titulo original: *Le mal de Maupassant*

Edición original: Grande Librairie Medicale, Scientifique et industrielle A. Maloine. París, 1911.

Por la traducción: © José M. Ramos González. Junio 2009.

Para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

NOTA DEL TRADUCTOR

Como indica el autor en la dedicatoria, este libro no ha sido escrito para el público en general, sino para los médicos. Al no ser galeno, carezco de los suficientes conocimientos para acometer la traducción de una obra de estas características, pero en mi afán de divulgar la vida y obra de este autor francés, he corrido ese riesgo, por lo que estoy seguro de que algunos términos médicos no han sido traducidos todo lo correctamente que sería deseable. Espero que el lector de esta traducción sea indulgente con este trabajo que tan solo pretende ofrecer al público aspectos de la vida y obra de Maupassant, y que los profesionales de la medicina lo consideren una modesta aportación a la historia de esta insigne disciplina científica.

J.M. Ramos
Pontevedra, 13 de junio de 2009

*Dedico este trabajo a la memoria de mi padre.
Lo he escrito para los médicos y no para el público.
Agradezco al profesor Pierret haberme hecho comprender
mejor el alma de Maupassant explicándome su enfermedad.*

MAURICE PILLET

Algunos médicos ya han estudiado antes que nosotros la vida de Guy de Maupassant. Más bien deberíamos decir que han estudiado su muerte, pues esos autores se han ocupado sobre todo de la locura con la que acaba la existencia del gran escritor y, en particular, el Dr. Lagriffe¹ ha puesto de relieve de forma excelente todos los síntomas por los cuales se manifestó la terrible afección que se llevó al autor normando.

Pero creemos precisamente que el hecho de haber tenido a la vista en todo momento la enfermedad terminal, ha hecho correr un doble riesgo a los diferentes autores: o bien olvidar las otras manifestaciones patológicas de la vida de Maupassant, o bien de atribuirles todas a esta última enfermedad.

Es por ello por lo que hemos querido retomar página a página el libro de la vida de Guy de Maupassant con el objetivo de anotar exactamente todas las manifestaciones de las que estuvo afectado y también con la intención de diferenciar, si es necesario, aquellas de estas manifestaciones que pueden derivar de la enfermedad terminal, de las que pueden serlo de otras causas patológicas. En otras palabras, hemos querido realizar una historia completa de la vida patológica de Guy de Maupassant.

Y así pues, conduciendo nuestro estudio desde este punto de vista, hemos llegado a constatar en Maupassant, la inesperada presencia de un temperamento especial, de un temperamento predisponiéndole más particularmente a las manifestaciones neuropáticas, de tal modo que numerosos síntomas presentados por él deben ser atribuidos a su propio temperamento.

Hemos llegado a esta conclusión, basándonos sobre todo en la presencia de un síntoma, que ha tomado a nuestros ojos una importancia capital y ha sido para nosotros un auténtico signo revelador, cuando por el contrario ha sido casi silenciado por

¹ Dr. Lagriffe, Guy de Maupassant. Etude de psychologie pathologique (*Annales médico-psychologiques*, 1908-1909)

los biógrafos precedentes: hablamos de las migrañas de Maupassant.

Guy de Maupassant padeció en efecto toda su vida ese mal común y tan bien conocido: la migraña. Es un hecho que demostraremos.

Ahora bien, esta no es una constatación banal. Bien al contrario, ¿cómo no va a ser importante si la mayoría de los autores actuales considera, al igual que nosotros, que la migraña no es otra cosa que una modalidad de las epilepsias?

Y, si se quiere admitir por un instante, que Guy de Maupassant se vio afectado por esta fatídica neurosis, ¿no es posible que un día cualquiera se levantase sintiendo tal vez estas extrañas manifestaciones provocadas en su vida, tanto síntomas físicos como mentales: alucinaciones, obsesiones, impulsiones y fobias?

¿Incluso, podría extrañar a alguien que la meningoencefalitis terminase con su vida?

Sin querer ir más lejos en estas previsiones, indicaremos inmediatamente que dividimos nuestro trabajo en tres partes:

En la primera pondremos de manifiesto el hecho esencial de que Guy de Maupassant estaba afectado de migraña, de auténtica migraña, de migraña neurótica, y que la padeció toda su vida.

En la segunda, recordaremos rápidamente las relaciones de las epilepsias y la migraña, desde el triple punto de vista etiológico, clínico y terapéutico.

Finalmente en la tercera, con mucho la más importante, estudiaremos, a la luz de esas nuevas nociones, la vida, las enfermedades y la muerte de Guy de Maupassant.

Antes de comenzar este trabajo, debemos decir unas palabras sobre el reproche a menudo formulado, de que estos

estudios psicopatológicos acerca de hombres célebres faltan al respeto debido a la memoria de aquellos de los que se cuenta su vida. Incluso nosotros hemos recibido, en el transcurso de nuestras investigaciones, una carta de un hombre, ilustre también, que nos decía: «Leeré con interés vuestro trabajo, pero desapruebo que lo escribáis.»

Desde luego, no hubiésemos acabado este estudio si, en nuestro ánimo, hubiese habido algún resquicio de inoportunidad o falta de respeto.

Pero no nos parece como podemos faltar al respeto de alguien investigando las enfermedades que ha padecido. La fístula de Luís XIV, por ejemplo, no es un impedimento para representárnoslo sentado en su trono.

Por el contrario somos de la opinión que toda investigación es buena cuando puede, y ese es nuestro objetivo, explicar mejor una obra y hacer comprender mejor a un genio. Pero nos abstendremos voluntariamente de toda consideración y citación que no tenga esta razón de ser y tenemos el derecho de decir entonces que, si hoy intentamos levantar una esquina del velo, no es con intención de una curiosidad sacrílega, sino más bien con las manos amantes del más fiel discípulo y «el corazón inundado de respeto».

Y seríamos felices igualmente si, contando de un modo tan preciso como fuese posible la vida de uno de esos hombres predestinados que, de época en época, artistas o sabios, dejan caer un poco de ilusión o de verdad sobre nuestras mentes aturridas, podemos, al mismo tiempo, aportar una modesta contribución al estudio de esta modalidad psicológica tan controvertida: el genio.

CAPÍTULO PRIMERO

Guy de Maupassant nació el 5 de agosto de 1850, en el castillo de Miromesnil, en Normandía. Tras haber pasado su juventud, mitad en el colegio, mitad en el campo en casa de su madre, se fue a vivir a París en 1870, cuando se terminaba la guerra franco-alemana.

En París ingresa como empleado en el Ministerio de Marina y permanece allí diez años, trabajando, divirtiéndose y remando.

En 1880, aparece *Bola de Sebo* en las *Veladas de Médan*, y el éxito de su relato le decide a abandonar la Administración.

Luego es el periodo de intensa producción, desde 1880 hasta 1890, durante el cual escribe todas sus obras, a razón de tres volúmenes por año. Viaja; es famoso; es la hora de la gloria y el genio.

¡Pero hete aquí que la hora de la desgracia ya ha llegado! Después del año 1890, su desfalleciente pluma ya no escribe nada; una enfermedad que no perdona se abate sobre su cerebro; medio loco, va de balneario en balneario prescritos por sus médicos, al cálido mar de la Costa Azul; luego se produce el rápido final en una residencia de salud, en París.

Retomaremos, llegado el momento, cada episodio de esta vida atormentada. Por ahora nos ocuparemos especialmente de las migrañas de Guy de Maupassant.

Los autores precedentes, como ya hemos dicho, han pasado por alto esta manifestación. En efecto, el Dr. Lagriffe simplemente la menciona entre muchos otros síntomas, en relación al fin de la vida de Maupassant y no es tenida en

cuenta en el artículo de los señores Rémond y Voivenel¹, ni en la tesis del Sr. Lacassagne².

Por el contrario, nosotros hemos podido recibir a este respecto algunos interesantes testimonios.

De entrada fue la Sra. Hermine Lecomte de Nouy quién ha tenido la atenta amabilidad de escribirnos: «En lo referente a sus migrañas, recuerdo que Maupassant siempre se quejaba y eso era lo que lo arrastraba a abusar de los estupefacientes.»

Fue también el Sr. Pierre Giffard, amigo de juventud de Maupassant, quién escribió espontáneamente en *Le Figaro*: «Sus ojos, muy buenos, que no revelaban de entrada las atroces migrañas de las que el pobre muchacho padecía ya frecuentemente³». El autor habla de la época en la que Maupassant estaba empleado en el Ministerio.

He aquí otro testimonio igualmente interesante. Es también al Sr. Pierre Giffard a quién debemos su conocimiento. Se trata de la Sra. Levanneur, una anciana propietaria de una de las viviendas de Maupassant. La señora vive en la pequeña casa a orillas del Sena donde Guy de Maupassant había alquilado un apartamento y en el cual, evadido siempre que podía del Ministerio de Marina, venía a descansar tras largos paseos en barca.

« Me acuerdo muy bien del Sr. de Maupassant. Partía con sus amigos o solo en su barco y nunca era tan feliz como en el Sena. Luego subía a su habitación y escribía. ¿Si tenía migrañas? ¡Ah! sí, el pobre señor. Lo invadían súbitamente y tenía que acostarse todo el día. Su rostro se volvía completamente rojo. A menudo tenía siempre éter en casa, para

¹ Rémond y Voivenel, *Progrès médical*, 30 de mayo de 1908.

² Lacassagne, *La Folie de Maupassant*, tesis de Toulouse, 1908. Traducido al castellano por J.M. Ramos. Puede encontrarse en :

<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant/Libros/locura.pdf>

³ Suplemento del *Figaro*, Pierre Giffard, febrero 1908.

la ocasión en la que sobreviniese el dolor de cabeza. Siempre olía a éter en su casa. »

He aquí ahora el testimonio de otro amigo de Guy de Maupassant que, sin ser médico y desconociendo por completo nuestras investigaciones, ha trazado un cuadro sintomático extremadamente claro de una crisis dolorosa a la que asistió. Este testigo es el Sr. Gistucci, profesor en el Instituto de Lyon, que narró el siguiente episodio en el transcurso de una conferencia pronunciada por él sobre Guy de Maupassant, conferencia que fue publicada a continuación¹. El Sr. Gistucci nos ha confirmado personalmente la exactitud de su descripción, lo que le agradecemos efusivamente.

El Sr. Gistucci cuenta al principio como, la víspera de la crisis, Guy de Maupassant y él habían ido a bañarse en el mar. El suceso ocurrió en 1880.

Guy se arrojó el primero al agua. Nadaba como un tritón, con una especie de furor (era, creo yo, su primer baño en el mar); se dirigía en línea recta a mar abierto; pronto casi lo perdí de vista; solo su cabeza aparecía como un punto al nivel de las olas en calma, donde se « desenvolvía » con delicia. Al cabo de un cuarto de hora lo vi salir del agua, feliz y chorreando, tumbarse sobre la arena, luego levantarse de un brinco, sonriendo de bienestar con los cabellos despeinados y el bigote húmedo y lacio.

Tenía en ese momento un aire especial de alegría y fuerza. Yo todavía conservo, pasado tanto tiempo, una visión incomparable de gracia atlética y belleza viril. Algunos días después yo iba a tener una impresión muy diferente.

Queriendo despedirme, pues yo iba a partir, fui a preguntar por él al hotel donde me había citado. El botones me dijo: « El señor está acostado. » Pero, como había recibido la orden de introducirme, me precedió sin ruido por el pasillo que llevaba a la habitación que Maupassant ocupaba.

¹ *Le Pessimisme de Maupassant*, por Léon Gistucci, publication de l'Office social, Lyon, 1909.

Empujó la puerta y me quedé estupefacto viendo a mi apuesto compañero de natación **acostado a lo largo de su cama, con la cara pálida, congestionado por zonas, con la cabeza envuelta con vendas y los ojos cerrados**... Me adelanté suavemente y me coloqué a su cabecera. Abrió los ojos, me tendió la mano. Como yo me excusase, poniendo cara de retirarme, él me detuvo con un gesto.

« No es nada, murmuró, se trata de una migraña.»

Y, con una sonrisa, que me pareció dolorosa, me invitó a sentarme, a esperarle, hasta que la crisis pasara.

La crisis no pasaba...

Mi miraba iba sin cesar, entristecida, de la mesa onde se secaban las hojas manuscritas que contenían el pensamiento vivo del autor, a la cama, a la banal cama de un hotel donde él parecía agonizar...

Esta doble « imagen » de Maupassant me ha quedado grabada en la memoria. La he recordado muchas veces, más tarde, cuando se desarrolló la serie de penosos acontecimientos. Yo había visto allí, de casualidad, al toro herido (o, como debía decir Taine, al toro triste) al lado del soberbio atleta con rostro de Heracles victorioso.

Y el Sr. Gistucchi añade:

Se plantea aquí una pregunta, pregunta seria y delicada, aun pendiente, a pesar de las múltiples investigaciones a las que ella ha dado ya lugar: la de la herencia en la naturaleza física de Maupassant.

He aquí todavía algunas interesantes líneas de François, ayuda de cámara de Maupassant, escritas por él en el reciente volumen de memorias que acaba de publicar:

Ayer, mi señor ha tenido una migraña y hoy tiene los ojos rojos. No se queja, sabe sufrir; apenas toma un poco de éter o antipirina para esos grandes dolores de cabeza. Lo que más lamenta son los días de trabajo perdidos, pues, a continuación de esas crisis, tiene necesidad de un reposo absoluto. Entonces yo le preparo unas comidas muy ligeras; su estómago también le molesta un poco a veces, me dice, pero yo creo que está bien pues nunca ha dejado de

hacer una digestión. A pesar de eso, sus sufrimientos tal vez sean nerviosos¹.

En otra ocasión, François refiere estas palabras de Maupassant:

No sé si es el viaje, pero tengo una fuerte migraña. Voy a darme unas friegas de vaselina en la nuca y si a las 11 no estoy mejor, respiraré un poco de éter².

Finalmente, el propio Guy de Maupassant va a servirnos de testigo. He aquí, en efecto, por no citar más que uno de numerosos pasajes de sus libros donde se refiere a las migrañas, que, en *Sobre el agua*, donde se aplica a sí mismo sus procedimientos de observación precisa, Maupassant escribe:

¡Cara me iba a costar aquella noche pasada sin dormir! Me entró la migraña, ese sufrimiento horrible que tortura como no ha podido hacerlo ningún otro suplicio, que aprisiona y aprieta la cabeza, enloquece, extravía el pensamiento y aventa la memoria como polvo que se lleva el viento; no tuve más remedio que tumbarme en mi cama y aplicarme un frasco de éter a las narices.

Tuve que soportar por espacio de diez horas aquel suplicio contra el cual no existe medio alguno; acabé por dormirme; al siguiente día, alegre como después de una convalecencia, partí para san Rafael después de escribir estas últimas páginas.

Todavía podríamos citar numerosas cartas de Maupassant y relacionar igualmente otros testimonios, pero nos encontraremos más tarde unas y otros, y los hechos ya reunidos

¹ En *Souvenir sur Guy de Maupassant*, por François, Plon-Nourrit, 1911, p. 165. Traducido al castellano por J.M. Ramos. Puede leerse en: <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant/Libros/recuerdos.pdf>

² Id., p. 47.

prueban suficientemente que Guy de Maupassant tuvo que soportar toda su vida violentas y dolorosas crisis que afectaban su cabeza.

Y subrayamos « toda su vida », pues la continuación de este estudio mostrará que esas crisis, lejos de disminuir, fueron aumentando de intensidad y frecuencia con el paso del tiempo. Y, en lo que se refiere a los años que precedieron a la llegada de Guy de Maupassant a París, es decir durante su adolescencia, si no es posible aportar hechos positivos, es debido a que carecemos de toda documentación hasta ese momento.

¿Pero tenemos derecho a decir que esas dolorosas crisis eran migrañas?

Realmente sufría, si nos atenemos sobre este tema a la afirmación del profesor Pierret, que tuvo frecuentes ocasiones de encontrarse con Guy de Maupassant. Ahora bien, para el profesor Pierret, el diagnóstico de migraña se imponía y no podría tener además la menor duda.

Pero, sin embargo se dirá que si Maupassant estaba afectado de sífilis, esos dolores de cabeza ¿no podrían ser una consecuencia de esta última afección?

Evidentemente no es en absoluto imposible que Maupassant, si fue sifilítico, haya sufrido en un momento dado de cefalea específica. Pero esta hipótesis no puede ser admitida en lo concerniente a las crisis especiales de las que hablamos: «esos grandes dolores de cabeza » que Maupassant « sabía sufrir », según cuenta François, y que duraron toda su vida, no presentaron, por añadidura, ninguna de las características de la cefalea específica.

De entrada, en los dos únicos relatos positivos que se conocen (el del Sr. Gistucci y el de Maupassant), la crisis tiene lugar durante el día, contrariamente a lo que ocurre en la sífilis. Incluso Maupassant indica que comienza por la mañana, como es clásico observarla: «¡Cara me iba a costar aquella noche pasada

sin dormir!» No hay necesidad de señalar la importancia de esta constatación.

Luego el enfermo está acostumbrado a su dolor; sabe que lo invade en plena salud, pero que lo abandonará. A su amigo que se alarma pensando en el Hércules de la víspera abatido a esa hora, él responde: « No es nada. Se trata de una migraña.»

La cefalea específica es un dolor soportable; el enfermo no parece « agonizar »; se exaspera sobre todo por la noche y dura más tiempo. El enfermo no dice: « Es necesario que la crisis pase; pronto estaré curado. »

No se acompaña de trastornos vaso-motores tan frecuentes en la migraña, y el Sr. Gistucci nos recuerda precisamente a este respecto lo que le había sorprendido la cara « pálida, congestionada por zonas » de Maupassant. Y la Sra. Levanneur igualmente había observado que el rostro de Maupassant « se había vuelto completamente rojo ».

Indiquemos todavía los fenómenos de agotamiento que seguían a las crisis de Maupassant, fenómenos que había observado el ayuda de cámara François. Son síntomas de un gran valor clínico, sobre los que deberemos regresar y que no se presentan en las manifestaciones de la cefalea específica.

Las descripciones de Maupassant y de sus amigos nos indican, en resumen, que Maupassant, tras una noche de insomnio, había sido presa de su migraña hacia la mañana; la crisis duraba diez horas aproximadamente; luego un largo sueño venía a reparar las agotadas fuerzas del enfermo, y, al día siguiente, se encontraba al despertar « alerta como tras una convalecencia »; el dolor había desaparecido.

No hay nada ahí que se parezca, incluso de lejos, a la cefalea específica, pero sin embargo se puede añadir aún una palabra a propósito de esta cuestión de diagnóstico que no merecía tal vez detenernos tanto tiempo.

Pues, y sería una prueba más si hubiese necesidad, de la lectura de las cartas de Maupassant citadas más adelante, resulta que el dolor en él era unilateral, como es frecuente encontrarlo en las migrañas. Los médicos, en efecto, para tranquilizar a Guy de Maupassant, le sugerían que sus

neuralgias podrían proceder de un diente, pero prohibiéndole, con buen criterio, arrancárselo. Desde luego ellos no habrían podido mantener esa afirmación si el dolor hubiese estado generalizado a toda la cabeza.

Finalmente, como demostrará la continuación de nuestro trabajo, los dolores de Guy de Maupassant se localizaban, al contrario, tan claramente, que será posible diagnosticarle una migraña oftálmica afectando el lado izquierdo de la cara y el ojo izquierdo.

CAPÍTULO II

Guy de Maupassant padecía migrañas.

¿Por qué razones ahora es posible extraer de esta constatación la legítima deducción de que Guy de Maupassant deber ser incorporado a la misma familia de Mahoma, Napoleón, Flaubert, Dostoiewsky y muchos otros hombres ilustres que, como cada uno sabe, eran epilépticos?

Para eso es necesario entender la epilepsia, no solamente como una enfermedad característica por el ataque de convulsiones bien conocido, sino como un síndrome de manifestaciones extremadamente diversas, todas sin embargo representativas al igual que el estado general del enfermo. Es por otra parte una opinión generalmente admitida, y se llama corrientemente « epilepsia psíquica », por ejemplo, para indicar las manifestaciones mentales de la epilepsia.

La migraña no es otra cosa que una manifestación de « la epilepsia sensitiva », como un paroxismo doloroso análogo al paroxismo motor que abate al enfermo en la calle, y el afectado de migrañas y el epiléptico común son dos hermanos a los que la enfermedad golpea, a uno en la sensibilidad y al otro en la motricidad. Pero en ambos casos, el terreno y el proceso son los mismos, y, para evitar toda confusión, el profesor Pierret los denomina a unos y otros « epileptisantes » y « convulsivos¹ ». De esta manera Guy de Maupassant sería un « epileptisante ».

Apoyando la opinión que sitúa la migraña entre los equivalente epilépticos, se puede reunir un gran número de

¹ Pierret, *Annales médico-psychologiques*, 1886.

constataciones etiológicas, clínicas y terapéuticas, a la vez muy diversas y concordantes.

Etiológicamente al principio, las relaciones de la migraña y la epilepsia se afirman enseguida por la simple lectura de las estadísticas que demuestran que ambas afecciones se encuentran sobre los mismos terrenos y en las mismas familias.

He aquí, al respecto, una estadística de Féré, dada como inferior a la normal y más demostrativa que todos los razonamientos. Sobre 308 epilépticos, Féré encuentra la migraña en 88 ocasiones en los padres y 115 veces en las madres; 160 y 132 veces en los colaterales paternos y maternos, y por último 22 y 18 veces en los descendientes¹.

Clínicamente los resultados son todavía más sugestivos, y nada lo demuestra mejor que una comparación sintomatológica entre la manifestación típica de la epilepsia, la crisis convulsiva, y la crisis con migraña.

Hacer este estudio será sobre todo para nosotros resumir la tesis de Cornu², que contiene todos los elementos del debate.

Hay que destacar de entrada el aspecto general idéntico de los dos síndromes: la crisis de epilepsia como la migraña sobrevienen por intervalos; su duración es más o menos larga, pero cesa para dejar paso, hasta el siguiente ataque, a un estado de salud aparentemente perfecto; en una palabra, son paroxismos, tormentas nerviosas, un retumbar de truenos en un cielo sereno.

Sigamos paso a paso ahora el camino que recorren el migrañoso y el epiléptico cuando están afectados por su mal.

En ambos casos se encuentra el mismo principio, las mismas auras.

¹ Féré, *les Epilepsies et les Epileptiques*, p. 241.

² Edmond Cornu, *Contribution à l'étude des migraines et de leurs rapports avec les états épileptiques et délirants*, tesis de Lyon, 1902. Ver también: *Des Migraines*, por G. Sarda, tesis de París, 1886; *Essai sur le mal de tête*, por J. Chaumier, tesis de Lyon, 1888.

He aquí en efecto que son señalados antes del acceso de migraña; del lado de la sensibilidad, unos hormigueos partiendo por ejemplo de los dedos para subir hasta la lengua¹, picores, sensaciones de frío; por parte de los órganos de los sentidos, visiones luminosas, bolas de fuego, nieblas rojas, brillos, iluminaciones difusas con acompañamiento de estados vertiginosos y nauseas², estos fenómenos pueden llegar hasta la alteración de la visión lo más diferenciado de la migraña oftálmica³, de la hiperestesia auditiva (descrita tan a menudo por Maupassant, como lo mostraremos) con resonancia dolorosa de los ruidos exteriores, alucinaciones vocales, tintineos, rumores, chorros de vapor, sensaciones de mal olor, sofocaciones, sabores amargos y nauseabundos; por parte de psiquismo, exaltación del ánimo o apatía, irritabilidad, cambio de humor, sonambulismo, temores o alertas vagas, excitación intelectual pudiendo llegar incluso a la manía y a las impulsiones irresistibles; por parte del sistema vaso-motor, palidez de la cara, de tal modo conocida que se ha querido dar como causa de la migraña la excitación del simpático, sensaciones de frío en las extremidades, sangrados de nariz, asfixias locales⁴.

Hemos dicho: incluso al principio y en efecto, si se toman ahora las auras de las crisis convulsivas, se encuentra absolutamente todos los fenómenos e indicarlos sería inútilmente repetir la misma enumeración. Las auras de las crisis convulsivas son por otra parte bien conocidas, pero las de la migraña lo son menos.

¹ Piorry, *Mémoire sur la migraine*, Paris, 1831.

² En Cornu, p. 109.

³ «La migraña debe ser considerada como una forma de epilepsia parcial, una epilepsia sensorial; la coexistencia bastante frecuente de las dos afecciones en el mismo individuo y en la misma familia lo demuestra de un modo formal » (Féré, *la Famille néuropathique*, p. 49)

⁴ Ver *Traité de médecine*, por Brouardel y Gilbert, t. X, p. 690

Pasemos ahora al periodo de estado de la crisis (que se nos permita esta expresión). Evidentemente no hay ninguna semejanza clínica aparente entre el enfermo que cae en la calle presa de convulsiones y el migrañoso ocultando su dolor durante la noche en una habitación oscura.

Mirando de cerca, hay sin embargo algunas observaciones interesantes que hacer, pues si no se pueden comparar los dos estados en tanto como manifestación objetiva, parece no obstante que algunos fenómenos importantes se encuentran perfectamente en ambos casos.

Así el vértigo se encuentra frecuentemente señalado en la migraña; llegando incluso a desembocar en la pérdida del conocimiento. « Las sensaciones vertiginosas son, en efecto, frecuentes en los accesos migrañosos; han podido constituir a ojos de los autores una variedad vertiginosa de la migraña. Varios enfermos observados por los doctores Féré y Kovalewsky presentaron una pérdida total de consciencia con caída en el momento de la invasión brutal o con motivo de una exacerbación del dolor de cabeza.¹ »

Algunas observaciones típicas serán citadas más adelante, pero todas ellas reunidas por el Dr. Cornu pueden ser consultadas al respecto con la más grande fruto.

De igual modo es necesario decir hacer aquí algún comentario de un fenómeno que se ha considerado mucho tiempo como patognomónico de los estados epilépticos, nos referimos a la inconsciencia. Se solía decir: El enfermo no recuerda su crisis, así pues no ha tenido conciencia. Ahora bien, como el migrañoso tiene perfecta consciencia de su crisis, se deduciría que la migraña no sería una manifestación epiléptica. Limitémonos a decir que la teoría de la inconsciencia pierde cada día terreno para dar lugar a la de la amnesia consecutiva. «No es cuando ha habido pérdida de conocimiento que se pueda afirmar la inconsciencia », dice

1

precisamente el Dr. Ardin-Delteil¹. Regresaremos a este tema estudiando los fenómenos que siguen a los estados epilépticos, pero es esencial destacar que con la inconsciencia, es un carácter diferencial muy importante de la migraña y de las epilepsias que desaparece.

Además, si nuestro migrañoso no tiene convulsiones, al menos está completamente en un estado de vigilancia muscular, de espasmo a menudo que puede franquear y que franqueará algunas veces para llegar hasta la convulsión. Reacciona, en efecto, contra su dolor, inmovilizando sus músculos; su boca está ligeramente desviada; sus párpados medio cerrados; el aspecto general expresa el dolor, así como lo hace observar el Sr. Gistucci en Guy de Maupassant. Sobreviene un sufrimiento más violento, se verá sobrevenir «una contracción del esternocleidomastoideo, guiños de ojo, blefarospasmo rápido y repetido, nistagmus o espasmos de la cara; la boca se tuerce; la cabeza se inclina²». Al final de la crisis habrá bostezos con pandiculación, vómitos, estornudos. Además de este estado, el enfermo se sobresalta al menor ruido, evita la luz. ¿No se trata de la defensa instintiva de un organismo que está en el límite de la contracción y del espasmo? Si el migrañoso busca el silencio y la sombra, ¿no es porque una sensación visual o auditiva demasiado fuerte fuese para él, cuya excitabilidad ha llegado a su culmen, la causa de un desencadenamiento motor pudiendo ir del espasmo a las convulsiones generalizadas³, mediante el mismo mecanismo que hace que el miedo, impresión sensorial, intensa con frecuencia, produce repentina e involuntariamente la contracción de tal o cual músculo?

Observaciones que habrían sido fáciles de hacer mucho más numerosas, demostrarían que en efecto migraña y crisis

¹ Ardin-Delteil, *De l'Épilepsie psychique*, tesis de Montpellier, 1898, p.46.

² En Cornu, p. 56.

³ Pierret, *Semaine médicale*, 1896, p. 121.

convulsiva se suceden y se reemplazan frecuentemente en un mismo individuo y que la migraña puede ser a menudo considerada como el aura sensitiva de una crisis motriz. Y esto no tendría que tener nada de sorprendente, pues si, por lo común, dolor y convulsión son cosas totalmente opuestas, no ocurre lo mismo para el fisiólogo. ¿La sensación y el movimiento no son fenómenos de la misma naturaleza condicionándose constantemente y mutuamente en sus manifestaciones? ¿Dónde está el punto de separación, dónde está incluso la diferencia entre una impresión sensitiva y una orden motora?

Pasemos ahora a los síntomas que señalan el fin de las dos crisis. Por parte de la migraña, como de la crisis convulsiva, tenemos: el mismo sueño terminal, la misma sensación de fatiga muscular y es necesario recordar al respecto estas palabras de François, el ayuda de cámara de Maupassant: «Cuando mi señor tuvo su migraña, necesitó un reposo absoluto.» Tenemos aún los mismos fenómenos de agotamiento traducidos mediante parálisis temporales, pudiendo producirse la afasia¹, como en Maupassant, y como en Maupassant aún, pudiendo darse parálisis oculares², yendo «desde el estrabismo limitado al acceso hasta la oftalmoplegia definitiva³», pudiendo producirse parálisis faciales, linguales, bronquiales, todas parálisis pasajeras, pero pudiendo instalarse de un modo permanente, todas parálisis pudiendo sobrevenir sin convulsiones previas obligatoriamente que Pitres ha hecho de ellas una clase especial bajo la denominación «de equivalentes paralíticos de la epilepsia parcial⁴». Citamos más

¹ En Sarda, p. 51. Ver igualmente: Pierret, *Mémoire à l'Académie des sciences*, 1876; *Essai sur les symptômes céphaliques du tabes*; Rossolino, *Archives de neurologie*, marzo 1902; Dutil, *Revue de médecine*, 1881.

²

³

⁴

adelante una observación donde son relatados trastornos paralíticos post-migraña. La necesidad de no extender demasiado esta parte de nuestro trabajo demanda esta referencia.

Como fenómenos posteriores a la crisis hay que citar aún en ambos casos los mismos trastornos vaso-motores: vómitos líquidos, diarreas, sudores, secreción nasal abundante, salivación, lágrimas.

Se trata ahora de un fenómeno post-epiléptico del que ya ha sido dicha una palabra: amnesia. Muy frecuentemente, un epiléptico no se acuerda de su crisis, de su fuga, del crimen que a veces ha cometido. Es un hecho que se constata todos los días. ¿Podemos ver ahí un carácter realmente diferencial entre la migraña y las manifestaciones epilépticas?

Para probar lo contrario bastaría recordar todos los paroxismos psíquicos y motores admitidos por cada uno como manifestaciones epilépticas, de las que el enfermo se acuerda perfectamente y que son igualmente de una constatación diaria. Por nuestra parte hemos tenido la ocasión, durante nuestro internado en la residencia sanitaria de Moisselles, de examinar a una enferma que presentó dos actos impulsivos de una alta significación clínica, puesto que la primera vez, propinó un cuchillazo a su marido, y la segunda vez, se arrojó por la ventana. Del examen de la enferma se dedujo que esas dos impulsiones no podían proceder más que de la epilepsia. Pues bien, la enferma se acordaba tan exactamente de lo que hizo que incluso daba los detalles más precisos sobre sus actos: describió el cuchillo, la sangre que fluía, sus inútiles esfuerzos para detener su mano, las personas que vio en la calle antes de arrojarle a ella, etc., etc.

Citamos este ejemplo porque es sugestivo, pero tal vez es el hecho de más de la mitad de las manifestaciones, clasificadas por los clásicos entre los equivalentes epilépticos, de ser seguidas de recuerdos. La amnesia, no más que la

inconsciencia, cuya existencia es cada vez más improbable, no es pues un síntoma esencial de los fenómenos epilépticos y en consecuencia no hay motivos para exigirla en el cuadro clínico de la migraña. Pero hay algo mejor; la amnesia post-migraña, lejos de ser inexistente, es un hecho bastante constatado a menudo: «Algunos enfermos no se dan cuenta de su propia persona, ni de lo que los rodea; hechos muy conocidos les parecen nuevos y extraños; se detienen en sus ocupaciones sin poder recordar lo que hacían y con que fin.¹ » Una observación interesante respecto a este tema es el de Kraft-Ebing, citada por Cornu. Y el propio Maupassant ¿no dice que la migraña «dispersa la memoria como una polvareda al viento »?

La comparación de la crisis convulsiva y de la migraña demuestra pues que ésta última presenta dos síntomas esenciales de las manifestaciones epilépticas: las auras y los fenómenos de agotamiento y que también, por diferentes objetivamente que sean ambos estados, es posible encontrar en los dos semejanzas clínicas tales que demuestra que son fenómenos del mismo orden. Pero hay toda otra serie de pruebas de un valor más significativo aún, pues ¿cómo no llamar pruebas a hechos de sustitución y alternancia de los dos estados mórbidos del uno al otro?

Ahora bien, estos son hechos muy frecuentes. En las observaciones de Cornu, vemos sucederse a crisis convulsivas, crisis delirantes o impulsiva, seguidas ellas mismas de crisis de migrañas. Algunas veces, la migraña es el aura de una crisis motriz que se complementará a continuación con trastornos intelectuales y los tres fenómenos están de tal modo relacionados clínicamente entre ellos que es imposible no atribuirles una misma causa². No podemos hacer nada mejor que citar algunas observaciones.

¹ Kovalewky, citado por Cornu, p. 78.

² En Cornu, p. 117 y sig.

OBSERVACIÓN I
(Kovalewski, citado por Cornu.)

G..., veintisiete años; madre con migrañas; un tío alienado. Le enferma no ha padecido ninguna enfermedad hasta los quince años, pero desde entonces sufre simples migrañas.

Desde los veinte años, tenía a veces vértigos, que tanto acompañaban las migrañas, como aparecían independientemente de ellas. A los veinticinco años, algunos días antes de su boda, tuvo su primer acceso de vértigo, con pérdida de conocimiento, convulsiones y amnesia. Tres meses más tarde, tuvo un segundo acceso epiléptico; a continuación los accesos se repitieron todos los meses y siempre de noche.

Desde que los accesos epilépticos surgieron, las migrañas cesaron.

OBSERVACIÓN II
(Féré, citada por Cornu.)

P.V...., treinta y dos años; padre epiléptico. Este enfermo acaba de consultarse por crisis de angustia; esos accidentes habían sido precedidos de migrañas muy intensas.

El dolor aparece bruscamente encima de la órbita del ojo izquierdo, luego se irradia hacia la sien. A partir del momento en que el dolor se exaspera, el enfermo siente contracciones en los músculos de los párpados y del ojo que es estirado en diversos sentidos; al mismo tiempo la vista se oscurece entre veinte y treinta minutos, luego el enfermo es presa de náuseas y vómitos. Queda atónito durante algún tiempo, torpe en su trabajo, comprendiendo difícilmente lo que se le dice, luego al cabo de una hora regresa completamente en sí. Durante ese periodo escucha unos ruidos de molino en el oído izquierdo.

Durante varios años, es presa de angustias y migrañas con caídas; los espasmos persistían precedidos de un periodo bastante largo de dolor. Un día que el Sr. Féré lo examinaba, el enfermo previno el recrudecimiento del dolor y en el mismo momento aparecieron sacudidas en los diversos músculos de la órbita

izquierda: levantamiento del párpado, desviación brusca del ojo en todas direcciones, contracción de la pupila.

Esos movimientos se produjeron durante siete minutos aproximadamente y fueron disminuyendo con el dolor. El enfermo cayó entonces en un sueño con estertores del que no se le pudo sacar con ninguna excitación.

En los accesos más violentos, la cara participa en la convulsión.

OBSERVACIÓN III

(Cornu, resumida.)

Sra. M..., cuarenta y un años. Padece migrañas en los periodos de regla. Esas migrañas se inician con bostezos o hormigueos que suben desde los pies a la cabeza. Otras veces, la enferma vio animales o pájaros que dan vueltas, en fagonazos.

Hace tres años que tiene crisis convulsivas, que aparecen en el momento de las reglas y están precedidas de hormigueos, un intenso dolor suborbital y la visión de un chorro de destellos.

OBSERVACIÓN IV

(Kovalewsky, citada por Cornu.)

V..., treinta años. El enfermo tuvo su primer acceso de migraña a los veinticuatro años, sin aura; se repetían todos los meses aproximadamente.

Una mañana, tras una noche de insomnio, V... se levantó con la cabeza pesada. Hacia las diez de la mañana, fue presa de un miedo loco, completamente insólito; tenía miedo sin saber por qué. Ese estado de temor, de angustia fue reemplazado después de una media hora por un violento acceso de migrañas. Después, cada uno de los accesos está precedido de aura bajo forma de fobia.

OBSERVACIÓN V

(Cornu, resumida.)

L..., cuarenta y tres años. El enfermo presenta tres tipos de incidentes: migrañas, vértigos, crisis convulsivas. Después del insomnio, la cefalalgia irrumpe por la mañana, siempre a izquierda; hiperestesia cutánea, golpes martilleantes intracraneales, náuseas, anorexia. El acceso migrañoso es a veces intenso desde el principio y el enfermo puede prever que sobrevendrá su crisis convulsiva; lo anuncia a sus compañeros y no va a trabajar. El dolor de cabeza crece en intensidad, hace cerrar el ojo, y, al anochecer, con motivo de una exacerbación con neblina visual, la crisis estalla. El enfermo sufre esta cefalalgia cada cinco días, pero no toma carácter de crisis cada diez días aproximadamente; una migraña poco intensa produciría solamente vértigo. El estupor consecuente es de poca duración; debilitamiento de todos los miembros.

Finalmente, he aquí una última observación que citamos sobre todo a causa de la analogía, destacable desde varios puntos de vista, entre el caso del enfermo y el de Guy de Maupassant. La resumimos según las notas que el Dr. Mouisset ha tenido la amabilidad de proporcionarnos.

OBSERVACIÓN VI (Personal.)

El enfermo consulto al Dr. Mouisset hacia la edad de cuarenta años. Se quejaba de migraña oftálmica antigua, caracterizada por sensaciones luminosas del ojo derecho, pronto seguidas de hemicránea acompañada de náuseas. Estas molestias eran bastante como para interrumpir sus ocupaciones profesionales y desaparecían al día siguiente, tras el sueño. Con el tiempo, las migrañas se habían vuelto más frecuentes.

Una noche, regresando a su casa, el enfermo vaciló para introducir la llave en la cerradura de su puerta. Se aplicó más en ello pero su mano se volvió cada vez más débil y la llave acabó cayéndole. Esta paresia fue leve y pasajera.

Algún tiempo después, se reprodujo más completa acompañada de confusión del habla, sin ictus y sin que el miembro inferior se viese afectado.

A partir de este momento las migrañas se hicieron menos frecuentes y fueron reemplazadas por auténticas crisis epileptiformes. De una crisis a otra, el enfermo cayó entonces en una degradación progresiva y presentó todos los signos de la meningoencefalitis difusa progresiva.

La enfermedad duró cuatro años a partir del inicio de los fenómenos paralíticos. No había sífilis declarada y se constataban algunas señales de neuropatía.

Todavía se podrán encontrar en la tesis de Cornu, numerosas y muy demostrativas observaciones de enfermos en los cuales se alternan y se suceden las crisis de migrañas y las crisis convulsivas, como la treinta y siete donde la migraña se acompaña de pérdida de conocimiento; las cuarenta y cinco y cuarenta y seis, donde migrañas y convulsiones alternan, otras donde la migraña aparece siempre como el aura de una crisis convulsiva (35 y 37); una, la cuarenta y tres de Féré, donde los dos síntomas están realmente mezclados, de tal modo, que se puede seguir clínicamente la progresión de los procesos.

Finalmente debemos señalar que la medicación con bromuro confirma, de un modo evidente, mediante sus satisfactorios resultados, los datos clínicos.

Habiendo situado la migraña, con Charcot, Trousseau, Féré y Pierret¹, entre las manifestaciones epilépticas, es necesario ver ahora los grandes caracteres clínicos de los epileptisantes.

¹ Charcot, *Leçons cliniques*. – Trousseau, *Clinique médicale Hôtel-Dieu*, t.II.– Féré, Contribution à l'étude de la migraine ophthalmique (*Revue de médecine*, 1881); *Revue de médecine*, 1897; *Revue neurologique*, 1898, p. 607; *Des Epilepsies*, p. 72; *Famille néuropathique*, p. 77. – Pierret,

Quién dice epiléptico dice degenerado, los epileptisantes son pues unos degenerados. De ese hecho pueden presentar los diferentes estigmas físicos o intelectuales de los degenerados, pero muestran además una tendencia a estados mórbidos breves y rápidos, a crisis pudiendo afectar aspectos clínicos muy variables, siguiendo su localización en tal o cual parte del sistema nervioso.

La crisis epiléptica vulgar no tiene en esos enfermos más que el valor de un síntoma «e incluso, dice Ardin-Delteil, si no temiésemos despertar una explosión de protestas similar a la que acogió las primeras tentativas de Trousseau, diríamos que la convulsión es el síntoma menos constante del mal¹.»

El conjunto de esas crisis forma lo que se denomina los equivalentes epilépticos. Esos equivalentes son además muy numerosos, puesto que, ateniéndonos a los clásicos, encontramos designados entre las manifestaciones de la epilepsia: en el ámbito del sistema motor, desde la crisis convulsiva típica hasta el tic, pasando por el asma, la angina de pecho, el espasmo de la glotis, la incontinencia de orina, la laringitis estridulosa y tal vez la tos ferina²; en el ámbito de la sensibilidad, la migraña sobre todo, el tic doloroso de Trousseau, y probablemente también esas visceralgias paroxísticas y esos dolores locales tan significativos que han provocado que se hable de migraña del pie y de migraña del pecho³; en el aspecto psíquico, desde las ausencias y las impulsiones rápidas hasta el gran daño intelectual, con sus crisis en ocasiones largas de manía con furor, impulsiones,

Mémoire à l'Académie des sciences, 1876; *Leçons sur les états convulsifs*, 1885; *Congrès de Rome*, 1894; *Semaine médicale*, 1896, p. 121.

¹ Ardin-Delteil, *l'Epilepsie psychique*, p.27 (loc. cit.).

² *Traité de médecine*, por Brouardel y Gilbert, t. X, p. 467

³ Lamarçq, *Revue de médecine*, 1896.

fugas o depresión y estupor; en el dominio psico-sensorial, alucinaciones visuales¹, auditivas², gustativas.

Todas estas manifestaciones presentan los mismos caracteres de familia: intermitencia, inicio brusco y cese rápido, aspecto de crisis, fenómenos de agotamiento y amnesia cuando el descalabro nervioso ha sido bastante violento, o se ha apoyado sobre células dedicadas a la formación y encadenamiento de las ideas y a la memoria.

Así comprendida, se ve como la noción de epilepsia cambia de alcance, puesto que, dejando la crisis convulsiva en su nivel de síntoma, se eleva a la concepción de un estado constitucional, de una diátesis, comprendiendo en sus manifestaciones toda una serie de estados mórbidos, de forma idénticamente brutal y rápida, especie de raptus tomando al enfermo por sorpresa, en el sentido griego de « *επιλαμβάνειν* ».

Y yendo incluso más lejos, en lugar de buscar en disociar y en suprimir del cuadro de la epilepsia esas manifestaciones convulsivas cuando éstas se presentan en el transcurso de una enfermedad orgánica, hay que reconocer, al contrario, la huella de la neurosis y decir con Féré: « que se trata de eclampsia puerperal, escarlatinosa o albuminurica, siempre con la epilepsia como fondo ». Las enfermedades no son más que las « circunstancias que pueden producirlas³ »

La palabra neurosis puede parecer aquí bien empleada, pues no se encuentran lesiones en estos enfermos o, al menos, cuando se encuentra, son extremadamente diversas y pierden por ello su significación. Ni Chaslin⁴, con la gliosis de la corteza cerebral, ni Bourneville y Brissaud⁵, con la esclerosis

¹ Féré, *les Epilepsies*, p. 466

² Tamin, tesis de París, 1868, Cornu, *loc. cit.*, p. 50.

³ Féré, *Famille néuropathique*, p. 104.

⁴ Chaslin, *Société de biologie*, 1889.

⁵ *Traité de médecine (loc. cit.)*, p. 498.

hipertrófica y tuberosa de la corteza, ni Marinesco¹ y Serieux o Claus y Van der Stricht, en sus descripciones se aproximan más o menos en sus constataciones hechas con los paralíticos generales², ni Roncoroni³, con la detención del desarrollo de las pequeñas células piramidales, ni Jonnesco, Chipault y Jaboulay, con las alteraciones en el simpático, han dado aún una solución definitiva, no solamente desde el punto de vista del valor de la relación entre esas lesiones y la epilepsia, sino incluso respecto a la existencia de dicha relación.

No hay que entender por esto que el sistema nervioso de un epileptisante sea indemne y no se comprenda bien la distinción entre unas epilepsias que serían sintomáticas y una cierta epilepsia neurosis. ¿Puede concebirse un síntoma que no fuese sintomático? Esta claro que cuando se pronuncia la palabra neurosis epileptisante a propósito de lo eclámptico, como con respecto del enfermo que cae presa de convulsiones en la calle, se entiende que si la causa ocasional, determinando el paroxismo, difiere en cada caso, actúa siempre sobre el mismo terreno, sobre el mismo organismo predispuesto. ¿En qué consiste esta predisposición? La cuestión todavía es más o menos desconocida, pero es evidente que quién dice predisposición dice lesión y que quién dice neurosis dice igualmente lesión.

Es posible sin embargo aportar algunas precisiones acerca de esta predisposición, pues si se considera de una parte las malformaciones exteriores tan frecuentes en los epilépticos⁴ y, por otra parte, la coincidencia tan a menudo observada de los estados epilépticos y de las enfermedades llamadas artríticas, como la gota⁵, la diabetes¹, el reumatismo², los cólicos

¹ Blocq y Marinesco, *Semaine médicale*, 12 de noviembre de 1892.

² *Traité de médecine* (*loc. cit.*), p. 499.

³ Roncoroni, *Archivio di psichiatria*, 1896.

⁴ Bouchard, *Maladies par ralentissement de la nutrition*.

⁵ Charcot y Féré, *Revue de médecine*, 1882.

hepáticos, etc., parece legítimo situar estos enfermos entre los degenerados, llamados más particularmente neuro-artríticos.

Esta concepción tiene el merito de explicar de un modo satisfactorio la patogenia de los accidentes. Estos enfermos tendrían innata una excitabilidad nerviosa aumentada, una debilidad irritable, como se ha dicho, y sobre ese terreno hiperexcitable actuarían los productos de intoxicación proporcionados por la degeneración artrítica³.

«Todo es tóxico, dice Pierret: tóxicos el dolor de cabeza y los trastornos del pensamiento, los delirios, los espasmos tetaniformes o epileptiformes.» Una cosa lo demuestra perfectamente, y es la retención observada de los desechos intestinales o urinarios antes de los accesos, y también las debacles urinarias o diarreicas, coincidiendo con la reaparición de un estado normal⁴. Sobre el terreno hiperexcitable, vendrían claramente a actuar igualmente las intoxicaciones, como para Maupassant, y también las infecciones con las toxinas microbianas que éstas desarrollan en el organismo.

Esta concepción da al mismo tiempo una explicación muy seductora de algunos caracteres muy particulares de los fenómenos epilépticos. En efecto, uno se encuentra en presencia de una intoxicación crónica que da lugar a síntomas intermitentes, y hay que explicar esos paroxismos y esa aparente contradicción entre la causa y el efecto.

Schöder von der Kolk y otros han dicho que se trataba en este caso de descargas, comparando así el raptus fisiológico a la descarga eléctrica. Todo sucede, en efecto, como si hiciese falta una acumulación dada de venenos, como si fuese necesaria una cierta «tensión» de toxinas para que el paroxismo

¹ Sarda, *loc. cit.*, p. 95.

² Malherbe, *Des Affections viscérales dans le rhumatisme chronique*, tesis de París, 1886.

³ Sarda, *loc. cit.*, p. 95.

⁴ En Cornu, *loc. cit.*, p. 157.

se desencadene, favorecido o no por una anemia pasajera o una excitación violenta¹.

Y parece entonces muy legítimo admitir que entre los epileptisantes, como consecuencia de su doble degeneración neuro-artrítica, la célula nerviosa se carga progresivamente de deshechos, hasta el momento en el que se desembaraza violentamente de ellos en una explosión motriz o dolorosa.

Y de este modo se explica al mismo tiempo, la intermitencia y a veces incluso la periodicidad tan curiosa. Que se admitan centros motores o inhibidores (viniendo la excitación a suspender la inhibición normal de los centros), la situación no cambia y la patología sigue siendo la misma.

Por ello también se explica la repetición de los ataques en el mismo sistema, las células ya excitadas reaccionando más fácilmente; se explica también la desaparición momentánea de algunos síntomas, la excitación demasiado fuerte paralizando por un tiempo la célula.

Y finalmente, gracias a las comunicaciones de las células y de los centros entre sí, arrastrando la irradiación de los procesos, se explican las complicaciones, las sustituciones, las equivalencias y, a continuación, la diversidad, la progresión y la alternancia de las manifestaciones epilépticas².

No es posible, en un trabajo sobre Guy de Maupassant, ir más adelante en la exposición de esta teoría que tiene, en todo caso, la ventaja de encajar bien con los fenómenos clínicos, no entrar en más detalles sobre las experiencias fisiológicas, ni en citar más observaciones, pero sin embargo se puede decir una palabra respecto a la expresión, tan a menudo empleada, de descarga.

Algunos han visto ahí una comparación ingeniosa, una vista del espíritu sutil, pero no admiten que se pueda hablar de

¹ Pierret, tesis de Bouvat, Lyon, 1883; *Société des sciences médicales*, 1885; *Progrès médical*, 1896.

² Tesis de Denier, Lyon, 1890.

descarga nerviosa como de descarga eléctrica. Hay sin embargo en esto algunas razones legítimas.

En primer lugar la excitación de las circunvalaciones motrices de un animal da una respuesta brusca como la del aparato eléctrico: aquí, es el destello, y allí, la convulsión. Es de destacar que la excitación del córtex reproduce exactamente la crisis convulsiva, con pérdida de conocimiento si es suficientemente fuerte. Esta experiencia demuestra a su vez que la pérdida de conocimiento no es, al menos por una parte, más que un fenómeno secundario y dependiente sobre todo de la intensidad de la crisis.

De igual modo, tras un acceso convulsivo, una nueva excitación es impotente para determinar una serie de nuevas contracciones. La célula está tan inexcitable que no ha encontrado un cierto tono; al igual que para tener un nuevo chispazo, la botella de Leyde necesita ser recargada. En este punto todavía debe subrayarse la analogía con la crisis epiléptica que no se reproduce más que tras pasado cierto tiempo.

Por fin hay que señalar que la excitación de la corteza muestra la extensión de las convulsiones proporcionales a la fuerza del excitando; esta situación es exactamente la misma en los fenómenos epilépticos.

Muestra igualmente que se pueden provocar convulsiones excitando otros puntos como las circunvalaciones motrices, las regiones occipitales y frontales, por ejemplo (Unverricht¹) y que deriva en la producción de las analogías clínicas que hemos indicado, una alucinación o una crisis delirante desembocando a continuación en un paroxismo convulsivo.

En resumen, debe entenderse por epileptisante a un enfermo, realmente neuro-artrítico, sujeto a manifestaciones paroxísticas muy variadas, puesto que éstas pueden ser motrices, sensoriales, sensitivas o psíquicas.

¹ En Cornu, *loc. cit.*, p. 161.

Estas manifestaciones probablemente resultan de la acción sobre un sistema nervioso hiperexcitable de las toxinas o venenos desarrollados en ese enfermo por su auto intoxicación natural y, accidentalmente, por infecciones e intoxicaciones diversas.

En ese caso, el sistema nervioso, bien que alcance progresivamente un estado de tensión excesiva, bien que sea bruscamente excitado por una impresión sensorial o psíquica, bien que su resistencia se vea disminuida por fenómenos de vaso-motricidad, provenientes de la intoxicación diatésica y conduciendo a una asfixia brusca, responde mediante descargas repentinas, cuya expresión clínica varía según éstas tengan lugar en tal o cual centro.

Finalmente, según el centro que sea debilitado, dependiendo de que la excitación sea más o menos fuerte, los paroxismos podrán añadirse los unos a los otros, combinarse de múltiples modos o alternarse entre ellos. Todos son de la misma naturaleza y todos proceden de la misma causa, tan solo difiere en ellos la localización. Son equivalentes.

CAPÍTULO III

Llegado a este punto en el que las migrañas de Maupassant son conocidas con su significación, es posible estudiar su vida fructíferamente.

Guy de Maupassant nació, como hemos dicho, el 5 de agosto de 1850, en el castillo de Miromesnil, en el Sena-Inferior. «Lorenés por su padre, normando por su madre, Guy adquirió sobre todo la herencia materna », dice el Sr. Maynial, y Maynial probablemente tiene razón¹.

Al menos no se encuentra por el lado del Sr. Gustave de Maupassant rastro de una neurosis o una enfermedad orgánica de ningún tipo que pudiese transmitir a su hijo. Lo que se sabe es que éste último dio suficientes motivos a la Sra. de Maupassant para que se produjese una separación entre ambos esposos que abandonaron su vida en común poco después del nacimiento de su segundo hijo, Hervé².

Es interesante señalar este último hecho, sobre todo si se considera que Gustave de Maupassant parece haber hecho gala de una cierta amoralidad en algunas anécdotas que se cuentan de él.

No tenía reparos en llevar a su hijo de diez años a casa de su amante, y éste último entendiéndolo todo se lo hacía ver.

¹ Edouard Maynial, *la Vie et l'Oeuvre de Maupassant* (Mercure de France, 1907). Traducido al español por J.M. Ramos. Puede leerse en <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant/Libros/MaynialA4.pdf>

² Albert Lumbroso, *Souvenirs sur Maupassant*; Bocca, Roma, 1905, p. 607. Traducido al español por J.M. Ramos. Puede leerse en <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant/Libros/Souvenirs.pdf>

Pero el Sr. de Maupassant, por el contrario, se servía de su hijo como un pretexto y una excusa¹.

No hay nada más interesante que contar de la vida de Gustave de Maupassant. Su hijo se le habría parecido físicamente². Al final de su vida, en el momento de la muerte de Guy, padecía una afección indeterminada que había motivado la prohibición, por parte de los médicos, de viajar en ferrocarril³. Murió en 1899.

La Sra. de Maupassant fue, según la opinión general, una mujer extremadamente inteligente, amiga íntima de Flaubert y Bouilhet, lectora de Shakespeare en inglés y sabiendo, además, ser la madre admirable a la que amó tan justa y apasionadamente Guy de Maupassant.

Pero se citan diversos episodios que con seguridad permiten sospechar en ella una cierta excitabilidad anormal del sistema nervioso, por no decir más.

Así, ella escribe a Flaubert en 1872:

¿Quieres noticias de mi salud? Las novedades son más o menos las mismas. No estoy precisamente enferma; me siento excesivamente, espantosamente débil. Hay instantes en los que mi cabeza está como destrozada y en los que me pregunto positivamente si estoy despierta o estoy soñando. Esta impresión es corta, pero penosa. Es una auténtica miseria⁴.

Igualmente escribe el 10 de octubre de 1873:

Al principio he estado muy afectada por una fiebre nerviosa que todavía no se ha despedido definitivamente.

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 301

² *Id.*, p. 606.

³ *Id.*, p. 470.

⁴ OEuvres complètes de Maupassant, edición Connard, 1900. Volumen: *Des Vers*.

Se convendrá que los términos empleados en estas dos cartas dejan suponer que el sistema nervioso desempeñaba un cierto papel en esas dos manifestaciones. Igualmente, en otra carta en la que ella se lamentaba de su salud, su hijo le responde que ha consultado su caso a un médico llamado Duplay, el cual diagnostica los trastornos señalados como la presencia de una tenia. Pero Guy de Maupassant añade: de esa tenia, «cinco de cada diez veces, no se ve ningún rastro. Adopta las formas de todas las enfermedades y especialmente de las enfermedades nerviosas, del estómago y del corazón. » Las palabras « nerviosas » y « del corazón » están subrayadas, prueba de que la Sra. de Maupassant se quejaba más en particular en ese sentido. Luego Guy añade aún: «las apariencias tan incomprensibles de tu enfermedad »; y más adelante decía: el médico «no ve nada que indique una enfermedad orgánica grave¹».

Parece legítimo admitir que esos trastornos nerviosos no tenían por causa una tenia invisible y que, ahí aun, hay que ver el rastro claro de trastornos neuropáticos en la Sra. de Maupassant.

Es de señalar todavía esta curiosa carta de Maupassant a Flaubert, escrita por consiguiente antes de 1880:

Mi madre no se encuentra mejor. Potain, al que ha consultado, afirma que el corazón ni los ojos tienen ninguna enfermedad orgánica. No hay más que un reumatismo de huesos, muy peligroso no obstante, porque amenaza la médula espinal y puede desembocar en una parálisis. Le prohíbe para siempre, ni siquiera por algunas semanas, la estancia en Étretat, lo que nos supone un gran contratiempo²

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 114.

² Carta debida a la amabilidad del Sr. Connard.

En otra ocasión, en Córcega en 1880, ella se volvería a quejar nuevamente de trastornos extraños, ya que un médico de la isla, cuando ella parecía encontrarse bien, recibía en sociedad y montaba a caballo, le aplicó un día más de cincuenta botones de fuego¹ en la espalda. Solamente hay que recordar, y sin querer extraer ninguna otra conclusión de este hecho, que la termocauterío es a menudo empleado con el fin de impresionar a los nerviosos que se quejan de trastornos más o menos imaginarios.

El Sr. Charles Lapierre, un amigo íntimo de la familia, escribió estas líneas respecto de la enfermedad de Maupassant:

Extraña neurosis que afecta sucesivamente a todos los órganos y que parece ser de herencia materna. La madre, de una inteligencia superior, la padeció toda su vida y no obstante, a pesar de las crisis que a menudo la han puesto en peligro de muerte, ha llegado a una edad que la ha hecho sobrevivir a dos hijos. Para combatir los efectos de esa herencia, a Maupassant le hubiese hecho falta cualquier otra cosa que no fuese la existencia agitada que llevaba².

La Sra. de Maupassant asocia al mismo tiempo a una gran inteligencia, una sensibilidad extremadamente intensa, que en ocasiones parece poder ser llamada emotividad.

De este modo, durante la juventud de Guy, ella se unía con un ardor a veces imprudente a los juegos del niño a lo largo de los acantilados y ambos a punto estuvieron una vez de perder la vida por su temeridad³.

Más tarde, ella se indigna violentamente por los comentarios de una mujer que pretendía haber sido la nodriza de Maupassant.

¹ Cauterío que se da con un hierro u otra pieza de metal, generalmente esférica, enrojecida al fuego (N. del T.)

² En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 614

³ *Id.*, p. 307.

« He sido, escribe ella en el *Journal*, la nodriza de mi hijo Guy y no permitiré que nadie me usurpe ese título. »

« La anécdota, dice Maynial, por insignificante que sea, describe de maravilla la furiosa intransigencia de este afecto materno. »

Puede añadirse a este respecto que, algunos días después del nacimiento de Guy, la señora de Maupassant habría estado afectada de « cólera nostras¹ », por emplear la expresión del barón Lumbroso². Nosotros nos hemos fijado de otro modo sobre esta afección que dura cuatro o cinco días y parece, en cualquier caso, haberse producido en relación con el parto de los días precedentes. Una vez más, la Sra. de Maupassant manifiesta su emotividad en relación con un hecho, en definitiva completamente insignificante. El Sr. A. Brisson, en un artículo, había confundido los nombres de dos protagonistas de Maupassant. El error afectó la sensibilidad de la Sra. de Maupassant que rogó al barón Lumbroso rectificarla en su libro, y éste dice al respecto: « El error es grave y ha contrariado mucho a la Sra. de Maupassant³. »

Cerca del final de la vida de la Sra. de Maupassant, se poseen aún algunas informaciones que si son exactas, son muy significativas. Están extraídas de una carta del Sr. de Maupassant, de ahí su interés, pero tal vez también su posible exageración. El Sr. de Maupassant se expresa así:

La Sra. de Maupassant ha llegado a tal paroxismo de furor que a la mínima tiene unos ataques terribles que son imposibles de ocultar a la niña (la hija de Hervé) y que le hacen un daño enorme.

Desde hacía ocho días la Señora de Maupassant estaba sin noticias de Guy - su cabeza alterada y ella eran inabordables - trataba a mi nuera como a la última de las mujeres - arrastraba en el lodo a la familia de aquella y, resumiendo, el sábado, durante un ataque, ¡echó

¹ Gastroenteritis aguda con diarrea, calambres y vómitos. (N. del T.)

² En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 296.

³ *Id.*, p. 147.

a Marie-Thérèse de su habitación ordenándole que volviese con su familia!...

Mi nuera salió de la habitación para hacer sus maletas. Cuando acabó, descendió para despedirse. Durante ese intervalo la Señora de Maupassant había ingerido dos frascos de láudano. ¡¡Estaba inconsciente!! Se corrió a buscar al médico que la hizo vomitar, y el exceso de veneno la salvó. Cuando volvió en sí, su ira no conoció límites. ¡¡Se levantó, empujó a mi nuera y corrió a la calle!! Se precipitaron tras ella. La volvieron a llevar a su habitación y se la confió a unas amigas mientras que ella volvía junto a su suegra.

La Señora de Maupassant había aprovechado esos minutos para estrangularse con sus cabellos. Fue necesario cortárselos para salvarla. Entonces tuvo unos ahogos y unas convulsiones terribles...

Esta carta es naturalmente confidencial, pues es necesario ante todo pensar en el porvenir de la pobrecita niña. Esos sucesos son abominables para ella... Permítame someterle a esta cuestión: ¿No hay alguna solución para esta niña? Me parece urgente alejarla. Sería necesario conseguir una enfermera para la Señora de Maupassant, o hacerla internar en una residencia de salud como ella solicita...¹

Resulta difícil admitir que todo este relato sea inventado, fuese cual fuese la animosidad que pudiera existir entre los dos esposos y, a pesar de la vaga descripción, se desprende claramente que la Sra. de Maupassant presenta, en un momento dado, trastornos intelectuales.

Hay que decir todavía que la madre de Guy parece haber mostrado una cierta inaptitud a la hora de dirigir sus asuntos, pues su hijo debió acudir en su ayuda después de que ésta estuviese a punto de perder su fortuna personal². También padecía migrañas, usaba éter y cloral y presentaba trastornos visuales.

Murió en 1903, parece ser que de una cardiopatía.

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 464.

² *Id.*, p. 476.

El pariente más cercano a Maupassant es su hermano Hervé, y aquí nos encontramos en presencia de un hecho preciso y significativo. Hervé de Maupassant murió, en efecto, de la misma demencia que su hermano. Él también parece haber tenido un aspecto exterior soberbio, una salud en apariencia magnífica. Tras una infancia pasada al aire libre, entró en el ejército y fue suboficial de coraceros, lo que tal vez tiene su interés. Luego abandona las armas y emprende unos negocios ruinosos como horticultor. Su padre escribió a este respecto: « Lo sabía incapaz como comerciante y predije y anuncie todas las catástrofes que le han ocurrido¹. »

Hacia 1887, a la edad de treinta y dos años, como consecuencia según parece, de una insolación, fue presa de accesos epileptiformes con ideas delirantes y excitación. Ingresó en Ville-Evrard, pero salió tras algunas semanas de tratamiento.

No obstante la enfermedad no había remitido. En 1889, debió ser ingresado en Bron donde murió rápidamente de un ictus, en el transcurso de una parálisis general y todavía hoy puede verse su tumba en la avenida de entrada del cementerio de Bron. Algunos admiradores de Guy preguntan a veces al portero el emplazamiento de la sepultura y pueden descifrar con respeto sobre la piedra ennegrecida el apellido del autor de *las Tumbales*.

No queda por señalar nada más de interés desde el punto de vista de la herencia en la familia de Guy de Maupassant. Digamos sin embargo aún que el hermano de la Sra. de Maupassant, Alfred le Poitevin, murió joven tras haber mostrado también brillantes cualidades intelectuales. Hablando de él, su hermana dijo: « Mi hermano tan inteligente, tan distinguido, tan excepcional. » Tal vez podríamos observar simplemente que algunos médicos, con las ideas de hoy en día, habrían tenido la mosca detrás de la oreja, desde el punto de

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 472.

vista de una posible degeneración, en el examen de un enfermo que contase con tantos seres «excepcionales» en su familia.

Para completar lo anterior podemos decir que al abuelo paterno de Guy de Maupassant careció también de habilidad en la gestión de su fortuna pues Gustave de Maupassant escribió estas palabras: « Absolutamente arruinado por mi padre, hace veinticinco años, me he encontrado sin un centavo...¹ »; se puede igualmente señalar que el abuelo materno tuvo ciertas aventuras al menos extrañas con un cordero negro que él habría visto y que le habría hablado (?). El Sr. Lumbroso cuenta con seriedad esta aventura, pero es imposible decir lo que significa con exactitud².

Resta finalmente una afirmación del Sr. Maurice de Fleury referida por los señores Lumbroso y Lagriffe: « Guy de Maupassant tenía entre sus ascendientes varios alienados³ ». El Sr. Maynial que llevó más lejos sus investigaciones en este terreno no encuentra nada parecido y el Dr. Balestre escribe: « No ha habido locos, ni en la familia de Maupassant ni en la familia le Poitevin⁴ ». Por otra parte, el Dr. de Fleury ha tenido la extrema amabilidad de escribirnos que su indicación era falsa y que la persona de la que él la había obtenido había sido mal informada.

Hay otra cuestión que se relaciona a la de la herencia en la familia de Maupassant, se trata del asunto de los hijos de Maupassant. En un artículo de *l'Eclair*, del 11 de diciembre de 1903, un autor desconocido escribe: « Se dice que en el encantador pequeño pueblo de l'Yonne, hay tres adolescentes que lo consideran su padre. El mayor es empleado de banca; la mediana es modista y la pequeña espera la edad de aprender un oficio. » La luz no se ha hecho todavía sobre este punto. Se sabe

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 472.

² Id., p. 294.

³ Maurice de Fleury. *Introduction à la médecine de l'esprit*, p. 138.

⁴ El Lumbroso, *loc. cit.*, p. 464.

que la Sra. de Maupassant negaba con energía esta pretendida paternidad. « Sus únicos hijos, son esos » decía ella mostrando los libros de su hijo.

El Dr. Balestre jamás ha escuchado decir nada semejante, y el Sr. Henri Amic ha querido respondernos en relación con este tema: « Estoy convencido que se trata de una pura invención. Si Guy hubiese tenido hijos, no los habría abandonado. » Sin embargo el Dr. Balestre añade: « Maupassant ha dejado un hijo, pero usted sabe que consideraciones de delicadeza impiden comentarlo. Sin embargo este es el secreto de polichinela¹» El hecho del que se trata, si fuese cierto, vendría a afirmar de un modo tan inesperado como irrefutable la existencia del temperamento epileptisante de Maupassant. Todavía se trata de la herencia. Pero no es demasiado factible actualmente insistir más; son problemas que solo transcurrido el tiempo permiten ser desvelados.

En resumen, se tiene el derecho de decir, teniendo en cuenta solamente las afecciones indicadas en su familia, que Guy de Maupassant trajo consigo al nacer un estado constitucional predispuesto más particularmente a las afecciones del sistema nervioso.

Guy de Maupassant, nacido a dos pasos del mar, pasó su infancia corriendo sobre las playas y los acantilados y tuvo la inmensa buena fortuna de poder evitar hasta los trece años las paredes del colegio. Su madre, muy culta, bastaba para instruirle².

Parece haber tenido ya el espíritu observador y estratega, incluso demasiado, respondiendo a su padre que lo amenazaba

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 122.

² En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 301.

como reprimenda con no llevarlo a casa de cierta dama: «Tú tienes más ganas de ir que yo¹.»

A los trece años ingresa en el seminario de Yvetot, que abandona pronto por el Instituto de Ruán, luego, a su salida del Instituto, declarándose la guerra, se enrola y permanece en el ejército hasta el fin de la campaña. Entonces cuenta con veinte años y pronto va a tomar el camino de París.

Durante estos años de estudio, Guy de Maupassant gozaba, según todos, de la más exuberante salud. Citemos sin embargo esta carta de la Sra. de Maupassant a Flaubert, que data de 1866:

El pobre muchacho ha visto y comprendido tantas cosas, y es demasiado maduro para sus quince años. Acabo de verme obligada a sacarlo de la casa religiosa de Yvetot donde se me ha negado una dispensa de comer carne exigida por el médico. Mi hijo no está seriamente enfermo, pero padece un debilitamiento nervioso que demanda un régimen muy tónico².

Esta carta desentona un poco con las descripciones representando a Guy de Maupassant como un chico desbordante de salud. La expresión «debilitamiento nervioso», entre otras, sobre todo bajo la pluma de la Sra. de Maupassant, tal vez tenga un valor especial. Lamentablemente no hay al respecto otras informaciones.

Desde el punto de vista de la moral del Maupassant adolescente, se puede destacar que ya se afirman los grandes rasgos de su carácter. Ya es antirreligioso. Siendo alumno de un seminario, se burla, ante sus compañeros reunidos, de las creencias de sus maestros, e incluso más tarde diría de sí mismo: «Siendo muy pequeño ya me irritaban los ritos y las

¹ *Id.*, p. 301.

² *OEuvres de Maupassant*, éd. Connard, t. IV

ceremonias de la religión. Me parecían ridículas.¹» En la escuela en un muchacho rebelde. Incluso puede decirse que raramente se puede ser más indisciplinado, y ello con el único objetivo de recuperar la libertad y no por pereza o malicia. «Se encontraba (en Yvetot) muy desdichado y se las ingeniaba para caer enfermo a fin de obtener permisos suplementarios. Apenas de regreso en Étretat, recuperaba de inmediato la salud².» Un día, habiéndose burlado de un profesor ante todos los alumnos, es amenazado con la expulsión. « El colegial se regocijó en secreto recibiendo esa amenaza. Para acelerar sus efectos, al día siguiente dejó que descubrieran una carta romántica dedicada a su prima³... » La expulsión fue efectivamente llevada a cabo y partió, « llorando con un ojo y riendo con el otro⁴».

Ya era un aficionado a las bromas y comenzaba a « tomarle el pelo » a los burgueses. Fue así como un día se disfrazó de mujer engañando a una inocente anciana inglesa⁵.

A los dieciséis años se le conocía una amante oficial, lo que no impide decir al Sr. Lumbroso que la infancia de Maupassant fue absolutamente casta⁶. Esta afirmación, cuando menos es arriesgada.

La campaña de 1870 no le dejará demasiados recuerdos escabrosos y su imaginación de veinte años parece haber sido más afectada por el ridículo y los horrores de la guerra que por las desgracias de Francia.

¿Qué concluir de estos pequeños hechos? Tomados individualmente no tienen ninguna significación precisa, pero reunidos denotan ya un carácter indisciplinado, un poco

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 293.

² *Id.*, p. 143.

³ *Id.*, p. 144.

⁴ *Id.*, p. 146.

⁵ *Id.*, p. 306.

⁶ *Id.*, p. 303.

impulsivo, obstinado, dejando ver al mismo tiempo que el adolescente había ya cuestionado las ideas denominadas más especialmente morales. Y en el fondo de sí misma, su madre estaba satisfecha con eso.

En el año 1871 comienzo la vida pública de Maupassant. En ese año ingresa como empleado en el Ministerio de marina y allí permanecerá hasta 1880, fecha en la que se producirán sus primeros éxitos literarios.

En ese momento, todos sus amigos celebran unánimemente su aspecto robusto y su salud exterior perfecta.

« Maupassant, el Maupassant de entonces, dice Henri Roujon, no tenía en absoluto la cara de un neurótico. Su tez y su piel parecían las de un campesino curtido por las brisas, su voz conservaba el deje arrastrado del hablar rústico. No soñaba más que con caminatas al aire libre, deportes y domingos de remo. No quería vivir en otro sitio que no fuese a orillas del Sena. Cada día se levantaba al amanecer, lavaba su barca, hacía algunos largos fumando unas pipas y se subía, lo más tarde posible, a un tren para ir a echar pestes y a penar en su cárcel administrativa. Bebía como si estuviera seco, comía como cuatro y dormía de un tirón, lo demás cuando surgiera.¹»

«De estatura mediana y complexión atlética, era de espíritu vigoroso y sano. Yo creía ver uno de esos bellos sementales que pisan con sólida pezuña los pastizales normandos. » Esta última apreciación es de José María de Heredia².

Un día al verlo, un luchador exclamó: «Permitidme saludar a un colega³.»

¹ Henri Roujon, *Souvenir d'art et de littérature*, 1904.

² En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 199.

³ *Id.*, p. 308.

«Más bien bajo, bien parecido, vigoroso... la frente cuadrada, el aspecto de un torito bretón, daba la impresión de un guapo mozo », dice el Sr. Charles Lapierre¹.

«Me gusta, pues es un macho », decía Zola.

«Caminaba con paso de legionario romano, por hacer una comparación, por los caminos sin embargo inundados de sol » cuenta el Sr. Gistucci.

«Sólido como una roca, sanguíneo, vigoroso, como un hombre de la antigüedad (entiéndase de leyenda), apasionado por los ejercicios corporales y el remo, luchador, boxeador, gozaba de fama de un don Juan que además estaba justificada. Se cuentan algunas anécdotas asombrosas y desde luego es el protagonista de más de uno de sus relatos.²»

Así se expresa Edouard Rod.

« Maupassant era robusto y bien parecido », ha querido escribirnos un íntimo amigo de Maupassant, el Sr. Robert Pinchon, y es igualmente la opinión del Sr. Pierre Giffard.

« Mis recuerdos me remiten a un Maupassant perfectamente sano y equilibrado », nos confía el Sr. Paul Bourget, en una benevolente carta que no podríamos agradecerle todo lo que merece.

En definitiva, la opinión es unánime. Guy de Maupassant tenía el aspecto exterior de un hombre con una salud perfecta e, incluso mejor, casi el de un hercúleo.

Es el momento de recordar aquí los testimonios que hemos indicado en las primeras páginas de este trabajo, referentes a las migrañas de Maupassant. Es el momento de recordar esta frase del Sr. Gistucci mediante la cual, tras haber ensalzado la «gracia atlética y la belleza viril » de un joven Maupassant, añade: « A pesar de sus soberbias manifestaciones de actividad física, Maupassant siempre había conocido crisis de vigor y abatimiento, de fuerza aparente y de debilidad secreta, como si

¹ *Id.*, p. 605.

² *Gazzetta Letteraria*, 3 febrero de 1883.

anidase en él un mal misterioso¹» de tal modo que, hacia la treintena, ya le parecía a su amigo como « un hombre poderoso tocado por la enfermedad ».

Es el momento igualmente de recordar las palabras de la Sra. Levanneur, que sin embargo veía cada mañana a Maupassant correr hacia su barca embriagándose de aire libre: « En casa de Maupassant siempre olía a éter. »

Recordemos la frase del Sr. Pierre Giffard: « Sus ojos no dejaban entrever al recién llegado las migrañas atroces que el pobre muchacho padecía frecuentemente. »

Los tres recuerdan días en los que lo encontraron con sorpresa, abatido por el dolor, cuando el Maupassant que habían dejado la víspera estaba desbordante de alegría y juventud. E incluso, para uno de ellos, la impresión fue tan fuerte que, no obstante sin ser médico, escribe: « Aquí se debe plantear la cuestión de la herencia en la naturaleza física de Maupassant.²»

Así ya podemos ver la tara original oculta tras la fachada resplandeciente y alterando ya el «buen aspecto límpido y robusto ».

Es interesante al respecto citar el retrato que Max Nordau nos hace de Maupassant: «Fue la frente baja, el arco sobre la ceja casi tan saliente como en el cráneo de un Cromagnon, la nariz corta y ancha, el bigote denso, la boca vulgar, brutalmente sensual, el conjunto de la fisonomía de un suboficial paseando un domingo a la búsqueda de conquistas fáciles, lo que casi me angustió la sola y única vez que vi a Maupassant³.»

Nos falta indicar aún los trastornos cardíacos de los que Maupassant se quejaba en esta época. Estos trastornos, por lo demás, eran ciertamente funcionales, pues ningún signo de

¹ Gistucci, *loc. cit.*, p.10.

² Gistucci, *loc. cit.*, p.12

³ Max Nordau, *Vues du dehors*.

cardiopatía apareció posteriormente. El Sr. Lagriffe los resume muy bien: «En lo relativo a su salud, decididamente usted no me parece muy enfermo. Tanto mejor. No piense más en ello », le escribe Flaubert, el 28 de agosto de 1876. « Mi corazón está bien. Vivan los “homeópatas”, Love hace de mi corazón lo que quiere, lo acelera o lo ralentiza cuando le place », responde Maupassant, el 17 de noviembre siguiente. Flaubert prevé la peligrosa pendiente en la que se precipita su discípulo cuando le dice, el 15 de enero de 1878: «Comenzando por tu salud, todo lo demás es vano. » Luego es Maupassant quién vuelve a la carga: «¿Es que todo el mundo tiene el corazón deteriorado?» Y una vez más: « No me encuentro muy bien, la sangre circula mal y los médicos no pueden hacer otra cosa que repetir su eterna cantinela: Ejercicio. Haga ejercicio.» También Flaubert no podía dirigirle un mejor deseo el 2 de enero de 1880: «ante todo, más latidos de corazón¹ ».

Estos trastornos, ciertamente funcionales y de origen reflejo, están en perfecta comunión con el temperamento artrítico de Maupassant, del mismo modo que la frase: « la sangre circula mal », y el consejo de los médicos: « haga ejercicio », apuntan que, por el contrario, hubiese sido muy contraproducente si se tratase de una cardiopatía orgánica.

Citamos aún una carta a la Sra. de Maupassant, datada desde el Ministerio de la Marina: « En este momento no estoy mal y creo que es el efecto de los baños de vapor que continúo tomando cada dos días².»

En 1877, Guy de Maupassant va a tomar las aguas a Loeche, estación balnearia donde proliferan preferentemente «los artríticos, los reumáticos, los paralíticos y los neuróticos³.»

¹ Lagriffe, *loc. cit.*, p. 10.

² Connard, *OEuvres de Maupassant*, t.I.

³ Lagriffe, *loc. cit.*, p. 15.

Finalmente, sus amigos señalan ya un síntoma particular que

debía ser muy marcado, puesto que llamaba la atención: se trata de la sensibilidad al frío de Maupassant. Maupassant temía el frío de un modo exagerado. «¡Era un friolero! escribe Pierre Giffard; para un hombre que vivía en el agua con el torso medio desnudo, era incomprensible¹». Respecto a esto hay que recordar sencillamente que la sensibilidad al frío de los artríticos es un hecho muy conocido.

Creemos tener derecho a decir que no era más que una fachada la apariencia atlética de este joven de veinticinco años que va de médico en médico, a los balnearios y toma baños de vapor, aun cuando nos hayamos apoyado, a modo de documentación, en algunas frases de dos o tres cartas cuyo editor, por añadidura, advierte por adelantado que ha suprimido todo lo que se refiere a la vida privada y sobre todo cuando, a pesar de su discreción, sorprendemos confesiones como ésta bajo la pluma de sus amigos: «Lamentablemente toda su vida, consciente o inconsciente, Maupassant luchó contra el mal, oscuro todavía, pero que ya estaba alojado en él²»

Por otra parte, el estudio de la moralidad en Maupassant en el periodo que va desde 1870 hasta 1880, va a corroborar esta opinión.

Si hay un hecho en el que todos los amigos de Maupassant están de acuerdo, es sobre la vida alegre que llevaba el joven empleado del ministerio. Apasionado por todos los placeres físicos, Maupassant disfrutaba de todos sin ningún escrúpulo y dedicaba el resto de su actividad remando en el Sena. Todos sus amigos han mantenido, a nuestras preguntas sobre este tema, la misma significativa y elocuente sonrisa.

Era época de cometer locuras, largas travesías remando en el Sena con la señorita Mouche en el timón.

¹ Giffard, *loc. cit.*

² Pol Neveux. En Connard, *loc. cit.*, t. I, p. 26.

Maupassant, escribe Pierre Giffard, iba a menudo a Saint-Germain, remando con firmeza. Su mayor placer era pasear con amigos y damas, damas muy bonitas, cuyos gritos asustados animaban el río. La propietaria se encargaba de la limpieza y él comía en la casa de un tendero del pueblo, llamado Lelièvre, que seguramente nunca tuvo clientes como ese. Algunos días Maupassant recibía a sus amigos en la mesa redonda del restaurante pueblerino y ninguno de los invitados que allí se encontraban sentía precisamente melancolía. Allí se confeccionaban figuritas groseramente esculpidas en todo tipo de materiales, desde madera hasta zanahorias: en especial caricaturizando los defectos de éste o las tendencias de aquella. Se organizaban concursos de invectivas al estilo homérico. Maupassant daba con bella exhuberancia el momento de inicio y el tono¹.

Y sin embargo, desde esta época, en mitad de esas locuras, en plena juventud, en plena esperanza del porvenir, Guy de Maupassant tenía momentos de profunda tristeza, casi de desesperación. Y como no había ninguna razón legítima para desesperarse de ese modo, parece que ese hecho no es demasiado explicable si no se admite la intervención de la neurosis.

Fue en esa época, dos años antes de *Bola de Sebo*, cuando escribió:

En ocasiones tengo percepciones tan claras de la inutilidad de todo, de la inconsciente miseria de la creación, del vacío del futuro (sea cual sea) que me siento invadido por una triste indiferencia hacia todas las cosas y solamente quisiera permanecer tranquilo, tranquilo en un rincón, sin esperanzas y sin problemas... Yo, yo digo cada noche, como san Antonio, «otro día, otro día que pasa». Me parecen largos, largos y tristes...

¹ Pierre Giffard, *loc. cit.*

Y en otra ocasión:

Veo cosas absurdas, absurdas, absurdas, y otras que son tristes, tristes, tristes, todo el mundo es idiota, idiota, idiota, aquí como en todas partes¹

Ya en 1873, a los veintitrés años, escribía a su madre:

Me encuentro tan perdido, tan aislado, tan desmoralizado, que me veo obligado a pedirte que me envíes algunas buenas páginas. Experimento... momentos de miseria tan completos que no sé ya a que atenerme².

Que equivocados estaríamos pues no representando a Maupassant más que como un apuesto muchacho, amando y aprovechando la vida, no pensando más que en disfrutar de su juventud. Ya es un pesimista, ya es un triste, únicamente es un triste que « tiene temperamento ». Esta constatación es importante, pues se enfrenta directamente con la opinión de aquellos que no han visto la tristeza aparecer en Maupassant más que hacia el final de su vida y que han interpretado este inexacto hecho como una signo de parálisis general.

Pero incluso olvidando esas horas de angustia y ese fondo de melancolía, tan común en los neurópatas y más especialmente en los epilépticos, para no atenernos más que a las horas felices de la vida de Maupassant, todavía nos encontramos con huellas fehacientes de la neurosis que habita en el autor normando.

De entrada son una cierta exageración en el verbo y algunos modos de conducta que no explica suficientemente la

¹ En Connard, *OEuvres de Maupassant*, t. I, p. 106 y 122.

² En Connard, *loc. cit.*, t.I, p. 130

contante preocupación que tenía Maupassant de imitar a Flaubert.

Así, cuando « cubierto con una especie de sombrero de pescador de caña, el torso con un jersey a rayas, sus musculosos brazos de remero desnudos hasta los hombros », iba a esperar a sus amigos a la estación, « si percibía la proximidad de personas renombradas por su pudor o ocupando situaciones importantes en el Estado, nunca dejaba de pronunciar con voz altisonante palabras de bienvenida inmodestas. »

Este simple hecho denota una falta de medida que no es completamente achacable al inmenso placer que sentía Maupassant burlándose del burgués.

Cuando contaba una anécdota, éstas eran « o bien historias de ahogados, o aventuras de magistrados o altos dignatarios sorprendidos en situaciones indecentes. Se reía haciendo oscilar la barca.¹ »

Volvemos a encontrar aquí la misma tendencia.

« Dulce manía, escribe Pierre Giffard, que se explica mediante otra frase cuando se piensa en el fin lúgubre y tan precoz del gran escritor. »

Otro indicio interesante es la auténtica amoralidad de Maupassant por todo lo concerniente a las cuestiones sexuales. Para él, la moral humana es filosóficamente una « moral de imbéciles » y el amor consiste únicamente en un gesto físico carente de toda elegancia y ridículo que es normal satisfacer no importa dónde o no importa con quién. Así, confiaba a un amigo, un joven de dieciséis años en esa época, que Napoleón I mantenía relaciones sexuales con su hermana y lo decía fríamente sin concederle mayor importancia, lo que precisamente asombró a ese amigo.

En lo referente a anécdotas que se cuentan sobre este tema, son muy numerosas y todas testimonian un desprecio profundo

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 314.

por la mujer y una indiferencia moral absoluta. No era precisamente en los castillos donde buscaba amantes, aunque lo diga el Sr. Lumbroso.

Por añadidura, él estaba empujado a actuar de ese modo debido a otro fallo de su sistema nervioso que se traducía mediante la imposibilidad de controlar sus impulsos. El siguiente hecho nos fue contado por un testigo que quedó tan sorprendido que, desde ese día, consideró siempre anormal a Maupassant:

Un domingo, cuando Maupassant, por razones evidentes, hubiese debido estar carente de deseos sexuales, él remontaba el Sena en barco con un amigo. De repente sugirió a su compañero cambiar de dirección y volvió a descender rápidamente el río hasta el pueblo en el que se erigía una casa Tellier de una categoría completamente ínfima. Allí, a pesar de todos los consejos, Maupassant desembarcó para regresar satisfecho un cuarto de hora después y reunirse con su amigo.

Maupassant se entregó durante su juventud a excesos sexuales considerables, y además con « unas adversarias conscientes y libres », por emplear una interesante expresión del Sr. Lumbroso. A este respecto, los consejos paternos de Flaubert son elocuentes en su brevedad¹.

Hay que señalar ahora qué influencias vinieron a acentuar el temperamento neuropático de Maupassant y pudieron tener una influencia sobre la evolución posterior. Se ha hablado al principio de excesos físicos, sobre todo el remo. Desde luego Maupassant, cada vez que podía, partía para Sartrouville o Maisons-Laffite, pero nosotros somos de la opinión de Lagriffé cuando dice con mucha precisión: «Ningún alienista jamás admitirá que Maupassant se vio afectado de parálisis general por haber remado demasiado. » Al contrario, la práctica de los deportes para un burócrata no puede ser más que saludable y es

¹ Carta del 15 de julio de 1878, *Correspondance de Flaubert*, t.I., p. 304.

materialmente imposible admitir que Maupassant hizo uso de ellos con exceso dado que estaba todo el día en el Ministerio. Más bien él consideraba el remo como un medio de someterse a los consejos de los médicos que no cesaban de repetirle: «Ejercicio, haga usted ejercicio.»

A los excesos sexuales señalados anteriormente, hay que añadir también los excesos de bebidas, sin que se pueda decir no obstante que Maupassant se emborrachaba; esa es la opinión de todos aquellos con los que hemos podido hablar.

Hay que reseñar también el éter. Sin citar una tercera vez las palabras de la Sra. Levanneur, es bueno recordar el comentario de la Sra. Lecomte de Nouy: «Para calmar sus migrañas, abusó de los estupefacientes»; y también estas palabras del Dr. Henriot: «Consumía éter, cocaína, haschis y morfina; en definitiva, corrió toda su vida tras esos goces que nunca pudo alcanzar¹.» ¿Esta única frase nos permitiría afirmar el temperamento neuropático de Maupassant? Hay que traer a colación también la afirmación del Sr. Pierre Giffard: «Siempre supe que tenía un frasco de éter del que nunca se desprendía²» y la frase tan a menudo citada del Dr. Fleury: «Maupassant se ha dedicado mucho tiempo al abuso de los excitantes artificiales de la mente³.»

Finalmente, a la acción del alcohol, del éter y de la morfina, ¿hay que añadir la influencia de la sífilis?

La cuestión de la sífilis de Maupassant ha sido debatida en forma desigual hasta el día de hoy, pero mayoritariamente en sentido afirmativo. Uno de sus amigos de juventud nos ha confirmado el hecho de un modo absoluto. Maupassant

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 94

² *Le Figaro*, *loc. cit.*

³ *Introduction à la médecine de l'esprit*, p. 138

contrajo la sífilis hacia los veintitrés años y además se cuidó de un modo bastante enérgico¹.

De este modo comenzamos a poder fijar la personalidad de Maupassant, hacia los treinta años:

Un aspecto físico excelente, ocultando migrañas violentas y trastornos nerviosos; un carácter muy alegre y desenfadado pero por explosiones, sobre un fondo dominante de melancolía y taras psíquicas.

Todos esos indicios permiten afirmar la presencia de una neurosis, y las migrañas nos indican que esa neurosis es una epilepsia.

Sobre este terreno predispuesto, vinieron a actuar excesos alcohólicos, venéreos, el uso de los estupefacientes, y finalmente la sífilis.

¹ Sin embargo debemos decir que Guy de Maupassant negó el diagnóstico del Dr. Landolt y del profesor Pierret. «Palabras de enfermo», dirá. No obstante Maupassant era un hombre sin prejuicios y es sorprendente que hubiese ocultado a conciencia un hecho tan importante cuando tanto significaba para él su salud. ¿Qué significan pues las palabras de sus amigos? Aquellos que, por otra parte, cuando nosotros les solicitamos algunas precisiones, responden que Maupassant perdió sus cabellos. Se trata de un diagnóstico ínfimo y hubiésemos preferido otros síntomas. Pero aún cuando nos situemos en las filas de los que opinan con unanimidad, debemos reconocer que aún así permanece una duda con respecto a la diagnosis de Maupassant.

CAPÍTULO IV

Es en el transcurso de los diez años siguientes, desde 1880 hasta 1890, cuando Guy de Maupassant escribe todas sus obras. Durante ese periodo vive en París, célebre, buscado, festejado, no ausentándose de esta ciudad excepto para realizar algún viaje a Inglaterra, a Italia, a Argelia, estaciones termales y algunos cruceros solitarios sobre su velero.

Es el momento en el que está en plena posesión de su genio. Es el periodo verdaderamente activo de la vida de Maupassant. Exteriormente es el hombre robusto y fuerte de siempre al que la riqueza y la fama han aportado la seguridad y la confianza. El éxito de sus libros se mantiene sin cesar: honores, fortuna, gloria, Guy de Maupassant ha sobrepasado sus expectativas más ambiciosas.

Y, sin embargo, ese mismo Maupassant va ensombreciéndose cada vez más, escribiendo en ocasiones cuentos extraños; sus dolores de cabeza se hacen más violentos; obsesiones y fobias lo acosan; se le presentan alucinaciones ante sus ojos enfermos.

¿Qué ocurre entonces? ¿Qué genio enfermizo hace prorrumpir a su vez, bajo su pluma, la risa desenfadada de la Señorita Mouche, pero también los gritos horrorizados de la pequeña Roque?

Es en ese momento, desde nuestro punto de vista, cuando la constatación de la neurosis epileptisante se vuelve realmente interesante en Maupassant. Pues, si no se admite una tara degenerativa, entonces hay que poner en el haber de la parálisis

general que acabó con su vida, todos los trastornos físicos e intelectuales que acabamos de enumerar.

Eso es lo que ha hecho el Dr. Lagriffe, y lo que cada uno ha intentado hacer de primera intención. Incluso algunos han ido más lejos, y un autor extremadamente distinguido, que no es médico, pero que fue un amigo íntimo de Maupassant, nos ha dicho: « Guy de Maupassant era un muchacho como otro cualquiera; todo lo que escribió hasta los treinta años era de mala calidad; no fue hasta el día en el que estuvo enfermo cuando escribió esos cuentos tan justamente admirados; debe su gloria a su enfermedad, y, en una palabra, el talento de Maupassant fue su parálisis general.»

Creemos estar de acuerdo con todos los psiquiatras no compartiendo esta opinión, porque la parálisis general no es una enfermedad que edifique, sino más bien se trata de una enfermedad que destruye. El gran síntoma de la parálisis general es el debilitamiento intelectual. Por leve que pueda ser e incluso por difícil que sea de despistar en sus comienzos, no hay ninguna duda: el paralítico general siempre es inferior a lo que era antes de la enfermedad.

Es por esto por lo que no podemos suscribir la opinión del Dr. Lagriffe quien no dice que Maupassant debió su superioridad intelectual a su enfermedad, pero que piensa que Maupassant pudo escribir toda su obra siendo paralítico general y a pesar de su enfermedad. ¿Se puede realmente admitir que toda la obra de Maupassant, tan precisa en la observación, tan clara en el estilo, sea el fruto de un cerebro afectado por las lesiones de la parálisis general? Por larga que quiera considerarse la duración de esta enfermedad en el caso de los hereditarios, sea cual sea la importancia que se le quiera dar a las remisiones, ¿no hay en este hecho algo penoso y chocante para la razón?

Para salir al paso de estas consideraciones generales, hay que observar que el Dr. Lagriffe no nos muestra precisamente

este debilitamiento intelectual que domina la sintomatología de toda parálisis general, sino que se apoya especialmente sobre tres tipos de hechos: en primer lugar Maupassant, desde 1883, introduce sus alucinaciones en su obra lo que demuestra que no las considera como tales¹; a continuación Maupassant cambia de carácter, se vuelve melancólico; y finalmente escribe cuentos absolutamente delirantes, siendo el más célebre *El Horla*. El estudio de estos diferentes puntos mostrará por qué es posible extraer otras conclusiones distintas a las del Dr. Lagriffe.

Pero hay que indicar a continuación que los hechos sobre los que se apoya Lagriffe son, por decirlo de algún modo, enormes, de tal modo que si Maupassant por ejemplo, no rectifica sus alucinaciones desde 1883, se deberían desde luego encontrar muchos otros testimonios de debilitamiento intelectual seguro. Cuando un enfermo tiene alucinaciones y las toma por realidades, tal falta de control sobre sí mismo no puede pasar desapercibida entre los que lo rodean. Ahora bien, ningún testigo ha dicho nunca, entre otras cosas, que Maupassant desde esa época apenas distinguiese una alucinación de la realidad.

No aparecen, como se verá, nada que se puedan considerar síntomas de parálisis general antes del año 1890 y es como mucho en el año inmediatamente anterior, siendo muy rigurosos, cuando se le podrían sospechar las primeras manifestaciones. Pero aparte de la dificultad que supone explicar los diferentes síntomas físicos e intelectuales que Maupassant presenta durante el transcurso de su vida, pronto se percibe, apoyándose sobre la noción nueva y precisa de su temperamento epileptisante, que la presencia de esta neurosis explica y domina toda la vida patológica del escritor, incluso comprendida en ella en una gran parte, la forma clínica de la parálisis general terminal.

¹ En Lagriffe. *loc. cit.*, p. 40

Y es porque a nuestro entender, los hechos no serán nuevos a partir del año 1880. Todos los sufrimientos del Maupassant diez años después, estaban ya latentes en el Maupassant de 1875 y simplemente se va a asistir, a partir de esa época, al desarrollo e los síntomas ya señalados. El Maupassant alucinado que escribirá *El Horla* será el mismo hombre al que ya hemos sorprendido, doblegándose bajo el dolor, con un frasco de éter en la mano.

He aquí como nos volvemos a encontrar en el camino de las migrañas, pues en sus cartas Maupassant se queja constantemente de los dolores de cabeza que le torturan y, hasta en sus obras, protesta contra su mal: « la migraña, el horrible mal, la migraña que tortura como ningún suplicio ha podido hacer¹».

El Sr. Connard, el editor tan sagaz de las obras de Maupassant, ha querido contarnos que él escuchaba constantemente a Maupassant quejarse a Havard de las migrañas que le impedían trabajar. «Se quejaba a todas horas», nos dice.

El Sr. René Maizeroy ha conservado igualmente el recuerdo muy nítido de los violentos dolores de cabeza de los que Maupassant se quejaba cada vez más.

Ha sido finalmente el Sr. Maurice Talmeyr quién ha contado recientemente en *la Liberté*, esta confidencia que un día le hizo Maupassant: « Querido amigo, no tome nunca antipirina, es la antipirina la que me ha dejado en el estado en el que usted me ve. Tenía que proporcionar tres cuentos semanales al Gil Blas, dos bajo mi firma y uno bajo el seudónimo de Maufrigneuse, y continuas y atroces migrañas me abatían por completo, precisamente mis días de trabajo. Entonces invariablemente me administraba una pastilla de

¹ *Sobre el Agua*, p. 135

antipirina y el medicamento invariablemente me volvía a poner en forma¹».

Por lo demás, no hay necesidad de más testimonios particulares. Los males de cabeza son consignados públicamente a partir de 1885: « Se doblegó bajo la pesada carda, escribe Henri Roujon, de las enfermedades que le sobrevinieron, invencibles insomnios, incesantes dolores de cabeza...²»

He aquí algunos extractos de cartas de Maupassant:

Apenas he llegado a Étretat, otra vez fui presa de migrañas³...

Algunos meses antes, el 2 de enero de 1889, escribía desde Túnez:

He tenido todavía terribles migrañas que me han impedido trabajar absolutamente, pero el clima de Túnez me resulta muy beneficioso...

En otra ocasión, Maupassant escribe hablando del Dr. Magitot:

Ahora bien, anteayer, como no había podido ir a verle a causa de una migraña, él vino a mi casa⁴...

Fue igualmente hacia esa época que, yendo a ver a su hermano a Bron, Maupassant contaba al profesor Pierret el insoportable peso de esos sufrimientos siempre renacientes.

Hay pues que señalar que las migrañas no cesaron con la edad, sino por el contrario, parecían haber aumentado con los años de intensidad y frecuencia.

¹ *La Liberté*, 25 de marzo de 1911.

² En Lumbroso, p. 321.

³ En Connard, *loc. cit.*, t.I, p. 163, verano 1889.

⁴ Estos dos extractos son debidos a la amabilidad del Sr. Connard.

Al final de su vida, Guy de Maupassant se lamentaba también de fenómenos dolorosos que afectaban sus articulaciones.

«He tenido dolores de reumatismo », escribe en 1889¹.

Y en otra ocasión: «Estoy afectado de unas espantosas neuralgias... necesito calor tropical².»

En una de sus últimas cartas, escribe a su madre:

Estoy baldado de las neuralgias debidas al Sena y a mis malos alojamientos. Solo el calor acaba con ellas³.

Algún tiempo atrás, hablando con Edmond de Goncourt, acusaba a su gran amigo el Sena y decía, mostrando la niebla que lo cubría:

Fueron mis jornadas de remo matinales ahí a lo que debo lo que hoy tengo⁴.

Puede leerse aún, en el libro de François, curiosa mezcla de prescripciones médicas e historias de amor, estas palabras de Maupassant a su ayuda de cámara, un día del año 1889:

Tengo dolores en las articulaciones. A partir de mañana comenzaré una serie de baños de vapor. Te ruego que tengas todo dispuesto⁵.

¹ En Connard, t.I, p. 164.

² En Lumbroso, loc. cit. p. 249

³ En Lumbroso, loc. cit., p. 42.

⁴ En Lumbroso, loc. cit. p. 182

⁵ En François, loc. cit., p. 227.

Es cierto que esos dolores, activados por el frío y la humedad, no eran otra cosa que manifestaciones reumáticas que se exasperan con los años.

El frío, además, siempre fue temido por Maupassant. Hemos contado ya que en plena juventud, según Pierre Giffard, él era extremadamente friolero. El Sr. Gistucci, en 1880, hizo la misma observación. «Adoraba el calor », nos dijo su amigo.

Haciendo un viaje por Inglaterra durante el verano de 1886, iba a visitar Oxford un día de lluvia. «Maupassant tiritaba de frío », escribe la Sra. Blanche Roosevelt. Y al día siguiente, abandonó Inglaterra dando la siguiente excusa por su imprevista partida: « Tengo demasiado frío, esta ciudad es demasiado fría. La dejo por París; hasta luego. Mil gracias¹ ».

«Es así como, tiritando completamente, escribe Lagriffe, Maupassant aparecerá ante sus amigos hasta el final.»

«Me encuentro muy bien en este momento, escribe a su madre en 1887, pues mi domicilio es terriblemente caluroso².»

Y, en los últimos años, se produce una queja perpetua:

«¿Puedes encontrarme, escribe a su amigo Pinchon, una buena habitación soleada, con una buena chimenea?... Estoy enfermo... Necesito calor tropical³.»

Luego, otra vez:

Este abominable invierno ha hecho de mi una planta congelada... Solo el calor me alivia.

Los vientos helados de las nieves me han producido un montón de problemas. Iré a salvarme a no sé dónde, hacia el sol⁴...

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 596.

² En Connard, *loc. cit.*, t. I, p. 161.

³ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 249.

⁴ *Id.*, p. 41 y 44.

«Tiritaba» en la inauguración del monumento a Flaubert.

Una de sus últimas cartas y casi dedicada por entero a quejarse del frío:

Aquí hace un tiempo espantoso. La nieve revolotea aún en el aire, el termómetro desciende todas las noches a 2 o 3 grados por debajo de cero. Es horrible. Este espantoso invierno me ha dejado tan fatigado y cansado que si encuentro algo cálido en Niza para el invierno próximo, no pasaré temporadas tan largas en el Norte.

Tengo una necesidad imperiosa de sol¹...

Y, el próximo invierno, iba a acabar ingresado en la residencia del Dr. Blanche.

Esta extrema sensibilidad al frío es, como hemos dicho, un fenómeno muy bien conocido entre los artríticos y se explica pues muy naturalmente en Maupassant.

Otro fenómeno bastante curioso, y que nos es indicado por dos testigos, el Sr. Gistucci y el Sr. Henri Amic, consiste en el hecho de que Maupassant, incluso bajo el más intenso calor, no presentaba ninguna sudoración.

El Sr. Gistucci nos ha confirmado mediante carta su asombro al respecto:

«Maupassant caminaba con paso de legionario romano, si se me permite la expresión, por los caminos inundados de sol y sin derramar, lo que me asombraba tanto que un día se lo hice observar, una sola gota de sudor.»

Por su parte, el Sr. Henri Amic ha tenido la amabilidad de escribirnos: «Caminaba sin cansarse nunca, sin que jamás una gota de sudor perlase su frente. Pretendía sufrir de esta sequía de la piel.»

Este nuevo trastorno del sistema nervioso es interesante en el sentido de que esta anomalía en las funciones de la piel viene

¹ En Connard, t. I, p. 168.

a añadir, como consecuencia de la insuficiente excreción, una importante causa de auto-intoxicación secundaria a la auto-intoxicación normal y constante de los artríticos.

Para ser exactos, hay que señalar aún los trastornos que, por parte de los sistemas digestivo, circulatorio y respiratorio, vinieron a añadir su acción a la de la mala « química alimentaria » del artrítico, pues, según nosotros, todas esas causas deben ser reunidas desde el punto de vista de su influencia nociva sobre el sistema nervioso y más especialmente sobre el cerebro de Guy de Maupassant.

Otro tanto que algunos de esos trastornos no pueden ser tratados en cantidad despreciable, especialmente los del estómago. Si Guy de Maupassant fue en efecto durante algunos años un alegre compañero de mesa, parece ser que, desde 1883, padeció del estómago.

«Iré a Auvergne, en Châtel-Guyon, escribe a la Sra. Lecomte de Nouy, pues mi estómago no está bien¹.»

Y, desde entonces, parece que padeció trastornos digestivos de un modo más o menos continuo, pues, en 1885, va de nuevo a Châtel-Guyon y escribe al respecto:

Baraduc cree que todos mis problemas de estómago provienen del hígado. Después del hígado, se descubrirá que provienen de la nariz².

En 1886, regresa una vez más a Châtel-Guyon, pero los diversos tratamientos que sigue no parecen haber obtenido grandes resultados, pues, en 1887, Maupassant todavía no podía comer ni guisos, ni asados y bebía solamente té³. En

¹ En Connard, t.I, p. 147

² Extracto debido a la amabilidad del Sr. Connard.

³ *La Liberté*, Maurice Talmeyr, loc. cit.

1889, vuelve a quejarse a Pierret de problemas digestivos. No bebía otra cosa que no fuese té. Buscando constantemente una mejoría, va a Plombières, vanagloriando la influencia beneficiosa de sus aguas. Finalmente, en una de sus últimas cartas, se lamenta amargamente de no poder comer¹.

La constancia y moderación relativa de los síntomas, la forma y la ineficacia de los tratamientos prescritos permiten suponer que se trataba de una de esas gastritis crónicas, en cuya patogenia el sistema nervioso desempeña un papel importante.

En cualquier caso está claro que esos problemas no podían hacer otra cosa que contribuir aún más a la mala elaboración de la nutrición de Maupassant.

En lo relativo al corazón, parece que los problemas de los que se quejaba Maupassant a Flaubert, cesaron a continuación y que, como hemos dicho, no se trataba de una enfermedad orgánica. Pues, en una carta a su editor Havard en 1883, Maupassant escribe:

«Mi corazón va mucho mejor», luego en 1884, a la Sra. Lecomte de Nouy: « En cuanto a mi corazón, marcha con una regularidad de reloj y escalo montañas sin sentirlo ni un segundo².»

y, a continuación, ya no vuelve a mencionarlo.

En lo referente a las vías respiratorias, es de señalar simplemente la influencia de la que habla Maupassant en dos cartas a su madre; pero las cartas datan de 1891:

He tenido la influenza, dice en una, pero se curó después de dos días. Fue muy benigna³.

Mi influenza me ha dejado bastante mal, dice en la otra. ¡Qué horrible enfermedad¹!

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 460.

² En Connard, *loc. cit.*, p. 147.

³ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 43.

He aquí aún otra carta:

Mayo 91.

calle Boccador, 24

Mi querida amiga,

Estoy enfermo de influenza. me ha atacado al principio por el pecho; luego me he creído curado. Se ha reproducido en las fosas nasales y en la garganta. En fin, he pensado que ya me había abandonado cuando me agarró por la cabeza, mediante la migraña, los ojos y la memoria. El cambio de aires me pondrá bien sin duda, pues no estoy ni delgado (al contrario), ni debilitado, sino aletargado. ¿Sabes que en algunas ciudades del norte de Italia, mueren cincuenta y sesenta personas de esta enfermedad en este momento?

No es posible extraer una conclusión precisa de estas cartas, pues no tenemos más que detalles demasiado vagos sobre los trastornos a los que Maupassant llama influenza. Es cierto que se trataba de una de esas afecciones contagiosas gripales de las vías respiratorias que fueron efectivamente muy frecuentes por esa época y que eran calificadas entonces con el nombre genérico de influenza. Es interesante recordar sin embargo que « la intoxicación gripal tiene una acción particularmente neurastenizante, agotadora, que se acompaña de amnesia y astenia mental, y que esta afección produce lesiones de meningoencefalitis aguda, auténtica parálisis general aguda²»

Si se analiza esta frase de Maupassant: « la influenza me ha agarrado por la cabeza y la memoria; no estoy debilitado, sino aletargado...», se puede decir que esta enfermedad infecciosa, sobrevenida en 1891, tuvo ciertamente una acción aceleradora sobre el desarrollo de las lesiones cerebrales en Maupassant.

¹ En Connard, p. 169-

² Régis, *Précis de psychiatrie*, p. 756 p. 634 (Pierret y Paret).

Hasta el momento, los diversos síntomas físicos señalados en Maupassant, se explican fácilmente gracias a la noción del temperamento neuro-artrítico de Maupassant, pero he aquí ahora una afección más interesante y que ocupa un lugar preponderante en la vía patológica de Guy de Maupassant. Se trata de la afección de la que él sufrió en los ojos.

Se encuentran las primeras referencias en una carta de Flaubert, de marzo de 1880, pero nada indica desde que época duraba. «Si tu ojo te lo permite », escribe Flaubert concediendo una cita a Maupassant; luego, más adelante: « Se me han dicho tantas tonterías e improbabilidades acerca de tu enfermedad, que será recomendable, para mí, para mi única satisfacción, hacerte examinar por mi médico Fortin¹ »

Este examen tuvo lugar el 27 de marzo en Croisset. «No creo, escribe Lagriffe, que Flaubert hubiese podido extraer, tal y como deseaba, la más pequeña satisfacción personal, pues, si el examen fue largo, duró más de una hora, Fortin no dio su opinión al bueno de Flaubert que se arrojó sobre la hipótesis de que Maupassant tenía la misma neurosis que su madre. Maupassant sufrió mucho; se vio obligado a acostarse la misma noche del examen, desde las nueve²».

En otra carta, Flaubert dice aún: « ¿Tu ojo te duele? Dentro de ocho horas me visitará Pouchet que me dará detalles sobre tu enfermedad de la que yo no entiendo gran cosa³».

Desde esa época, Maupassant llevaba consigo unos quevedos de cristal coloreado y se quejaba constantemente a Havard de sus migrañas y sus ojos, como nos los ha referido el Sr. Connard.

Hacia 1883, se pone en manos del célebre oftalmólogo Dr. E. Landolt, que le proporciona sus servicios hasta el fin de su

¹ *Correspondance de Flaubert*, t.IV, p. 379

² En Lagriffe, *loc. cit.*, p.11.

³ *Correspondance de Flaubert*, t.IV, p. 385.

vida, pues los trastornos no cesaron y fueron, como las migrañas, aumentando con los años.

Las cartas de Maupassant dan fe de ello.

«Mi corazón va mucho mejor, pero los ojos no han mejorado nada », escribe desde Châtel Guyon, el 10 de agosto de 1883.

«Mis ojos no mejoran », escribe en 1884, a la Sra. Lecomte de Nouy, y en otra ocasión en 1886: «Discúlpeme responderle tan poco, pero casi no veo de lo fatigados que tengo los ojos¹.»

A su editor Havard:

«Estoy comenzando a corregir las pruebas de *Una Vida*, pero no puedo ir más aprisa al tener los ojos muy enfermos », y otra vez, el 4 de junio de 1885: «Mis ojos no van mejor »; luego, el 3 de marzo de 1887: «Tengo los ojos muy enfermos y no puedo escribir demasiado.»

Pero es sobre todo en las cartas a su madre donde se su lamento se hace doloroso. He aquí algunos pasajes de esas cartas, cuya mayoría son inéditas:

Châtel-Guyon, 27 de agosto de 1885.

Mi querida madre,

En cuanto a mi salud, estaría muy bien sin los ojos que no han sufrido ningún cambio. Siempre veo muy mal, y no puedo escribir más de media hora²

Mayo 1890. Desde París.

Mi querida madre,

¹ En Connard, *loc. cit.*, t.I., p. 147 y 158.

² Todos los fragmentos inéditos son debidos a la amabilidad del Sr. Connard y no podríamos desde aquí agradecerse lo bastante.

Te escribiré una carta corta, pues mis ojos están completamente dañados. He debido dejar el tratamiento de Bouchard que me ponía los nervios en un estado intolerable y, por ahí, me alcanzaba a la vista. No sé ya a quién dirigirme...

... Se me prescriben ventosas secas a lo largo de la columna vertebral, entre todos los insomnios acompañados de pesadillas. Eso calma instantáneamente. En realidad, tengo un reumatismo normando, aumentado y completado por todas partes y que paraliza todas las funciones. El mecanismo de mi ojo sigue todos los estados de mi estómago y de mi intestino.

Agosto de 1890. Desde Plombières.

Mi querida madre,

Mis noticias serían buenas sin la insoportable humedad de esta aire que provoca mis neuralgias de la nuca y de los ojos. El médico las conoce y cree que he contraído esas neuralgias del cuello en Cannes, este invierno, pues allí son más frecuentes, pero, ante el excelente resultado de Plombières en mi estómago y sobre mi salud en general, está convencido de que el resultado final del tratamiento será perfecto cuando vaya a realizarlo en un clima más seco. Tengo un miedo terrible de que tu persistencia en permanecer en Niza todo el verano tenga consecuencias deplorables para tu salud.

Luego hay aún algunas cartas escritas en 1891 desde la calle Boccador algunos meses antes del desastre:

calle Boccador, 24

Mi querida madre,

Estoy muy contrariado, pues para responder a tu carta, en la que tengo un montón de cosas que contarte, me está prohibido escribir una línea. Cualquier trabajo de mis ojos me pone enferme hasta la noche. Deben reposar absolutamente. Creo que mi paso por Niza les ha hecho un gran daño.

Han ido mejor desde que he regresado aquí, luego, el espantoso tiempo por el que atravesamos me ha provocado una sensible

recaída, con esta divergencia de la mirada que ya he tenido: 1º Una vez en Cannes, escribiendo *Bel Ami*; 2º el año pasado, en Cannes, y por último, en Niza este año.

En cuanto a la dentadura, la cuestión está resuelta, pero no han acabado mis tormentos. El Dr. Magitot, miembro de la Academia, es el que acaba de escribir y va a presentar a esa Academia una relación violenta y llena de hechos, de los cuales ya han hablado los periódicos, sobre la cocaína. Trata de dar a conocer a sus colegas tres o cuatro muertos por asfixia, treinta o cuarenta por envenenamiento, durante cinco o seis meses, por una simple inyección en la encía, con trastornos en todo el cuerpo.

Este hombre es encantador y me conoce como si fuese un pariente cercano... Me ha prohibido completamente la extracción del otro diente, afirmando que ya no me dolería más cuando el agujero del primero fuese cerrado. En tanto el maxilar esté expuesto al aire, tendré problemas del ojo y los senos que siempre se ven afectados de neuralgias.

Ahora bien, anteaer, como no había podido ir a verle a causa de una migraña, él ha venido a mi casa. Es un viejo, por supuesto. Me dijo: «Vamos, charlemos.»

El final de esta carta está publicado en el Primer tomo de la edición Connard y hablaremos de ella con posterioridad.

Calle Boccador, 24

Mi querida madre,

Solamente algunas líneas, pues Gaucher me prohíbe absolutamente escribir, lo que siempre me provoca contracciones del ojo evitando la curación...

... Mis ojos están un poco mejor. Tu tienes la prueba de ello por esta carta más larga (cuatro páginas) de lo que hubiese creído...

calle Boccador, 24

24 de febrero de 1891.

Mi querida madre,

Mi salud por ejemplo no es estupenda. Mis ojos siguen en el mismo estado pero estoy seguro que eso proviene de una fatiga del cerebro, o mejor dicho de un cansancio nervioso del cerebro, pues tan pronto he trabajado media hora, las ideas se entremezclan y se trastornan al mismo tiempo que la vista, y el mismo acto de escribir me resulta muy difícil, los movimientos de la mano obedecen mal al pensamiento. He tenido ya esta sensación escribiendo *Fuerte como la Muerte*. Cuando descanso mis ojos dos o tres días enteros, enseguida vuelven a tomar la claridad de siempre...

Me médico, el académico y profesor Robin, no está preocupado¹...

calle Boccador, 24

Marzo de 1891.

Mi querida madre,

Mis ojos están tan débiles que no puedo escribir del todo y tengo también el espíritu muy cansado. Este invierno polar ha sido horroroso; todo mi jardín de Étretat se ha perdido, los laureles están todos muertos.²

Aparte del testimonio de Maupassant, he aquí aún algunos detalles interesantes.

En el discurso que pronuncia en la inauguración del monumento de Maupassant, José María de Heredia se expresa así:

«Era famoso, rico y fuerte. Parecía feliz. Se le envidiaba. Pero nadie fue tan realmente miserable.

«La última vez que lo vi me contó ampliamente su melancolía, el tedio por la vida, la enfermedad creciente, los desfallecimientos de su vista y su memoria, sus ojos dejando de ver de repente, la noche total, la ceguera persistente durante un

¹ En Connard, Carta publicada, *loc. cit.*, t.IV

² En Connard, *loc. cit.*, t.I., p. 168.

cuarto de hora, media, una hora... Luego, con la visión renovada, en la premura y la fiebre del trabajo retomado, una detención súbita de la memoria...»¹

A Edmond de Goncourt le había llamado la atención, en los últimos años, la «fijeza enfermiza de su mirada»².

He aquí a continuación una carta del Dr. Landolt, al que Maupassant iba a ver en 1882-1883, citada por el Sr. Lagriffe:

«El mal, en apariencia insignificante (dilatación de una pupila), me hizo prever, sin embargo, a causa de esos trastornos funcionales que lo acompañaban, el lamentable final... Durante los primeros años era fácil de remediar, mediante unos cristales apropiados para las molestias visuales que experimentaba. Pero más tarde, aumentaron, y se añadieron a ello trastornos más graves del sistema nervioso.»³

En su artículo sobre Maupassant, El Sr. Maurice Talmeyr hablar tres veces de los ojos de Maupassant. Se expresa de este modo: «De un azul melancólico y vago, congestionados hasta el punto de ser sanguinolentos », luego la segunda vez: «Únicos, rojos y tristes bajo sus sonrisa, los ojos... » y finalmente, la tercera vez: «Miraba un instante a su alrededor, buscaba vagamente algo de sus ojos dolorosos y rojos...»⁴.

El libro de François contiene también frases interesantes: «Ayer, mi señor tuvo migraña y hoy tiene los ojos rojos»⁵, luego más adelante:

«Camina hablándome y mordisqueando un croissant; va de un extremo a otro del salón que es muy largo, mira por la ventana y se frota los ojos. ¡Los pobres ojos están muy rojos!...»⁶.

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 206.

² En Lumbroso, p. 182.

³ *Id.*, p. 582.

⁴ Maurice Talmeyr, *La Liberté*, marzo 1911.

⁵ En François, *loc. cit.*, p. 165.

⁶ En François, p. 246.

¿Nos encontramos pues en presencia de una afección habiéndose iniciado por lo menos trece años antes de la muerte de Maupassant y habiendo persistido, con alternativas de mejorías y agravamientos, hasta sus últimos días? ¿De qué afección se trataba?

Coincidimos fácilmente con Lagriffe cuando dice que «nada demuestra que la desigualdad pupilar, observada en 1882 en Maupassant, haya pertenecido a la parálisis general y que Maupassant tal vez tenía antes de su parálisis general otra razón para presentar trastornos pupilares¹».

Dónde nos separamos de su opinión es cuando piensa, al igual que el Dr. Lacassagne, que esa otra razón consistía en la presencia de una iritis crónica.

«Jamás, nos escribe el Dr. Landolt el 33 de octubre de 1909, Guy de Maupassant ha estado afectado de iritis específica.²»

Esta afirmación cierra la discusión de que se trata de una iritis crónica que por otra parte podía parecer muy lógica.

Si la afección ocular de Maupassant no era una iritis ¿qué era?

Estas son las informaciones que el Dr. Landolt ha tenido a bien comunicarnos:

22 de octubre de 1909

Se he podido, con bastante tiempo de anticipación, prever el mal del que Maupassant ha sucumbido, es que los cuidadosos exámenes de la reacción pupilar y de la amplitud de acomodación me han mostrado, sobre uno de sus ojos, considerables variaciones.

La ley que he establecido (sobre la relación entre la cantidad de la acomodación necesaria en el trabajo y la mantenida en reserva) me

¹ En Lagriffe, *loc. cit.*, p. 40.

² Tenemos aquí que agradecer especialmente al Dr. Landolt su amabilidad de las que ha hecho gala en varias ocasiones hacia nosotros.

han permitido prescribirle con precisión los cristales idóneos para poder trabajar.

Fue gracias a esos cristales como Guy de Maupassant pudo trabajar a pesar de la desigual acomodación sobre los dos ojos e inconstante sobre el ojo enfermo.

3 de noviembre de 1909.

El grado de paresia de la pupila y de la acomodación del ojo izquierdo del Sr. de Maupassant era, como ya le he dicho, variable.

Si, por ejemplo, el 16 de marzo de 1883, la amplitud de acomodación era de una dioptría (en lugar de seis, correspondiendo a su edad) era nula, el 22 de mayo, y de tres dioptrías el 19 de noviembre del mismo año.

Al principio, la paresia del esfínter de la pupila y del músculo ciliar se acompañaba algunas veces de la rojez de la cara entera, incluso de la conjuntiva del ojo izquierdo. Pero este ojo no estaba ni inflamado ni le dolía.

No recuerdo que Maupassant se hubiese quejado de una auténtica «ceguera súbita y pasajera». Él podía llamar «ceguera» a la imposibilidad de ver de cerca, donde se producía la parálisis de su acomodación.

Es de destacar que algunas veces incluso la acomodación de su ojo derecho se debilitaba.

Un síntoma todavía que debe interesar al Sr. Pierret es la confusión verbal que el enfermo me señalaba en 1883 ya, como sobreviniendo a veces con los trastornos oculares « bajo la influencia de trastornos digestivos » (?)

En cuanto a la cuestión de la sífilis, el enfermo no tuvo conocimiento de ninguna infección, y yo no le he encontrado ningún síntoma característico.

Finalmente, a una tercer solicitud de informaciones, el Dr. Landolt tuvo a bien respondernos todavía esto:

1º En un caso como el presente, la irritación es producto menos de la insuficiencia de la acomodación de uno de los ojos que de la

imposibilidad de hacer coordinar a los dos juntos en el trabajo binocular.

2º Puesto que digo: algunas veces incluso, eso excluye que la afección fuese definitiva¹

3º La pupila reaccionaba a la luz, pero imperfectamente².

Y tomando al pie de la letra las constataciones del Dr. Landolt, se puede escribir esto:

«Guy de Maupassant presentaba sobre uno de sus dos ojos considerables variaciones de la reacción pupilar y de la acomodación, o aún una acomodación desigual sobre los dos ojos e inconstante sobre el ojo enfermo.»

Dicho de otro modo, presentaba trastornos paralíticos procedente bien del nervio motor ocular común, o bien del simpático.

Estos trastornos afectaban a un ojo solamente, el izquierdo. Sin embargo, «algunas veces incluso la acomodación del ojo derecho se debilitaba».

En fin, estos trastornos eran inconstantes.

Además, el Sr. Connard nos señala que Maupassant tenía el ojo izquierdo medio cerrado, lo que indica que el músculo del párpado superior estaba tocado.

Inmediatamente, frente a una parálisis ocular, una causa irrumpe de inmediato: la sífilis. Es en efecto la causa más frecuente. ¿Por qué no lo admitimos en Maupassant, que era, muy probablemente, un específico? Porque su historial clínico, con su variabilidad, sus regresiones, su inconstancia, como dice el Dr. Landolt, no es el de las parálisis específicas. En consecuencia ¿cómo explicaremos esos dolores que

¹ Esto en relación con la frase de la carta anterior «algunas veces incluso la acomodación del ojo derecho se debilitaba.»

² Nos hemos limitado, a fin de respetar por completo su pensamiento, a citar completamente y de un solo trazo, las cartas que el Dr. Landolt ha tenido a bien escribirnos.

Maupassant sentía en la órbita y de los que se quejaba tan a menudo en las cartas que hemos citado?

¿Se debe ver ahí un síntoma ocular de la parálisis general? No lo creemos, de entrada, a causa de la unilateralidad de los síntomas; a continuación, a causa de la predominancia exclusiva de la parálisis acomodaticia sobre la parálisis del reflejo a la luz. Por el contrario, el fenómeno inverso existe casi constantemente. De igual modo, no admitimos esta hipótesis porque los demás músculos del ojo están generalmente indemnes, cuando estaban casi todos tocados en Maupassant, como vamos a mostrar. Aun así no sabríamos como explicar los dolores oculares, y haríamos remontar la parálisis general un poco lejos reafirmando de este modo en 1880, con el único objetivo de explicar los trastornos de la vista.

Estos trastornos, por otra parte, no eran en nada semejantes a los de la parálisis general. Flaubert, en 1880, pide a Maupassant que lo vaya a ver «si su ojo se lo permite». Nunca semejante cuestión ha sido planteada, diez años antes de la eclosión de su enfermedad, en un paralítico general acerca de trastornos oculares premonitorios de esa afección.

Hay que encontrar una explicación que haga compatibilizar a la vez la unilateralidad con los dolores y con la variabilidad de los síntomas.

Creemos que hay que ver ahí, al igual que el profesor Pierret, trastornos paralíticos muy a menudo señalados en los enfermos afectados de migrañas con síntomas oftálmicos.

Según las cartas de Flaubert y de Maupassant que hemos citado, es innegable, en efecto, que las migrañas de Maupassant se complicaron de fenómenos dolorosos al lado del ojo.

«¿Tu ojo te duele?» pregunta Flaubert. Y la noche del examen de Fortin, Maupassant sufre de tal modo que debe acostarse.

Más tarde, Maupassant se queja hasta tal punto de las neuralgias de su ojo que los médicos se ven reducidos a decirle que el dolor está causado por la raíz de los dientes, y se le cuidan esos dientes en vano durante meses, al mismo tiempo que se le prohíbe su extracción. «En tanto que el maxilar esté expuesto al aire, tendré problemas con el ojo », escribe el pobre Maupassant. «¡He aquí sin embargo que se le trata cuatro meses ese diente sin resultados!»

Esos dolores no se corresponden con ninguna lesión aparente, asombrando por otra parte mucho a Flaubert, que los declaraba «incomprensibles», y los ponían, con razón, en el haber de una neurosis. Incluso él pensaba que esa neurosis era misma de la que estaba afectada la Sra. de Maupassant, y Flaubert, que conocía bien a ésta última, sabía que padecía de migrañas, sufría de los ojos e ingería cloral y éter¹

Es pues cierto que esos violentos dolores oculares, que duraron toda la vida de Maupassant, y sin ninguna modificación exterior, ni ninguna infección proveniente del ojo, no podrían ser atribuidos a otra causa que a sus migrañas. Y de ese modo la hipótesis de los trastornos paralíticos post migrañas explica con toda naturalidad la variabilidad de los síntomas constatados por el Dr. Landolt, pues los trastornos paralíticos post-migraña desaparecen después de los accesos para no establecerse más que progresivamente a la largo, coincidencia que es todavía anotada por el Dr. Landolt, cuando escribe: «Durante los primeros años, era fácil de remediar mediante unos cristales adecuados, las molestias visuales que Maupassant experimentaba. Pero más tarde aumentaron...»

¹ Algunas frases del reciente libro de François, confirma lo que avanzamos: «La Sr.a de Maupassant está bastante satisfecha de su salud. En lo que va de invierno sus ojos van mejorando siempre » p. 223.

«Mi señor recupera su buen humor cuando escucha a su madre decirle que ella se encuentra tan bien en ese jardín, que su salud ha mejorado mucho, hasta el punto de poder dormir sin clorar y de poder ver ahora lo suficiente para leer.» p. 255.

Esta hipótesis explica igualmente muy bien la unilateralidad de los síntomas, siendo la migraña por esencia unilateral. Explica la media parálisis del párpado izquierdo, a causa de la identidad de innervación del levantador del párpado y del músculo ciliar¹, del mismo modo que la paresia momentánea de los derechos de los que se queja Maupassant en la carta donde habla: « de la divergencia de la mirada que ya he tenido: 1º una vez en Cannes escribiendo *Bel Ami*; 2º el pasado año en Cannes, y por fin en Niza este año ».

Los accesos de ceguera súbita de la que habla el Sr. de Heredia, son igualmente muy frecuentes en los migrañosos oftálmicos. Incluso Galezowski ha establecido una forma especial de migraña oftálmica: la forma ambliófica². Es muy interesante relacionar la frase en la que el Sr. de Heredia habla de los desfallecimientos de la vista de Maupassant: « Dejando sus ojos de ver, noche total, la ceguera persistente un cuarto de hora, media hora, una hora... luego el regreso de la vista... » con otra frase de una carta de un hombre igualmente ilustre, Mirabeu: «Hoy, a las 6 de la mañana, me he quedado alrededor de un cuarto de hora con una ceguera absoluta. Nada ha precedido a esta situación, exceptuando un dolor de cabeza ordinario, pero mucho más fuerte que me hizo levantar. Cuando mi ceguera momentánea se ha disipado, he creído ver los objetos a través de una niebla. No distinguía nada con claridad.» No hay necesidad de decir que Mirabeau padecía migrañas.

Finalmente no se puede considerar esta frase del Dr. Landoldt como una auténtica prueba de que los trastornos oculares de Maupassant fuesen trastornos paralíticos post migrañas: «Al principio, la paresia del esfínter de la pupila y del músculo ciliar se acompañaba algunas veces de una rojez de toda la cara, incluso de la conjuntiva del ojo izquierdo.»

¹ Mathias Duval y E. Gley, *Traité de physiologie*, p. 849.

² Brouardel y Gilbert, *Traité de médecine*, t. X, p. 795.

¿Hay algo en común con la parálisis específica o la de los paralíticos generales?

Y esta otra frase: « La confusión verbal que el enfermo me señalaba en 1883 ya, como surgiendo a veces con los trastornos oculares, y bajo la influencia de problemas digestivos.»

Frase tan enérgicamente corroborada por estas palabras de Maupassant en su carta de mayo de 1890:

« El mecanismo de mi ojo sigue todos los estados de mi estómago y mi intestino. »

Recuérdense los fenómenos vaso-motores, constantes durante y a continuación de los paroxismos migrañosos, y en particular de la inyección pericorneal; igualmente el papel de los trastornos digestivos como causa ocasional de las migrañas; papel tan considerable que autores como Haller o Van Swieten¹ los consideran como la única causa de las crisis de migrañas.

Finalmente, si se dice como el Dr. Landolt, que, en el caso de Maupassant, «las molestias resultan menos de la insuficiencia de la acomodación de uno de los ojos que de la posibilidad de hacer coordinar a los dos juntos en el trabajo binocular», ¿no se encuentra ahí una explicación completamente natural de estas frases de Maupassant hacia el final de su vida? : «No puedo escribir más de media hora » o bien « Gaucher me prohíbe rotundamente escribir, lo que conlleva siempre contracciones del ojo » o aún: « cuando descanso mis ojos dos o tres días enteros, retoman enseguida la claridad »-

No parece con evidencia que a medida que aumentaba la parálisis de la acomodación la coordinación binocular se hacía cada vez menor hasta el momento en el que el ojo izquierdo agotado pasaba de la contracción al espasmo y obligaba a un desesperado Maupassant a dejar el libro o el manuscrito.

No resulta igualmente evidente que la fatiga del aparato acomodador sobreviniese progresivamente de un modo cada

¹ Brouardel y Gilbert, *Traité de médecine*, t. X, p. 689.

vez más rápido, y Maupassant dijera entonces dolorosamente: «No puedo escribir más que media hora.»

Una última razón, y que no es menos excelente por eso, de no atribuir los trastornos oculares de Maupassant a la parálisis general, consiste precisamente en esta constatación de que Guy de Maupassant se hubiese quejado durante diez años y más de su agudeza visual, yendo a consultar con los oculistas, diciendo: «Ya no veo», cuando nada semejante existe en los paralíticos generales, en los cuales, por el contrario, los trastornos paralíticos oculares son algunas veces difícilmente descubiertas por el médico que las busca sistemáticamente.

Es necesario pues concluir con respecto a los trastornos oculares de Maupassant que estuvo afectada de una parálisis de la acomodación del ojo izquierdo, parálisis intermitente al principio, pero que se fue agravando progresivamente. Esta parálisis debe ser considerada como una parálisis migrañosa, presente en un migrañoso oftálmico¹.

Las migrañas de Maupassant se complicaron además con otros fenómenos paralíticos. Ya, en 1883, se lamentaba al doctor Landolt « de una confusión verbal que sobrevenía a veces con los trastornos oculares, bajo la influencia de problemas digestivos ». Luego en otra ocasión se quejaba de amnesia.

Durante sus migrañas, en efecto, Guy de Maupassant olvidaba palabras usuales, y sufría mucho con este problema de la memoria que él atribuía a la antipirina. El hecho está referido en la tesis de Cornu², y el profesor Pierret nos ha confirmado las quejas de Maupassant al respecto. Maurice Talmeyr habla de ello igualmente en su artículo aparecido en *la Liberté*.

En lo relativo a los ojos enrojecidos de Maupassant señalado por varios autores, aparte de los fenómenos vasomotores, en correlación directa con las migrañas y de lo que

¹ Déjerine, *Traité de pathologie générale* de Bouchard, t.V.

² Cornu, *loc. cit.*, p. 77

habla François cuando escribe: « Ayer, mi señor, ha tenido migraña, y hoy tiene los ojos rojos », es posible que Guy de Maupassant, a consecuencia de prolongados esfuerzos que sometía a sus ojos enfermos, haya tenido, de un modo casi crónico, pequeñas conjuntivitis, hecho que es muy frecuente en los artríticos que fatigan su vista.

Además Maupassant no tuvo más que trastornos de la agudeza visual y, desde varios puntos de vista, se pueden relacionar esos mismos trastornos con sus alucinaciones visuales.

Es de destacar de entrada, a este respecto, que los autores precedentes se apoyan, para negarlas o afirmarlas, mucho más sobre los cuentos en los que Maupassant describe estados alucinatorios que sobre hechos demostrables de que Guy de Maupassant tuviese realmente alucinaciones. Es sin embargo este último extremo el que es importante poner de manifiesto.

Los señores Lumbroso, Maynial, Lagriffe y Thomas¹ reproducen únicamente el pasaje del libro del Dr. Sollier: *les Phénomènes d'Autoscopie*, donde éste último cuenta el siguiente testimonio que él dice tener de un amigo, y que habría ocurrido en 1889, es decir después de la publicación de casi todos los cuentos fantásticos de Maupassant:

Encontrándose en su mesa de trabajo en su despacho, donde su doméstico tenía ordenes de no entrar nunca mientras él escribía, pareció a Maupassant oír la puerta abrirse; se volvió y no quedó poco sorprendido de ver entrar a su propia persona que vino a sentarse frente a él con la cabeza apoyada en la mano y poniéndose a dictar todo lo que él escribía. Cuando hubo acabado y se levantó, la alucinación desapareció².

¹ Louis Thomas, *la Maladie et la Mort de Maupassant*, Mercure de France, 1 junio 1905.

² Dr. Sollier, *Phénomènes d'autoscopie*, Félix Alcan, 1903.

He aquí otro, pero solo otro testimonio afirmativo y no dudoso.

Es el del Sr. Paul Bourget, que ha tenido a bien escribirnos:

Fue en 1883 cuando Maupassant me confesó una alucinación, pero alegremente, sin concederle importancia. Me contó que regresando una noche a su casa, vio a su «doble» sentado en un rincón de la chimenea. Para ser completamente exacto, debo decir que él era algunas veces un bromista. Sin embargo no recuerdo haber tenido en ese momento la impresión de que él se divertía riéndose de mi credulidad.

Tenemos pues, como prueba de las alucinaciones de Maupassant, la afirmación del Sr. Paul Bourget y la del Dr. Sollier. Esta escasez de testimonios no puede tener más que dos causas: o bien que Maupassant tuvo realmente pocas alucinaciones, o que no las divulgó a menudo.

En cualquier caso resulta destacable la concordancia de ambos relatos, indicando que Maupassant solamente sufría la alucinación de su propia persona. Trataremos más adelante de explicar este fenómeno bastante raro. De momento, estos dos hechos se diferencian: alucinaciones, probablemente escasas, y alucinaciones autoscópicas.

Y ahora, ¿cuál es el valor semiológico de esas alucinaciones? Realmente no es posible querer responsabilizarlas a la parálisis general de Maupassant. Habría que admitir entonces, de lo que no hay ninguna especie de prueba, que Maupassant era paralítico general en 1883 y de ese modo olvidar también que las alucinaciones no son un síntoma de parálisis general, en el sentido verdadero de la palabra, sino que provienen, cuando se las encuentra es esta afección, bien de una intoxicación o de una degeneración¹.

¹ Maurice Ducoté, les Hallucinations Dans la paralysie générale (*Revue générale. Encéphale*, 1907, p. 158).

Mientras que por el contrario se explican del modo más sencillo por la presencia en Maupassant del temperamento epileptisante.

Se encuentran, en efecto, las alucinaciones, constantemente señaladas en todos los tratados clásicos, entre los equivalente epilépticos¹ y un buen número de fenómenos relacionados como auras de las crisis epilépticas, son precisamente alucinaciones de los distintos sentidos². Sin contar que, por otro camino, se llega a la misma conclusión con la teoría de Tamburini, la más admitida en la actualidad, que hace de la alucinación una convulsión, una epilepsia de los centros sensoriales.

Queda ahora una cuestión que examinar. Se ha dicho que, por el hecho de que Maupassant hubiese introducido sus alucinaciones en sus obras, dejaba ver que a sus ojos tomaban tal importancia que ello constituía un debilitamiento intelectual, dicho de otro modo una parálisis general. Es, por lo demás, el único indicio sobre el que se apoya Lagriffe para afirmar la parálisis general en 1883.

Los cuentos alucinatorios de Maupassant serán examinados posteriormente, pero puede decirse desde ahora, que Guy de Maupassant, según nuestra opinión, encuentra natural y sencillamente en sus alucinaciones un tema interesante para un cuento. Maupassant no inventaba nada. Pedía temas a todo el mundo y enseguida los situaba en un decorado y con personajes ampliamente observados por él. Un día, él se vio a sí mismo, tras haber hecho todo lo que había que hacer para ello y entre otras cosas haber frecuentado el Club de los Haschisnianos³; y a continuación lo ha contado y con gran precisión. La comparación entre la carta del Sr. Paul Bourget y

¹ Grasset y Rauzier, *Traité de médecine*, t. X, p. 473.

² *Id.*, p. 456

³ En Lombroso, *loc. cit.*, p. 104.

el cuento *Él* es muy sugestiva en este aspecto. Ambos son idénticos.

Además, ¿con qué derecho se puede decir que Maupassant estaba obsesionado por sus alucinaciones en 1883, porque escribió su cuento *Él* por esa época, entre cien cuentos cómicos? ¿No es ir un poco lejos en la interpretación?

Por el contrario, será demostrado con posterioridad, que en Maupassant no era la alucinación lo que creaba la obsesión, sino más bien la obsesión la que creaba la alucinación.

En relación con las alucinaciones, he aquí en cualquier caso, entre muchas otras que sería fácil elegir, una página de Maupassant muy significativa, extraída del cuento *La pequeña Roque* y que demuestra como Maupassant conocía perfectamente esos estados intermedios donde se suceden varias manifestaciones del temperamento epileptisante.

Renardet, antes de asesinar, antes de tener ese impulso había sufrido por la mañana «mareos y migraña». Y más tarde, Maupassant lo muestra acostado «cuando una gran luz repentina atravesó sus párpados. Los abrió creyendo su casa en llamas. Todo estaba negro. Entonces fue hacia la ventana y vio un resplandor, un resplandor que se movía que parecía lejano»; luego, «bruscamente esa luz se volvió claridad » y percibió en la noche, con espanto, el cadáver iluminado de la pequeña Roque «iluminando la oscuridad a su alrededor ».

¿No están ahí, exactamente descritos, los deslumbramientos, los campos rojos, los escotomas brillantes de los epilépticos y de los migrañosos, mostrando la gradación de los síntomas desde la niebla luminosa hasta la alucinación? Renardet, impulsivo, obsesionado, padeciendo mareos y migrañas, alucinado, es el propio Maupassant.

No obstante, si las alucinaciones de Maupassant se explican perfectamente por su único temperamento neuropático, no debe excluirse por ello la parte que puede atribuirse en su génesis a la influencia de los tóxicos y del éter en particular. Maupassant,

como ha sido dicho, probablemente frecuentó el «Club de los Haschisnianos » a dónde iban los literatos en búsqueda de alucinaciones¹. En ese caso, la intoxicación sustituía como factor la auto-intoxicación o más bien se añadía a ella, pero Maupassant cada vez era más susceptible de someterse a esos efectos, mas «alucinable» por emplear una expresión de Féré. No es verosímil, por lo demás, que Maupassant consumiese en exceso sustancias tóxicas hasta el punto de sumirse de ese modo en sus efectos directos e inmediatos. Maupassant estaba demasiado ocupado de su salud para entregarse desenfrenadamente a la acción de sustancias que sabía perfectamente nocivas.

¿Además de alucinaciones visuales, Maupassant también las tuvo auditivas? Parece que sí, pero nos vemos reducidos a buscar la prueba en sus libros, pues no existe ningún testimonio al respecto.

No es que haya en la obra de Maupassant cuentos cuyo interés y trama descansan únicamente en alucinaciones auditivas, pero creemos que se puede legítimamente descubrir la alucinación en esas descripciones tan numerosas de las que volveremos a tener la ocasión de hablar, de estados mixtos de inquietud, de temor, donde el sujeto tiene «los nervios a flor de piel y el pulso acelerado », etc.

En efecto, sea cual sea la posterior evolución del cuento, Maupassant siempre hace preceder sus paroxismos impulsivos, alucinatorios o dolorosos, de un periodo de sensibilidad particular que, por la exactitud de los términos, es un auténtico cuadro clínico de las auras epilépticas. Veamos como en algunos términos, Maupassant describe en su relato *Quien sabe* el estado de ánimo de su personaje:

No tenía miedo. Nunca tengo miedo de noche...

¹ Louis Proal, *le Crime et le Suicide passionels*, Alcan, 1900. p. 396.

Tenía mi revólver, pero no lo tocaba pues quería resistirme a aquella influencia de temor que germinaba en mí.

A medida que avanzaba, me pasaban escalofríos por la piel

Y allí me quedé, un poco vibrante. Me zumbaban un poco los oídos, pero eso me ocurre a menudo. A veces me parece que oigo pasar trenes, que oigo sonar campanas, que oigo caminar a una muchedumbre.

Pero pronto los zumbidos se volvieron más claros, más precisos, más identificables. Me había equivocado. No se trataba del bordoneo habitual de mis arterias, que me metía en los oídos tales rumores, sino de un ruido muy especial, aunque muy confuso, que procedía, sin la menor duda, del interior de mi casa.

Esperé... con la mente lúcida pero locamente ansioso....

He aquí ahora la descripción de auras auditivas en los epilépticos:

Airy ya había señalado los zumbidos del oído, la resonancia de ruidos desde el exterior; Piorry cita el caso de un enfermo que creía oír el tañido de una campana, un zumbido de colmena; Tamin cita el caso de un migrañoso que creía oír un zumbido, una vibración muy parecida al tañido de una campana...

¿Cómo no verse impactado por lo idéntico de las descripciones e incluso de los términos? Y solamente es en esos pasajes donde hay que encontrar la huella de las alucinaciones auditivas de Maupassant. No es posible tener en consideración páginas en las que Maupassant hace hablar, por ejemplo, a apariciones, pero sí poner de relieve estos estados de excitación sensorial, precursores de las crisis, que, por la exactitud de su descripción, tienen un verdadero valor científico.

Queda entonces más o menos demostrado que algún tiempo antes de su muerte, y en plena evolución de su parálisis general, Maupassant tuvo auténticas y numerosas alucinaciones auditivas.

Los diferentes síntomas físicos que presenta Maupassant durante el periodo de su vida que va desde el año 1880 hasta el año 1890, pueden entonces explicarse sencillamente por su temperamento neuropático; e incluso, y más fácilmente aún, por las particularidades de su personalidad moral.

Desde luego los autores que preconizan que Guy de Maupassant ya era paralítico general en 1880, están un poco molestos por un doble hecho: en primer lugar es que, durante esos diez años, Maupassant escribió precisamente todas sus obras, y, a continuación, es que entre los primeros y los últimos de sus libros, es imposible, o casi, establecer diferencias desde el punto de vista literario.

También se deslizan sobre el capítulo de su inteligencia para vincularlo con el capítulo de su sensibilidad. El Dr. Lagriffe, entre otros, remonta con toda claridad la afectividad de Maupassant al año 1885, marcada por la aparición de *Yvette*: «Por primera vez, escribe Lagriffe, uno de sus protagonistas ha mojado los ojos de Maupassant. Ese cambio tan brusco de carácter, esta sensiblería está entre los comportamientos de la parálisis general¹.»

¿Es verdad que en un momento dado, Maupassant cambia de carácter, e incluso de un modo bastante brusco? ¿Es cierto que, hasta 1885, fue un espíritu fuerte, un satírico impasible, y que en una fecha determinada nacieron en él la melancolía, la tristeza y la piedad?

La opinión unánime es en primer lugar que Guy de Maupassant era de entrada frío y reservado, pareciendo exteriormente el hombre más indiferente del mundo. He aquí al respecto el testimonio del Sr. Paul Bourget:

¹ Lagriffe, *loc. cit.*, p. 20.

Con la distancia de los años, Maupassant se me aparece como habiendo sido un hombre extremadamente dueño de sí, desafiante, bajo un aspecto exterior muy sencillo. Alphonse Daudet se quejaba de que fuese siempre abotonado hasta el mentón.

Observaba a las personas con mucha lucidez, y consideraba, no sin razón, aunque con la exageración de la juventud, el mundo literario como peligroso. De ahí derivaba esa actitud. Pero era bueno, humano incapaz de una maldad, de un abuso de pluma, y, creo, de albergar rencor. En fin, era lo contrario del neurópata literario que nos muestra Goncourt estudiándose a sí mismo en su *Diario*. La sensibilidad de Maupassant se ejercía (hablo siempre de esa época) sobre las miserias animales más que sobre las demás. Era ante todo un artista aplicado en su obra, *un realizador*, es decir preocupado de construir sus obras con toda la perfección de la que era capaz. Sus afectos familiares desempeñaban en su existencia un papel importante del que escasamente hablaba.

El Sr. Pierre Giffard escribe igualmente:

No era alegre, no demasiado. Una perpetua reserva lo dominaba. Era un muchacho taciturno, cuyas jovialidades nunca eran ruidosas.

Y, a su vez, el Sr. Pol Neveux se expresa de este modo:

Mucha educación, pero ninguna expansión. Con una sonrisa apagada, os dejaba hablar y su calma os desconcertaba.

...Ni una revelación, ni una confidencia que aclarase su vida o su trabajo... El elogio incluso lo dejaba indiferente... Además parecía considerar el arte como un pasatiempo, la literatura como una ocupación al menos inútil... y sospechaba de los móviles de los actos más meritorios¹.

Esa indiferencia estaba hecha, en efecto, según nuestra opinión, menos tal vez de una reserva y de una altivez natural que detenía las confidencias sobre los labios de Maupassant,

¹ En Connard, *loc. cit.*, p. 28

que de un desprecio insoportable por el mundo en el que vivía y las conveniencias socialmente admitidas. Ya decía a los veinticinco años:

«Cuando más arriba se está, uno es (o se vuelve) más imbécil¹»

Y a continuación, ¿con qué ironía habla: « de las personas decentes que tienen religión y principios...; de la patanería natural al militar victorioso...; de la ligera pátina de pudor con la que está barnizada toda mujer, pero que no recubre más que la superficie²»?

¿No es él quien escribe todavía: « En la vida no hay hombres honrados; o, si existen, es comparadas con los facinerosos³» Y aún: «El matrimonio es un intercambio de mal humor durante el día y de malos olores durante la noche⁴»?

En cuanto a la mujer: «Ella es el el animal sensual y falso que carece de alma, en quien el pensamiento jamás circula como un aire libre y vivificador; es la bestia humana; menos que eso, no es más que un flanco, una maravilla de carne suave y redonda que habita la infamia.⁵ »

Este desprecio universal no impedía por otra parte en absoluto a Maupassant entregarse a placeres de todo tipo y el libro de François muestra, en sintonía con la opinión general, que el autor de *Bel Ami* fue hasta el final el «fauno escapado de sus bosques natales ».

Di igual modo, siempre le resultó agradable recibir en su casa a numerosos invitados y de ser entonces, como a los veinte años, el alma de la fiesta, siempre con esa tendencia curiosa a las bromas. Así, un día, envió a una dama una cesta de ranas, con la recomendación de entregárselas a la dama personalmente, a fin de que se dispersasen en su salón, después

¹ En Connard, *loc. cit.*, t.I., p. 144

² En *Bola de Sebo*.

³ En *El Testamento*.

⁴ En *Un ardid*.

⁵ En *¿Loco?*

de haberles saltado al rostro¹. En otra ocasión hizo perder el tren a todos sus invitados, cuando no tenía camas para acostarlos a todos², etc.

Lagriffe tiene razón hasta cierto punto cuando habla de la impasibilidad altanera de Maupassant antes de 1885 y cuando dice que Maupassant nunca dio muestras de «sensiblería».

Pero que se nos permita citar aquí ese hermoso retrato de Maupassant por Maurice Talmeyr:

Maupassant era el muchacho robusto y ligero, más bien bajo, pero macizo, de fuerte cuello y figura coloreada, a quién no faltaba más que una blusa sobre la espalda y una vara de fresno en la mano para parecerse a un perfecto feriante de animales normando. No solamente tenía una apariencia de excelente salud, sino que tenía el aspecto de la propia buena salud, y de la buena salud campesina, ruda y fresca, un poco sonrosada, tostada y saturada de aire libre.

Sin embargo, hablando con él, uno quedaba impactado por la profunda y dolorosa tristeza de sus ojos. De un azul melancólico y vago, congestionados hasta el punto de estar sanguinolentos, con una expresión de sensibilidad enfermiza, algo de desesperado y sin embargo sonriente, tenía, en ese rostro cuadrado y moreno, mitad campesino, mitad lobo de mar, y cortado por un bigote, no se sabe qué de extraordinario. Era la desesperación de Ossian enfrente del pastor Guillot³.

Este doble aspecto del rostro pone de manifiesto a nuestro parecer el doble aspecto del alma de Maupassant cuya impasibilidad nunca fue más que una engañifa y que, toda su vida al contrario, fue el hombre, exteriormente tal vez más frío, pero en el fondo el más sensible e incluso el más tierno.

¹ En François, *loc. cit.*, p. 77.

² *Id.*, p. 83.

³ *La Liberté*, marzo de 1911

«Sus cartas, dice Cazalis, testimonian generosidad, la delicadeza de su corazón y una sensibilidad moral que no le gustaba dejar ver, ni siquiera sospechar¹.»

«Detrás del gran cazador y el gran remero, hay un hombre meditabundo y triste, llegando hasta el sufrimiento... un fauno triste con parcelas de superhombre », dice por otra parte el Sr. Fernand Gregh².

«Moralmente, escribe el Sr. Roujon, le gustaba inspirar indignación. Tomaba la actitud ética de un apache, inconforme con todo, no creyendo en nada, negando la familia, incapaz de una ternura, inadaptado para amar. Tras esa coraza de carnaval, se ocultaba un excelente corazón... Nosotros conocíamos las delicadas atenciones que dispensaba a una madre, continuamente enferma, mujer de una sensibilidad exacerbada y de una refinada cultura, a la que él adoraba.³»

Y, por otra parte, antes de Yvette, Maupassant se ha «apiadado de sus protagonistas ». Ha comprendido « desde hace tiempo la infinita alegría que tienen las madres tomando en sus manos, lavando, vistiendo a sus hijos, diciendo: es mi pequeño, es mi pequeño⁴»; ha gritado con Paul Baron, el amante traicionado, « con voz desesperada, aguda, sobrehumana⁵»; ha llorado sobre los estragos de la guerra «moliendo vidas, destrozando seres, poniendo fin a sueños, a alegrías esperadas, a felicidades futuras, abriendo en los corazones de mujer, en los corazones de muchachas, en los corazones de madres, sufrimientos que nunca cesarán⁶»; ha contado la historia de la pequeña enrejilladora⁷ y la de los dos ancianos que bailan el minué; ha oído cerca de los pozos donde

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 586.

² Fernand Gregh, *Revue Bleue*, 13 de abril de 1901.

³ Henri Roujon, *Grande Revue*, febrero de 1904.

⁴ *Historia de una moza campesina*.

⁵ *La mujer de Paul*.

⁶ *Dos amigos*.

⁷ *La Enrejilladora*

se arrojan los perros, «los aullidos quejumbrosos, los ladridos furiosos o desesperados, las llamadas lamentables » que ascienden¹; ha seguido el féretro de la Sra. Baptiste² ¿y no ha puesto incluso lágrimas en los ojos de *Bola de Sebo*?

¿No es él, el indiferente y el escéptico, quién, en 1875, lleva él mismo a la comisaría a «un hombre que golpeaba con saña a un niño de diez años³»? ¿y no es el impassible Maupassant quién, a los veinticinco años, se ve invadido por tal pena debido a la muerte de uno de sus perros que no vuelve nunca al lugar donde se había debido sacrificarlo⁴?

He aquí el hombre en el que no se ha advertido el dolor y la piedad más que para obtener de ello indicios de parálisis general y cuyas lágrimas no podrían ser más que lágrimas de demente.

¿E igualmente puede decirse que Maupassant no se volvió melancólico y pesimista hasta 1885, cuando en 1873, a los veintitrés años, escribía: «Me encuentro tan perdido, tan aislado, tan desmoralizado⁵» (¡desmoralizado! qué palabra en la boca de Maupassant); cuando en 1878, tenía «por momentos, percepciones tan claras de la inutilidad de todo, de la maléfica inconsciencia de la creación, del vacío del porvenir (fuese el que fuese)...⁶» y que en 1881, en plena aurora de éxitos y celebridad dejaba escapar esta confesión: «Tengo más frío aun de la soledad de la vida que de la soledad de la casa⁷»?

No, Maupassant tenía una sensibilidad que fue la causa necesaria de su talento y sin la cual no hubiese podido escribir. Aquellos que han creído en la impassibilidad de Maupassant en cualquier periodo de su vida, no han mirado con suficiente

¹ *Pierrot*.

² *Madame Baptiste*

³ En Connard, *loc. cit.*, t. I., p. 134.

⁴ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 309.

⁵ En Connard, *loc. cit.*, t.I., p. 130.

⁶ En Connard, t. I., p. 106

⁷ *Id.*, p. 145.

atención, pues, él mismo escribió: « Soy de la familia de los quisquillosos. Pero eso no lo digo yo, no lo muestro, lo disimulo incluso muy bien, eso creo. Se me cree sin duda uno de los hombres más indiferentes del mundo. Soy escéptico, lo que no es lo mismo, escéptico porque tengo los ojos claros. Y mis ojos dicen a mi corazón: Escóndete, viejo, eres grotesco, y él se esconde¹. » La razón dictaba a Maupassant permanecer impassible ante la naturaleza hostil y malvada y, no pudiendo serlo, quiso al menos parecerlo.

De este modo creemos asistir aquí al desarrollo de dos tendencias que ya hemos señalado anteriormente en Maupassant. Por una parte, joven, robusto, fuerte y lleno de deseos, ardiente a la vida, con un cerebro en apariencia sólido, desprovisto del encorsetamiento de la religión y la moral, Maupassant apareció ante el público y sus amigos como un espíritu liberado de las contingencias humanas y soberbiamente apegado a la imposibilidad de un escepticismo vencedor, pero por otra parte, para Flaubert, para su madre sobre todo, débil, sufriente, desmoralizado como los demás, Maupassant también era como los demás, amante, piadoso y bueno. Y, «en las noches de miseria », « ante su triste lámpara », cuando no había podido escribir ni una sola línea, Maupassant también lloraba ridículamente como los demás².

Esta dualidad de carácter, que hacía que sucediesen en él las horas alegres y las horas tristes, cuadro muy exacto con el carácter cambiante, desigual, egoísta que se describe en los epilépticos, es como, a su vez filósofo altivo, remero vigoroso, pesimista desesperado, amante impaciente, Maupassant pasaba de los goces físicos más variados a los dolores morales más profundos, yendo de unos a otros de un modo un poco impulsivo y con cierta falta de mesura, pero, escondido a los

¹ En Connard, *loc. cit.*, t.I, p. 74.

² En Connard, *loc. cit.*, t.I., p. 110 y 130.

ojos del público en una impasibilidad que no era más que un velo engañoso para los demás y para sí mismo.

El Sr. Maynial ya había observado que el cambio del carácter de Maupassant hacia 1885 no era más que una apariencia.

« Es costumbre representar a Maupassant, escribe Maynial, entre 1876 y 1882, como un «robusto burgués campesino» desbordante de salud... y de buen humor... un alegre remero orgulloso de sus proezas en el Sena... y de sus bromas en la oficina... Ese cambio no fue, en realidad, tan brusco como podría creerse... Varios síntomas habrían podido chocar a un observador más atento y, mediante algunos aspectos de su naturaleza inquieta, Maupassant justificaba ya este epíteto de « toro triste » que uno de sus amigos iba a atribuirle... Fue con el largo grito de miseria que el escritor debía proferir un día en una de sus novelas¹...»

No es dudoso sin embargo, que con los años la tendencia pesimista del carácter de Maupassant aumentase, y si su concepción de la vida no varió a decir verdad, sí, en sus primeros libros tanto como en los últimos, sus campesinos son groseros, alcohólicos y lujuriosos, sus burgueses cretinos y egoístas, sus funcionarios patéticos y ridículos, sus esposas perversas, sus juerguistas inmorales e inconscientes, no obstante parece que con el tiempo su queja se haya vuelto más enérgica y salvaje:

Siento cuan relativo es el valor de las ideas, de las palabras y de la inteligencia más poderosa. No puedo impedir despreciar el pensamiento tanto en cuanto es debil... Realmente tengo la noción de un modo agudo e incurable de la impotencia humana.²

¹ En Maynial, *loc. cit.*, p. 219.

² En Lumbroso, p. 222.

En verdad hay que estar bien resuelto a la suprema indiferencia para no llorar de pena, de asco y de vergüenza, cuando se escucha hablar al hombre¹

Incluso a menudo su lamento se hace más general y más filosófico:

A Dios no le gusta otra cosa que matar. Ha inventado las enfermedades, los accidentes, para divertirse ... y además, las epidemias, la peste, el cólera ..., y se permite guerras ... para ver a doscientos mil soldados en el suelo, aplastados entre sangre y lodo, reventados, con los brazos y las piernas arrancados, las cabezas rotas por bolas como huevos que caen sobre una carretera... Ha hecho esos animalitos que viven un día... que mueren a millones en una hora...

Y el buen Dios mira y se divierte, pues lo ve todo, a los grandes y a los pequeños, a los que están en las gotas de agua y a los de otras estrellas. Los mira y se divierte. ¡Qué canalla²!

La última frase del *Angelus*, la última frase escrita por Maupassant en un libro, es todavía una blasfemia inacabada:

Eterno asesino que parece no disfrutar más que con el placer de producir, tan solo para saborear incansablemente su pasión encarnizada de matar de nuevo, de recomenzar sus exterminios a medida que crea seres. Asesino hambriento de muerte emboscado en el Espacio, para crear seres y destruirlos, mutilarlos, imponerles todos los sufrimientos, golpearlos con todas las enfermedades, como un destructor infatigable que continúa sin cesar su horrible tarea. Ha inventado el cólera, la peste, el tifus, todos los microbios que corroen el cuerpo. Solamente, sin embargo, los animales son ignorantes de esta ferocidad, pues ellos desconocen esta ley de la muerte que los amenaza tanto como a nosotros. El caballo que brinca al sol en una pradera, la cabra que escala sobre las rocas con su forma ligera y

¹ *Sobre el agua*, p. 48.

² *Moiron*

flexible, seguida del macho, los pichones que ronronean sobre los tejados, las palomas pico con pico bajo el verdor de los árboles, semejantes a dos amantes que se dicen sus ternuras, y el ruiseñor que canta al claro de luna junto a su hembra que incuba, desconocen la eterna masacre de ese Dios que los ha creado. El cordero que...¹

Su mano desfalleciente no puede escribir más ante la impotente y trágica imprecación.

¿Pero no parece con evidencia que este supremo grito de rebelión sea el resultado del desarrollo lógico y fatal de esa tendencia del carácter de Maupassant que le hacía despreciar a los doce años y tildar de ridículas las ceremonias religiosas y que, a los veinticinco años, lo dejaba estremecido ante «la maléfica inconsciencia de la creación y el vacío de la vida»?

¿Por qué sorprenderse de que « el atleta vencedor » desaparezca y que solo quede el joven que, por la noche, lloraba a veces « en su triste habitación »? ¿No está enfermo? ¿En lugar de tener todavía la robusta salud que constituía la admiración de sus compañeros, Maupassant no está obligado a seguir un régimen? ¿Su vista no es para él objeto de continuas preocupaciones? ¿La salud de su madre no es constantemente mal y mañana no va a acompañar a su hermano al manicomio?

Además de estos motivos, los cuales, por sí solos, legitimarían la acentuación de la tendencia de Maupassant a la melancolía, él mismo nos da las profundas razones de su creciente pesimismo:

¡Dios mío, como he amado mi libertad, antaño! La libertad, para un viejo muchacho como yo, es el vacío, el vacío por todas partes, es el camino hacia la muerte, sin nada dentro para impedir ver el final!

Cuando las canas aparecen y, cuando se pierde cada día, desde la treintena, un poco de su vigor, un poco de su confianza, un poco de su salud, ¿cómo conservar su fe en una posible dicha?

¹ *El Angelus.*

Los hombres, recorriendo de un fognazo del pensamiento el círculo es las satisfacciones posibles, permanecen aterrados ante la nada de la felicidad, la monotonía y la pobreza de los goces terrenales. Desde que llegan a los treinta años, todo ha acabado para ellos. ¿Qué esperarán? Nada los distrae ya; ya han hecho el recorrido de nuestros ínfimos placeres¹.

Es así, precisamente cuando Maupassant tendía a alejarse cada vez más del mundo exterior, cuando nada ya lo distraía, cuando se le acusa de sensiblería. Hay que decir también que si el tono de sus libros, de sus novelas al menos, cambia un poco, es que Maupassant estudiaba en esos casos unos personajes completamente nuevos para él. «Maupassant, escribe Pol Neveux, debió darse cuenta que aplicado a una Michèle de Burne, su proceso habitual se quedaba corto. Esa alma huidiza y leal comportaba otros comentarios distintos a los de Coralie Cachelin o a los de las hermanas Rondoli. Se vio obligado, como último recurso, a tomar prestado el método de los analistas,²»

No se podría decir de otro modo, y parece cierto, sin que haya necesidad de hacer intervenir para nada a la parálisis general, que la tristeza y el pesimismo final de Maupassant se explican por el desarrollo natural de su melancolía primitiva y original. En cuanto a su sensibilidad propiamente dicha, creemos que, lejos de haber dado un giro hacia la sensiblería, al contrario ha ido disminuyendo con los años a medida que Maupassant se contraía sobre un cierto número de ideas que pronto se convertirían en obsesión.

Si Maupassant lloraba a los veinticinco años, a los cuarenta no podía más que maldecir, y fue entonces cuando escribió estas cartas donde el desencantamiento raya en el nihilismo:

¹ *Sobre el agua.*

² En Connar, t.I., p. 80-

Todo me da casi igual en la vida, hombres, mujeres, acontecimientos. He aquí mi auténtica profesión de fe, y añado, lo que no creeréis, que ya no hay nada en mí más que en los demás. Todo se divide en tedio, broma y miseria. Tomo todo con indiferencia. Paso los dos tercios de mi tiempo aburriéndome profundamente. Ocupo el tercio restante escribiendo líneas que vendo lo más caro posible, lamentando tener este abominable oficio.

... No tengo ni una esperanza que me haga sonreír¹...

Y sin embargo, del mismo modo que tras haberse refugiado en la impasibilidad contra las vanidades de la vida, había acabado por ver la vanidad de esa misma impasibilidad, del mismo modo, a pesar de su pesimismo y su desesperanza, « Maupassant tenía siempre frente a él, dice Pol Neveux, en su despacho, esa obra maestra de Rodin, esa quimera con la nariz corta, frente desafiante, ojos juntos, alzando los senos desnudos y tiesos, y arrastrando tras ella a un desdichado que se retuerce encima de su grupa nerviosa. Cada vez que he vuelto a abrir los libros del maestro, el rostro de la ogresa se me aparece, y veo desplegarse sus caderas de súcubo. Es ella quien os llevaba en su carrera furiosa hacia el ideal mentiroso, al país fabuloso del sueño imposible, a vosotros, a vuestros hermanos y hermanas, pobres almas absurdas y dignas de compasión, Tía Lison y Miss Harriet, Campanilla y Julie Romain, a ti Señorita Perla, y a ti pequeña Chali²»

También podemos decir que Maupassant ha conservado hasta el fin su ternura hacia los animales, los débiles y los niños. E hizo gala de esa generosa piedad por todos los miserables, que hoy se llama social.

Nada tan conmovedor como las últimas horas del camello abandonado en el desierto:

Oyéndonos llegar había levantado su cabeza

¹ Carta a la Srta. Marie Bashkirtseff. En Connard, loc. cit., t.I, p. 107.

² Pol Neveux, En Connard, loc. cit., t.I., p. 56.

como un faro... Habiéndome vuelto un rato después, advertí aun erguido sobre la arena el alto cuello del animal abandonado, mirando hasta lo último hundirse en el horizonte los últimos seres vivos que debía ver¹.

Con qué pluma angustiada, tanto como impasible en apariencia, ha descrito la taciturna vida del hombre solo y sin familia:

Estaba solo en el mundo, solo todo el día en medio de sus indiferentes colegas, y durante la noche en su domicilio de soltero. Ahorraba 100 francos al mes para su vejez².

¿Es posible en tan pocas palabras expresar una situación más lamentable? Y con que precisión dolorosa ha descrito la muerte del asno, humilde y sumiso servidor del hombre:

El animal estaba tendido sobre el polvo negruzco y también el era oscuro, y tan flaco que su piel, deformada por los relieves de los huesos, parecía que hubiera sido desgarrada por ellos si este no hubiese expirado. Todo el esqueleto se le marcaba bajo el pelo raído de las costillas, y su cabeza parecía enorme, una pobre cabeza con los ojos cerrados, tranquilo sobre su cama de piedras trituradas, tan tranquilo, tan muerto que parecía feliz y sorprendido de este nuevo reposo. Sus grandes orejas, lacias, yacían como andrajos. Dos llagas en carne viva en sus rodillas, decían que había caído a menudo...

Maupassant piensa

en el alegre borriquillo de cabeza grande en la que brillaban unos grandes ojos, gracioso y bonachón, libre aún, entre las patas de la madre³

¹ *Al Sol*

² *El padre.*

³ *Mont Oriol*, p. 277

Es todavía Maupassant quién escribe:

¡Oh! ¡la miseria de los ancianos sin pan, de los viejos sin esperanzas, sin hijos, sin dinero, sin otra cosa que la muerte ante ellos! Y pensemos en los viejos hambrientos de las cabañas! Pensemos en las lágrimas de esos ojos tiernos que antaño fueron brillantes, alegres y emotivos¹...

Probablemente también se haya cometido un error hablando de la neurastenias de Maupassant, del mismo modo que hablando de la forma neurasténica de los principios de su parálisis general.

En primer lugar, Maupassant careció de un número importante de síntomas de la neurastenia, como las cefaleas constantes, la astenia muscular, los vértigos, etc., y, por lo que se refiere a esas quejas que él dejaba escuchar sobre su salud, hay que reconocer que, tras los hechos que hemos señalado, no tenían nada de imaginario. Perdiendo la vista, sacudido por migrañas cada vez más violentas, sufriendo constantemente del estómago, golpeado en sus afectos más queridos, ¿no es admirable, al contrario, el valor de sentarse cada mañana en su escritorio y dar hasta el final a sus lectores, dos, tres e incluso cuatro volúmenes al año?

El mejor argumento contra la neurastenia de Maupassant es precisamente su obra. Incluso en 1890 todavía escribió tres volúmenes, y ¿qué lucha fue más salvaje, más energética, más trágica que la que libró en 1891 contra el sufrimiento y la locura, queriendo escribir su *Angelus*, declarando que se mataría si tuviese que renunciar a ello²?

Maupassant fue hasta el final obstinado, trabajador, interesado, tratando de ganar dinero para vivir en la

¹ *Sobre el agua*, p. 144

² En Lumbroso, p. 63.

independencia¹, « realizador » como dice Paul Bourget, trabajando metódicamente cada mañana desde las siete hasta el mediodía². El carácter principal del neurasténico es, al contrario, una habitual fatiga, una astenia constante que le impide dedicarse a ningún tipo de trabajo y sobre todo precisamente por la mañana, pues el neurasténico no está nunca tan cansado como cuando se levanta. Maupassant era pues todo lo opuesto a un neurasténico.

Del mismo modo, lejos de hablar de sí mismo, lejos de quejarse sin cesar, Maupassant se esforzaba en cada carta, en tranquilizar a su madre sobre su estado de salud³ y, por lo que se refiere a la melancolía, la tristeza de un neurasténico es egoísta, personal y a menudo estúpida, en tanto que la de Maupassant era generalmente filosófica, humana. Sería cometer un grave error confundir en esta ocasión, pesimismo y neurastenia.

En resumen, Guy de Maupassant aparece pues como un triste, un pesimista, pero un triste bueno y piadoso hacia los niños, los desdichados y los animales, escéptico y despreciando a los ricos, a los amos y, por extensión, al Amo supremo. Se ha podido decir que de su obra, « se desprende una impresión de tristeza gris tal como ningún otro escritor, comenzando por el *Libro de Job* y acabando por Schopenhauer o Leopardi, haya conseguido producir⁴»...

«No se trata de una melancolía lírica..., ni una crisis de dolor..., ni las fórmulas incisivas de un pensamiento filosófico..., ni de desesperación..., se trata de la sensación de

¹ Henri Roujon, *Grande Revue*, febrero 1904.

² Carta citada más adelante.

³ En Lumbroso, 44.

⁴ Emile Faguet, *Revue Bleue*, 13 de julio de 1893.

la propia nada. Nunca una palabra de consuelo, nunca un fulgor de un futuro mejor¹...»

Y, además, ese pesimista, por un contraste extraído de su naturaleza, se convertía subitamente a veces en el hombre más alegre y extrovertido, divirtiéndose incluso con bromas infantiles, mientras que, respondiendo al mismo tiempo a las llamadas de su robusta constitución, se entregaba por completo y voluntariamente a los goces y placeres de todo tipo que pudiese encontrar en su camino. Queriendo gozar de la vida, precisamente porque la despreciaba, Guy de Maupassant se esforzó en vaciar hasta el fondo la copa de los placeres y saboreó con aspereza, por otra parte, las heces de los dolores humanos; también se nos aparece a su vez como un don Juan o un Werther. Si el aspecto pesimista de su carácter ganó finalmente la batalla, es necesario ver en ello la acción del tiempo, de las enfermedades y de la desdicha, y no hay en absoluto necesidad de hacer intervenir a la parálisis general para explicar la tristeza más marcada de los últimos años.

Pero en el desarrollo extremo, en la exasperación de esta doble tendencia optimista y pesimista, común a cada ser, hay que reconocer ciertamente aún la influencia de la neurosis, causa necesaria y suficiente de una hiperexcitabilidad que tal vez sea lo que distingue al genio de los grandes hombres.

Bajo la acción de su temperamento neuropático, Guy de Maupassant encuentra en las miserias de su vida, razones suficientes para acentuar su pesimismo, pero, rumiando su melancolía, el « toro triste » no solamente debía llegar hasta el nihilismo filosófico y, sobre la sombría tierra de la neurosis, otras « flores del mal » debían surgir.

¹ Dr. N. Bajenow, *Archives d'anthropologie*, enero 1904, Maupassant y Dostoiewsky.

El anormal desarrollo de las dos tendencias, que constituían el fondo de su personalidad moral, acabó, en efecto, por conducir a Guy de Maupassant hasta las perversiones y las obsesiones.

Y, aquí aun, no hay que hablar de parálisis general, pues Maupassant siempre tuvo consciencia y dominó sus obsesiones y en vano hemos buscado la frase arriesgada o impropia, tratando de demostrar que perdió el control sobre ellas. Por el contrario, con qué lenguaje las ha cantado:

« Sueño con una mariposa que sería tan grande como cien universos, con alas cuya forma, belleza, color y movimiento ni siquiera puedo describir. Pero lo veo... va de estrella a estrella, refrescándolas y perfumándolas con el soplo armonioso y ligero de su vuelo... Y los pueblos que allí habitan la miran pasar, extasiados y maravillados¹.»

Algunos ven en estas líneas un indicio de debilitamiento intelectual; es preferible y más simple ver lirismo e imaginación de los cuales estaba repleto el corazón de Maupassant, pero cuyo estilo literario le prohibía sacarle más partido en sus libros. Y en cuanto a los que descubren precisamente una señal de parálisis general en un cambio, bastante relativo además, de estilo y forma que se ha llamado, con mayor o menor razón, la segunda etapa de Maupassant, deberán reconocer que, si el hecho de cambiar de estilo literario fuese un indicador precursor de demencia, habría pocos escritores que no muriesen en un manicomio.

Pero tanto en la vida, como en la obra de Maupassant, se encuentran fácilmente la huella evidente de estos estigmas psíquicos: impulsiones, perversiones, obsesiones, fobias, que constituyen el lote de los degenerados. Tal vez la mitad de los protagonistas de Maupassant son anormales o desequilibrados.

Por ejemplo:

¹ *El Horla*.

... la amazona enamorada de su caballo, con la sangre en las mejillas y la locura en la mirada, y cuyo movimiento precipitado en la cabalgada hace vibrar los nervios de un disfrute solitario y violento¹.

He aquí algunos tipos impulsivos: Rosa, la criada de la granja, que de pronto

... partió. Caminaba de prisa, en línea recta, con un trote elástico y precipitado y, de cuando en cuando, inconscientemente lanzaba un grito penetrante²

Lo es el presidente del Tribunal asesino:

Uno se encuentra a menudo con personas para quienes el hecho de quitar la vida a otra parece suponer un placer... Matar debe ser un extraño y maravilloso placer: tener delante de uno a un ser vivo capaz de pensar; hacerle un agujerito, sólo uno; ver como mana por él la sangre roja, que transporta la vida, y ya no tener delante más que un montón de carne inerte y fría, vacía de pensamientos.

...Ya no podía esperar más. He matado un animalito para ensayar, sólo para empezar.

Jean, mi criado, tenía un jilguero encerrado en una jaula que estaba colgada en la ventana de la cocina. Le he mandado a hacer un recado y he aprovechado su ausencia para coger al pájaro. Lo he aprisionado con mi mano; sentía latir su corazón. Estaba caliente. Después he subido a mi cuarto. De vez en cuando apretaba con más fuerza al pajarito; su corazón latía más deprisa. Era tan atroz como delicioso. He estado a punto de ahogarlo, pero no habría visto su sangre.

He cogido unas tijeritas de uñas y, con suavidad, le he cortado el cuello de tres tijeretazos. Abría el pico desesperadamente, tratando de respirar. Intentaba escapar, pero yo lo sujetaba con fuerza. ¡Vaya

¹ *Loco.*

² *Historia de una moza campesina.*

si lo sujetaba! ¡Habría sido capaz de sujetar a un dogo furioso! Por fin he visto correr la sangre. ¡Qué hermosa es la sangre roja, brillante, viva! La hubiera bebido con gusto. He mojado en ella la punta de mi lengua. Tiene un sabor agradable. ¡Pero el pobre jilguero tenía tan poca! No he tenido tiempo de disfrutar del espectáculo tanto como me hubiera gustado. Tiene que ser soberbio ver desangrarse a un toro.

Para terminar, he hecho lo mismo que los asesinos de verdad: he lavado las tijeras, me he enjuagado las manos y he tirado toda el agua. Después he llevado el cadáver al jardín para ocultarlo. Lo he enterrado debajo de una mata de fresas. Nunca lo encontrarán. Todos los días comeré un fruto de esa planta. ¡Uno puede disfrutar realmente de la vida si sabe cómo hacerlo!

...Había ido a pasear por el bosque de Vernes. Caminaba sin pensar en nada cuando, de repente, ha aparecido en el camino un chiquillo que iba comiéndose una tostada con mantequilla.

Los deseos de matarlo me han embriagado como el vino. Me he acercado a él con sigilo, pensando que iba a tratar de huir. Lo he agarrado por la garganta y he apretado, he apretado con todas mis fuerzas. Me ha mirado aterrorizado con unos ojos espantosos. ¡Qué ojos! Eran muy redondos, profundos... ¡terribles! Jamás había experimentado una sensación tan brutal... pero tan breve. Sus manecitas se aferraban a mis puños mientras su cuerpo se retorcía. He seguido apretando hasta que ha quedado inmóvil.

Mi corazón latía con tanta fuerza como el del pájaro. He arrojado su cuerpo a la cuneta y lo he cubierto con hierbas.

Al volver a casa he cenado bien. ¡Qué poca cosa! Me sentía alegre, ligero, rejuvenecido. Después he pasado la velada en casa del prefecto. Todos los que allí se encontraban han juzgado mi conversación muy ingeniosa.¹

He aquí todavía algunos ejemplos más:

Un amante, escondido bajo la cama de su amante, que mira los pies del marido ir y venir sobre el parqué:

¹ *Loco*

Los pies estaban tan cerca de mí que me invadieron una ganas locas, estúpidas e inexplicables de tocarlos suavemente¹...;

Un desgraciado que se va a suicidar y que escribe antes de matarse:

Cada día al afeitarme, experimento un inmoderado deseo de cortarme la garganta²;

El hombre respetable, el sensato, que, de paso en un albergue, bruscamente, introduce a la criada en su habitación:

Agotada al fin, cayó y la poseyó brutalmente en el suelo, sobre las losas³...

Recuérdese al Maupassant abandonando súbitamente a un amigo para ir a satisfacer un imperioso deseo sexual.

Es realmente destacable, en el caso del presidente asesino, por ejemplo, constatar como todos los estados progresivos de la idea obsesiva son rigurosamente observados, desde el primer momento en el que la idea germina, hasta el minuto en el que el enfermo, muy consciente de sus actos, no puede resistirse más a la fuerza invencible que lo arrastra; nada más científico, igualmente, que todas las explicaciones que trata de darse; nada más auténtico, en fin, que la sensación de liberación y placer que sigue a la ejecución del acto.

Para poder describir con esa minuciosidad las taras, el estado anímico, la sucesión de ideas, el mecanismo de las concepciones de esos degenerados; para poder lograr esa riqueza de documentación, con esa exactitud, con esa precisión realmente científica, sería necesario de todo punto que

¹ *Marroca.*

² *Suicida.*

³ *Un hijo.*

Maupassant se remitiese a su propia reacción, a su observación personal, y sería necesario que él mismo tuviese un temperamento neuropático similar. Otro célebre escritor, Dostoïewsky, describió admirablemente la psicología de los degenerados. Ahora bien, Dostoïewsky, al igual que Maupassant, era un epiléptico, y el Dr. Bajenow los reunió muy acertadamente en un mismo estudio¹.

En un orden de ideas idéntico, pero situándonos desde el punto de vista de las perversiones de la sensibilidad, se encuentra en la vida y obra de Maupassant los mismos estigmas indiscutibles de degeneración.

« Maupassant, dice Maynial, sentía una placentera voluptuosidad extrema sobrepasando los límites ordinarios de las fuerzas humanas; toda manifestación desenfrenada de la facultad de actuar y de sentir, toda sacudida nerviosa, todas las borracheras de la imaginación y las refinadas emociones lo agitaban profundamente, y buscaba mediante excitantes artificiales, la exaltación de la que hubiera debido huir².»

Es ahora el momento y el lugar de recordar las palabras del Dr. Meuriot: «Maupassant corrió toda su vida tras «goces que nunca pudo alcanzar». Consumía « haschis, éter y morfina». A los anestésicos les añadía perfumes, y el libro de François señala en más de una página, el empleo exagerado que de ellos hacía su amo³. « Maupassant, dice igualmente el Sr. Dorchain, se libraba a sinfonías de olor, y nos mostraba sobre su mesa una alineación de frascos de perfumes⁴» En una ocasión, hacia el fin de su vida, Maupassant dijo a su ayuda de cámara: « Todos esos olores me han hecho mucho daño », y le ordenó retirar una serie de frascos de perfume de su cuarto de baño.

¹ Dr, Bajenow, *loc. cit.*

² Maynial, *loc. cit.*, p. 225.

³ En François, *loc. cit.*, p. 34, 286.

⁴ En Lumbroso, p. 56.

Por otra parte, Maupassant se ocupa a menudo de los olores:

... de todos los olores errantes, los de las calles, los campos, las casas, los muebles, los agradables y los apuestos, los olores cálidos de las noches de verano, los fríos de las noches de invierno,

y volviendo sobre ello:

de lejanas reminiscencia, como si las fragancias conservasen en sí mismas las cosas muertas embalsamadas al modo de las especias que conservan las momias¹.

Ha descrito a su amante durmiendo:

mientras el sofocante calor hacía surgir sobre su piel morena minúsculas gotas de sudor y desprendía de ella, de sus brazos levantados bajo su cabeza, de todos sus pliegues secretos, ese olor salvaje que tanto gusta al macho².

Además son sus sentidos los que le proporcionan sus peores emociones y le hacen escribir sus frases más desesperadas sobre la impotencia humana:

No puedo ver a mi mujer venir hacia mí llamándome con su mirada, con su sonrisa o con sus brazos. Antes creía yo que un beso de aquella mujer me transportaría a los cielos... ¡Y qué desencanto sufrí un día, cuando estuvo mala con una fiebre pasajera! Sentí en su aliento el sople ligero, sutil, casi insensible de las podredumbres humanas. ¡Oh! ¡ La carne! estercolero seductor y viviente... ¡putrefacción que se mueve, que anda, que piensa, que habla, que mira y que sonríe; donde los alimentos fermentan; sonrosada, linda, tentadora, engañadora como el alma³!...

¹ *Mont-Oriol.*

² *Marroca*

³ *Un caso de divorcio*

Por otra parte, el Sr. Ragusa ha contado como Guy de Maupassant entró y

...permaneció varias horas en el apartamento habitado antes por Richard Wagner, huésped, durante un invierno entero, del albergue de las Palmeras cuyas paredes vibraron con las últimas e inmortales notas de Parsifal, cuando esa obra maestra todavía era un secreto para el mundo.

Maupassant permaneció durante mucho tiempo inmóvil ante al armario abierto y todavía perfumado de la esencia de rosas con la que el gran compositor perfumaba siempre su ropa. Aspirando ese perfume, sentía una comunión de alma con el inmortal músico. ¡Qué extraña contradicción en la naturaleza del pobre Guy! añade Ragusa. En el momento en el que se llenaba el pecho de esencia de rosas, no parecía el mismo hombre que se había hecho cocinar la carne de un carretero muerto sobre la carretera¹.

He aquí la otra anécdota de la que quiere hablar el Sr. Ragusa y que habría ocurrido durante el viaje de Maupassant a Italia:

Una noche que el escritor salía de un casino, vio caer a sus pies, desde lo alto del pescante de un coche, a un carretero. Le hizo llevar al hospital, pero el desdichado murió al llegar.

Lo raro comienza cuando Maupassant rogó al médico, que era uno de sus amigos, que le diese un trozo de carne de ese cadáver una vez hecha la autopsia. Al día siguiente, el médico accedió y Maupassant llevó el trozo de carne a su cocinero, lo hizo adobar y lo comió para satisfacer una curiosidad de antropófago. Entonces podía decir por experiencia que la carne humana es insípida al paladar y que tiene un saber a ternera sosa².

¹ En Lumbroso, loc.cit., p. 409.

² En Lumbroso, loc. cit., p. 408.

Era Maupassant quién contaba este hecho y dijo en otra ocasión estas mismas palabras al Sr. Henric Amic: «La carne humana es un bocado excelente. – ¿Ha comido usted carne de hombre? – No, de mujer. Es delicada y sabrosa. He repetido¹.»

Una de dos, o los hechos eran falsos y se puede ver con que asombrosa falta de medida Maupassant elegía sus bromas, o eran reales y entonces adquirieron una gran importancia como estigmas de degeneración. Esta última hipótesis no nos parece del todo imposible.

He aquí finalmente en la obra de Maupassant, la descripción muy clara de un caso de inversión genital:

... Amo las flores, no como flores, sino como seres vivientes, deliciosos. Paso los días y las noches en el invernadero, donde las guardo como a las mujeres en el harén. Nadie, fuera de mí; conoce la dulzura, el éxtasis sobrehumano de estas ternuras. Nadie conoce el sabor de estos besos sobre la carne roja, fina, blanca, delicada, rara, de estas flores... He experimentado por algunas de ellas una pasión tan fugaz como su existencia: de algunos días, de algunas noches. Cojo a la preferida, la saco de la galería, la encierro en una estufita de vidrio, en donde un hilo de agua corre por un lecho de césped tropical traído de las islas de! Pacífico. Y allí, junto a ella, me quedo febril, ardiente, atormentado por la idea de su próxima muerte, contemplando como se marchita mientras la poseo, aspiro y bebo su corta vida con una suprema caricia...²

Si Maupassant se dedica de este modo a los goces enfermizos de los anestésicos y los perfumes, tal vez era tanto para escapar al continuo tormento de las ideas obsesivas nacidas de su pesimismo como para satisfacer las necesidades de una sensibilidad física exasperada.

¹ En Lumbroso, loc. cit., p. 401.

² *Un caso de dicorcio*

Pues la noción que tuvo toda su vida « de un modo agudo, incurable, de la impotencia humana¹» acabó en los últimos años por engendrar en su espíritu un conjunto de obsesiones que se convirtieron como el tema general de su obra. Y hete aquí llegar el negro cortejo de ideas obsesivas, hete aquí llegar el Miedo, hete aquí la Soledad y el Amor, la Locura y la Muerte.

No obstante, todavía llegado a ese punto, Maupassant encontraba un placer mórbido analizándose a sí mismo, observando sus sensaciones, y buscaba una voluptuosidad perversa en la constatación de su nada, de tal modo que ha podido llegarse a decir sin exagerar que experimentó tanto gusto como fobia al Miedo, la Soledad o la Muerte.

Desde su primer libro, *Guy de Maupassant* describe los efectos del miedo y al año siguiente dedica un cuento entero a su estudio:

El miedo (y hasta los hombres más intrépidos pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un espasmo horroroso del pensamiento y del corazón, cuyo mero recuerdo provoca estremecimientos de angustia.

Esto ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas frente a riesgos vagos. El verdadero miedo es como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño. Un hombre que cree en los fantasmas y se imagina ver un espectro en la noche debe de experimentar el miedo en todo su espantoso horror²...

Y más adelante:

Experimenté tal angustia del corazón, del alma y del cuerpo, que me sentí desfallecer, dispuesto a morir de miedo.

¹ En Connard, *loc. cit.*, t.I. p.58

² *El Miedo*.

Y otra vez:

Me vuelvo bruscamente porque tengo miedo de lo que está detrás de mí.

Es en el cuento *Él*, dónde Maupassant se expresa de ese modo. Y se pueden precisamente reproducir completamente en la vida de Maupassant todos los episodios de este cuento, lo que le confiere un gran valor como documento autobiográfico.

Si a la carta del Sr. Paul Bourget, respecto a las alucinaciones, se añaden los relatos de los señores Pipitone y Ragusa, puede reconstituirse todo el cuento:

Guy de Maupassant, dicen ellos, bebía a veces, no por el placer de beber, sino por la trágica necesidad de evadirse de sí mismo, a causa del miedo indefinible que tenía a lo desconocido, miedo que, a menudo, le hacía volverse como un resorte cuando estaba solo para ver detrás de él.

Y también cuentan que una mujer les confesó que había acompañado a Maupassant tarde « porque él tenía miedo a la noche ¹ ».

Ahora bien, el cuento *Él* tiene por tema la historia de un joven que contrae matrimonio porque tiene miedo de ver aparecer de noche su sombra. Y espera que teniendo a su lado una compañera, la aparición no se atreverá a mostrarse.

Pero sin embargo, como ha sido dicho, a Maupassant le gustaba su sufrimiento. Tenía tanto gusto como obsesión por el miedo:

¿Qué no hicieron, añade el Sr. Ragusa, Pipitone y Berlioz para evitar que bajase a la horrible sepultura de los monjes? No puedo decirlo. Sin embargo él quiso descender, aún a riesgo de desesperarse cuando estuviese allí abajo, mediante la ilusión enfermiza de no

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 407.

poder salir y eso le parecía gracioso, un milagro encontrase fuera algún tiempo después y haber entrado. Salía de esos corredores subterráneos como si la eternidad hubiese comenzado; experimentaba la necesidad de ver un poco de hierba y flores¹...

Y el mórbido placer que experimentaba en su sufrimiento se transparenta en los términos casi voluptuosos que él emplea para describirlo:

¡Oh! nadie puede comprender, a menos de haberlos experimentado, esos espantosos y estúpidos terrores. El alma se hunde, no se siente el corazón; el cuerpo entero se pone flojo, flácido, blando como una esponja: se diría que todo el interior se derrumba²...

Hay que recordar aquí que « Moreau de Tours, Reynolds, Ramskill, Trousseau, etc., han relacionado la conexión de los miedos mórbidos con la epilepsia y demostrado que los miedos súbitos y sin motivo, dan lugar tanto a los accesos como los preceden o los siguen³.»

Siendo muy joven, Maupassant había igualmente dejado ver su inclinación hacia la soledad parapetándose en la indiferencia.

En lo que a mí se refiere, decía con orgullo, he cerrado mi alma. Ya no digo a nadie lo que pienso y lo que me gusta. Siendo consciente de mi condena a la horrible soledad, miro las cosas sin emitir nunca mi opinión. Pronuncio frases banales para responder a los interrogatorios de cada día y emito una sonrisa que dice sí cuando ni siquiera deseo molestarme en hablar. Siempre he sido un solitario, un soñador; he vivido solo, sin cesar, a consecuencia de una especie de irritación que me invade en presencia de los demás...

¹ En Lumbroso, loc. cit. p. 410.

² *Aparición*

³ Féré, *les Epileptiques*, p. 425.

... Siento penetrar en mí la embriaguez de estar solo... Quince días sin hablar, ¡qué alegría!¹

Solamente la soledad le permitía sumergirse en

...la independencia y la fantasía de su pensamiento, escuchando en el minúsculo tictac del inquietante reloj de péndulo únicamente el inmenso reposo de los elementos, la sorprendente sensación de las ilimitadas soledades, donde los murmullos de los mundos, amortiguados a algunos metros de su superficie, permanecen imperceptibles en el silencio universal².

Pero era peor el remedio que el mal y pronto Maupassant no tendrá más amargo sufrimiento que la sensación de esa soledad que él había pedido en el desierto y que ahora pesa en él, ineludible y fatal, incluso en medio de las multitudes.

Jamás nadie a pertenecido a nadie... Estamos más lejos los unos de los otros que los astros entre sí... No me siento nunca tan solo como cuando entrego mi corazón a algún amigo; porque entonces comprendo mejor el infranqueable obstáculo. Allí está, ese hombre; veo sus ojos claros fijos en mí, pero su alma, detrás de ellos, no la conozco en absoluto. Él me escucha. ¿Qué piensa? Sí, ¿qué piensa? ¿No comprendes este tormento? ¿Tal vez me odie? ¿o me desprecia? ¿o se burla de mí? ¿Reflexiona en lo que digo, me juzga, me censura, me condena, me considera mediocre o tonto? ¿Cómo saber lo que piensa? ¿Cómo saber si me quiere como yo lo quiero a él? ¿qué se agita en esa pequeña cabeza redonda? ¡Qué misterio el del pensamiento desconocido de un ser, el pensamiento escondido y libre que no podemos ni conocer, ni dirigir, ni dominar, ni vencer!

Y cuando he querido entregarme por completo, abrir todas las puertas de mi alma, no puedo conseguirlo en absoluto, pues conservo en el fondo, muy en el fondo, ese lugar secreto del Yo donde nadie

¹ *Sobre el agua.*

² *La Noche.*

penetra. Nadie puede descubrirlo ni entrar allí, porque nadie se me parece, porque nadie comprende a nadie.

¿Al menos me comprendes tú en este momento? No, ¡crees que estoy loco!

Y a esta obsesión de la eterna soledad viene a añadirse a veces un escalofrío, pues, « cuando estamos solos durante mucho tiempo, poblamos el vacío de fantasmas¹ », y es cuando Maupassant está solo que la alucinación reaparece. « Tengo miedo de estar solo de noche... »

Guy de Maupassant busca, se diga lo que se diga, un remedio en el amor, pero aún allí, la contradicción eterna del temperamento de Maupassant se revela.

Extremadamente robusto desde el punto de vista de la parte puramente medular de los placeres sexuales, « jamás niega a su temperamento las satisfacciones que reclama² », pero conviene recordar al respecto, las palabras de Féré: « No abusa de lo venéreo quién quiere³ » y reconocer aún en esta hipersensibilidad la huella de la neurosis.

Hay momentos, escribe Maupassant, en los que tengo ganas de gritar de placer con las lechuzas, de correr sobre los tejados como un gato y un invencible deseo de amar se enciende en mis venas⁴...; confieso que hay días en los cuales me entra tal horror de la realidad, que desearía morir. Por el contrario, hay otros días en los que gozo de todo igual que goza un animal⁵...

En sus libros se encuentra, escribe Maynial, la perpetua y absorbente preocupación de la mujer, una especie de obsesión, no del amor, sino de lo que él tiene más de primitivo y de más

¹ *Soledad*

² Maynial, *loc. cit.*, p. 226.

³ *Famille neuropathique*, p. 28

⁴ *La Noche*.

⁵ *Sobre el agua*.

general, del instinto sexual; considera todos los gestos del amor como fenómenos tan naturales que se les debe describir sin trabas ni censura; el deseo, que se renueva sin cesar, no tiene más interés que su satisfacción regular, y cualquier otra explicación psicológica es falsa. Y es eso, añade con acierto el Sr. Maynial, lo que se ha llamado por un singular sofisma, la salud y la sabiduría de Maupassant¹.

Sin llegar a decir, como Max Nordau, que todo Maupassant se resume en «la acción hipnotizadora de una falda sobre un erotómano²», es verdad que sobre toda la obra de Maupassant planea un cierto lirismo sensual y vulgar, produciendo la ilusión de un vigor sano en el primer vistazo, pero dejando pronto percibir en el médico la tara patológica que en él se disimula.

Basta recordar algunas descripciones:

Sus senos alargados y erguidos, agudos, como peras de carne, elásticos como si encerrasen muelles de acero, le daban a su cuerpo un algo de animal, la convertían en una especie de ser inferior y magnífico, de criatura destinada al amor desordenado, y despertaban en mí la idea de las obscenas divinidades antiguas cuyas libres ternuras se despleaban en medio de hierbas y hojas.

Nunca mujer alguna llevó en sus entrañas deseos más insaciables..., mientras el calor abrumador desprendía de ella... ese olor salvaje que agrada a los machos³.

En otra ocasión admira en estos términos a la Venus de Siracusa:

Es gorda, con el pecho grande, las caderas poderosas y las piernas un poco pesadas; es una Venus carnal a la que se imagina

¹ Maynial, *loc. cit.*, p. 226.

² Max Nordau, *Vues du dehors*.

³ *Marroca*.

acostada viéndola de pie. Su brazo caído oculta sus senos; de la mano que le queda, levanta una túnica con la que cubre, con gesto adorable, el lugar secreto del culto venéreo. Todo el cuerpo está hecho, concebido, inclinado para ese movimiento; todas las líneas se concentran allí; todo el pensamiento se dirige allí. Ese gesto sencillo y natural, lleno de pudor e impudicia, que oculta y muestra, vela y revela, atrae y sustrae, parece definir toda la actitud de la mujer sobre la tierra¹

Por otro lado, Maupassant se compadece de la Señorita Perla que nunca sabrá:

la fugaz y divina sensación de esa caricia, de esa locura que proporciona a los enamorados más dicha en un instante que lo que puedan recoger en toda su vida los demás hombres².

y, volviendo a presentarse el fauno, encuentra que las enormes negras dejan a su paso « un tufo de carne humana que hace volverse a los corazones más rudos³».

Pero algunas páginas más adelante, cuando por un instante se calle la voz obsesiva de sus sentidos, reaparece el otro Maupassant, el Maupassant que se ríe de toda esperanza, el Maupassant pesimista y escéptico, y entonces maldice el amor con tanta o más energía con la que antes lo ha impuesto a todas horas.

A la mujer,

... siempre la he odiado, despreciado, execrado, pues es pérfida, inmundada, bestial, impura; la mujer es la perdición, el animal sensual y falso en la que no hay alma en absoluto, en la que el pensamiento nunca se produce⁴...

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 552.

² *La Señorita Perla*.

³ *Al Sol*.

⁴ *Al Sol*.

Luego, apaciguada su ira, se dedica a soñar en el amor puro, sano, eterno:

Un corazón que late cuando aparecéis, un ojo que llora cuando partís, son cosas tan escasas, tan dulces, tan preciosas, que nunca hay que despreciarlas¹

Y, reconociendo finalmente, que el amor, venga de donde venga, de una madre o de una esposa, es el único consuelo de su miserable corazón, exclama:

¡Cuántos seres desgraciados hay! Yo sentía pesar sobre esa criatura humana la eterna injusticia de la implacable naturaleza. Todo había acabado para ella sin que, tal vez, nunca hubiese tenido lo que sostiene a los desheredados, la esperanza de ser amada una vez.²

y, en un vértigo obsesivo de ternura hace huir a un sacerdote « ante el esplendor de una noche de verano³.»

Enfermo y vigoroso, erotómano y aspirando al amor ideal, así es tal, eternamente doble, como aparece Guy de Maupassant.

¿Tuvo también, como se ha dicho, la obsesión por la locura? ¿Le tuvo fobia? El asunto parece completamente discutible, pues jamás en sus cartas, Maupassant no expresa miedo a volverse demente, y si se puede situar entre sus temas generales: La Locura, es a condición de entender por esa palabra todas las manifestaciones psicóticas de la naturaleza que sean. Pues los locos de los que habla Maupassant son obsesos o alucinados o impulsivos o invertidos, no son dementes y si, a consecuencia de sus propias reacciones, él ha podido describir esos casos de psiquiatría muy especiales,

¹ *Miss Harriet.*

² *Mis Harriet.*

³ *Claro de luna.*

Maupassant nunca describió demencia, nunca habló de la locura en sí misma como por ejemplo lo hizo del miedo.

Un día, Maupassant fue preguntado si se dirigía hacia la demencia, y ese día, sin ambages ni miedo dijo a su médico: «¿Voy hacia lo locura? Sí, sí, dígamelo. Entre la locura y la muerte, mi elección está hecha. No vacilaré¹».

Y, en lugar de concentrar su espíritu como tenía sin embargo costumbre hacer, se contentaba con decir: «Sólo, sólo los locos son felices, pues han perdido el sentido de la realidad²».

Maupassant no ha tenido, como se ha dicho erróneamente, fobia a la Muerte. Tuvo una sencilla obsesión. encontraba, con alguna razón, la Muerte una necesidad espantosa, pero no la temió nunca para sí.

Si se ha creído ver en él un miedo auténtico y personal hacia la muerte, es a causa de las quejas que expresaba sobre su salud y los cuidados que tomaba en este sentido; ahora bien, como Maupassant estaba efectivamente muy enfermo, y de un modo constante, es evidente que sus quejas y sus cuidados fuesen perfectamente legítimos.

Pero no tuvo el temor egoísta y personal hacia la muerte, más bien tuvo sobre ella una obsesión filosófica y general. Maupassant no llora sobre su muerte, sino sobre la muerte de toda la naturaleza.

Su piedad va dirigida a los animales que caen sobre el camino, a las plantas que se marchitan, a los días que acaban:

Ha muerto. ¿Comprendéis estas palabras? Nunca, nunca, en ninguna parte, ese ser ya no existirá...

Jamás ningún rostro volverá a nacer semejante al suyo. Nunca, nunca...

¹ En Lumbroso, *loc. cit.* p. 69

² En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 411

Ha existido veinte años, no más, y ha desaparecido para siempre, para siempre, para siempre... Pensaba, sonreía, amaba. Nada más.

Y yo pensaba que su cuerpo, su cuerpo fresco y cálido, tan dulce, tan blanco, tan bello, se iba a pudrir en el fondo de una caja bajo tierra.

¿Y su alma, su pensamiento, su amor? ¿Dónde¹?

He aquí otro ejemplo:

–Jamás un ser revive –continuó–, jamás... Se conservan los moldes de las estatuas, los modelos de los objetos que se fabrican en serie; pero mi cuerpo, mi rostro, mis deseos, mis ideas, no resurgirán jamás. Y, sin embargo, nacerán millones, miles de millones de seres que en el espacio de unos centímetros cuadrados, tendrán nariz, ojos, frente, mejillas y boca como yo..., y también un alma como yo, sin que jamás yo renazca, sin que jamás, siquiera, algo que pueda reconocerse como mío reaparezca en esas criaturas innumerables y diferentes, indefinidamente diferentes, aunque parecidas....

¿A qué asirse? ¿A quién dirigir nuestros gritos de angustia? ¿En qué podemos creer? ...Usted también sentirá la espantosa desolación de los desesperados. Se debatirá furiosamente en la incertidumbre donde se ahogará. Gritará usted a los cuatro vientos: «¡Socorro!», y nadie le contestará; tenderá los brazos, llamará para ser socorrido, amado, consolado, salvado y nadie acudirá².

Así, a pesar de todas sus blasfemias, como Nietzsche y tantos otros grandes y ariscos filósofos, Maupassant buscaba bajo el cielo vacío « una divinidad perdida³ »

Pero, de todas sus reflexiones, de todos sus introspecciones, de todos sus íntimos sufrimientos, debía surgir definitivamente el gran tormento de Maupassant, la obsesión verdaderamente importante y capital, la obsesión de sí mismo.

¹ *La Tumba*.

² *Bel Ami*, p. 162

³ Nietzsche, *Humano, demasiado humano*.

Cuantas veces Maupassant se quejó de esta dolorosa facultad de análisis que caracteriza al hombre de letras.

No envidiéis al escritor, dijo, pues parece que tenga dos almas: una que anota, explica, comenta cada sensación de su vecino; otra, el alma natural, común a todos los hombres; y vive condenado a ser siempre, en toda ocasión, un reflejo de sí mismo y un reflejo de los demás, condenado a mirar sentir, actuar, amar, pensar, sufrir, y a nunca sufrir, pensar, amar, sentir como todo el mundo, buenamente, francamente, sencillamente, sin analizarse a sí mismo tras cada goce y tras cada sollozo.

Si conversa, sus palabras parecen a menudo maledicientes..., si escribe, no puede abstenerse de arrojar en sus libros todo lo que ha visto... y si ama, si ama a una mujer, la disecciona como un cadáver en un hospital.

Era ese continuo tormento lo que reflejaba en sus ojos una desesperanza infinita « cuando deambulaba por los valles de Provenza, paseando, al sol tamizado por las grisáceas hojillas de los olivos, su pobre cabeza enferma donde habitaba una obsesión ¹» En vano hacía escapadas a África, de nada le servía recurrir al éter en algunos momentos, pues el segundo Maupassant estaba siempre allí, presente, registrando su cerebro, anotando sus sobresaltos de miedo, de pie ante la mujer que iba a amar, e incluso en lo más profundo del desierto, todavía allí, inclinado implacablemente sobre su soledad.

«La última vez que vi a Guy de Maupassant, dijo José María de Heredia, me contó la obsesión constante, odiosa, de su otro yo, que asiste a todos sus actos, a todos sus pensamientos y que le susurra al oído: «Disfrutas de la vida; bebes, comes, duermes, amas, trabajas, viajas, miras, admiras. ¿Para qué? Has de morir²»

Era sobre todo por la noche cuando la obsesión reaparecía, cuando el Otro se hacía más tangible. E incluso, una noche en la que el pobre escritor estaba más triste, más absorto, una

¹ *Sobre el Agua*, p. 110

² En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 206.

noche en la una noche en la que « estaba cansado, cansado de llorar, cansado de no tener ni fuerzas para levantarse a beber un vaso de agua¹», una noche en la que estaba un poco febril y estremecido, un poco « nervioso », esa noche apareció el Otro.

Este es, desde nuestro punto de vista, uno de los puntos capitales de la historia patológica de Guy de Maupassant.

Destaquemos, en efecto, que todas las alucinaciones que se le conocen a Maupassant son casos de alucinación autoscópica.

Ahora bien, está más o menos admitido actualmente, que la alucinación no es un fenómeno sensorial, sino más bien intelectual. Del recuerdo a la obsesión, de la obsesión a la alucinación, no hay más que diferencias de grados que son superados, según los casos, por los diferentes sujetos a consecuencia de condiciones patogénicas todavía mal determinadas.

Maupassant lo sabía bien cuando escribía:

Y de pronto, en una brusca alucinación enquistada fijamente en su mente, ella creyó ver, vio, como los había visto tan a menudo, a su padre y a su madre calentándose los pies en un rincón de la chimenea².

Igualmente en otra ocasión, Maupassant muestra perfectamente el punto de partida cerebral de la alucinación, cuando narra la violenta emoción que experimenta encontrándose en un bosque de alcornoques, cuya corteza había sido arrancada, mostrando sus troncos completamente rojos:

... semejante a un bosque de ajusticiados, un bosque sangriento e infernal.

¹ *Al Sol*.

² *Una vida*, p. 338.

La emoción fue tan fuerte que creí escuchar lamentos, gritos desgarradores, lejanos, innumerables y habiendo tocado uno de esos árboles para tranquilizar mi corazón, creí ver, vi, volviéndose hacia mí, mi mano completamente roja¹.

Maupassant, con una degeneración superior, ha pasado un día de la obsesión de sí mismo a la alucinación de sí mismo. Era un epileptisante, es decir con un mal hereditario del sistema nervioso irritable. Ha pasado de la obsesión a la alucinación, porque su temperamento le permitía franquear esta etapa de la neurosis, juntando a la representación mental de su idea fija, ese añadido sensorial que diferencia a la alucinación y de la que es característico.

De este modo las diferentes manifestaciones patológicas que se han señalado en la vida de Guy de Maupassant, hasta el momento en el que la enfermedad que lo acecha va a invadirlo, pueden fácilmente explicarse por la noción de la degeneración original del autor de *Bola de Sebo*.

Nos queda ahora examinar lo que hay de cierto en la opinión de los autores que han creído reconocer en algunas partes de la obra de Maupassant, señales de debilidad intelectual y de parálisis general. Ha sido en particular formulada esta crítica en relación a *El Horla*, y muchos lectores de Maupassant han relacionado la idea de este cuento con la de la locura de Maupassant, el uno explicando la otra y viceversa. El Dr. Lagriffe igualmente ha escrito que *El Horla* no es más que « el lamento angustiado y espantoso del delirante que sufre². »

A nosotros nos parece más bien que *El Horla* no es otra cosa que un cuento fantástico, al estilo de Edgar Allan Poe. Tres clases de pruebas pueden ser dadas.

¹ *Sobre el agua*, p. 215.

² Lagriffe, *loc. cit.*, p. 62

En primer lugar *El Horla*, tal y como apareció en 1887, no era más que la segunda edición, revisada y aumentada, de un primer cuento aparecido con el mismo título en el *Gil Blas* del martes, 26 de octubre de 1886. Por tanto puede observarse de inmediato que la mayoría de las delirantes ideas y de los arriesgados desarrollos achacados a Maupassant, no son más que retoques adornados aportados más tarde y necesarios para que *El Horla* apareciese en un libro y no en las estrechas columnas de un periódico.

Es así como en este artículo, verdadero esbozo del *Horla* definitivo y que se encuentra en la edición Connard, la mayoría de los episodios del cuento son extremadamente reducidos y, por citar uno, por ejemplo, el episodio tan importante del navío brasileño apenas está citada al final. Por otra parte, el protagonista del cuento está en un manicomio. Este hecho, que primitivamente Maupassant había hecho de su protagonista un loco, tiene su valor, pues si *El Horla* no fuese pura invención sino « el lamento angustiado de un delirante que sufre », no es posible que Maupassant se hubiese atrevido, con su pluma todavía consciente, a firmar él mismo el diagnóstico de su locura.

El argumento de *El Horla* está construido con demasiada lógica y regularidad como para que se pueda apreciar en su desarrollo la obra de un escritor cuya pluma es conducida por un delirio.

Maupassant nos muestra en esta obra todas sus habituales cualidades de narrador, intercalando en el centro de su relato la anécdota del navío brasileño, a fin de despertar la atención del lector y añadiendo el episodio del Monte Saint-Michel, del mismo modo que describe las alucinaciones, inverosímiles y pueriles, pero sugestivas, de la rosa y la leche.

Y, en ese hábil marco, todos los temas habituales de los que hace gala Maupassant están reunidos y expuestos los unos tras los otros con una continuidad perfecta: pesadillas, vértigos,

obsesiones, impulsos, angustia y miedo, alucinaciones; e incluso, para azuzar la curiosidad del lector, Maupassant añade esta vez la autoscopia negativa.

Al principio, el protagonista del cuento está enfermo (pesadillas, mareos, angustia), a continuación llega a constatar la presencia cerca de él de un ser invisible, gracias a lo que se podrán evocar algunas bromas alucinatorias que le juega el propio ser invisible; luego este ser lo condena y lo domina (obsesiones, impulsiones), hasta el momento en el que el alucinado acaba por comprender que su perseguidor es el ser desconocido que, tras haber destruido al hombre, debe convertirse a su vez en el amo de la tierra.

Partiendo de esta idea, y queriendo escribir un cuento sobre el tema de un ser desconocido que pretende destruir al hombre y tomar su lugar, Maupassant, necesariamente debía de entrada hacer percibir a este enemigo misterioso. Y encontró la ocasión más natural de contar, una vez más, el conjunto de esas manifestaciones neuropáticas que no describe tan a menudo precisamente porque él las experimentaba en sí mismo.

Si hay algo de patológico, en efecto, en *El Horla*, es la descripción de las obsesiones, de las impulsiones, de las fobias y de las alucinaciones de Maupassant sobre las que es inútil volver y también muy claramente el relato de sus estados de ansiedad, de sobreexcitación nerviosa, de fiebre, de los que siempre hace preceder la descripción de sus paroxismos psíquicos.

Estaba febril, tenía la pupila dilatada, los nervios a flor de piel, los oídos me zumbaban¹...

Son estos los mismos términos de los que se sirve en *Sobre el Agua* para contar los prolegómenos de sus migrañas:

¹ *El Horla*.

Apenas acostado, sentí que no dormiría y permanecí sobre la espalda, con los ojos cerrados, el pensamiento alerta, los nervios a flor de piel¹...;

o en *Él*, *¿Quién sabe?*, *Aparición*, para describir los minutos previos a sus alucinaciones:

Me sentía cansado,... tal vez tenía un poco de fiebre... luego de repente un escalofrío me recorrió la espalda...², estaba un poco nervioso³...;

estas son aún los mismos términos de los que él se sirve cuando sus personajes van a matar o a violar en un impulso súbito⁴.

La descripción, repetida sin cesar por ser diariamente observada, de esas sensaciones tan particulares es claramente la firma de la neurosis de Maupassant.

El Sr. Maynial ya había hecho observar ese estado particular de ansiedad febril y de sobreexcitación en el que Maupassant siempre sitúa a sus personajes, cuando algo inexplicable debe sobrevenir, impulsión o alucinación. El protagonista del *Horla*, escribe el Sr. Maynial, es un enfermo, « que tiene fiebre, padece insomnios, enervamiento incurable, tiene el pulso acelerado, las pupilas dilatadas, los nervios a flor de piel, y tantos otros síntomas que ya hemos destacado en el caso del propio autor⁵»

Y más adelante, en relación a *¿Quién sabe?*, el Sr. Maynial todavía subraya que siempre ocurre que « las condiciones de la sensibilidad del testigo son las mismas⁶».

¹ *Sobre el Agua*.

² *Él*

³ *¿Quién sabe?*

⁴ *La pequeña Roque, Loco*.

⁵ En Ed. Maynial, *loc. cit.*, p. 248.

⁶ *Id.*, p. 252.

Pero aparte de la descripción de estos estados ansiosos que no son otra cosa que auras epilépticas y la descripción más general de las impulsiones, obsesiones y alucinaciones de Maupassant, no hay nada más que buscar, desde el punto de vista patológico, en el cuento *El Horla*.

« Ideas de grandeza, ideas de enormidad, ideas denegación, ideas de posesión », dice Lagriffe.

Es necesario sin embargo poner de relieve que Maupassant, queriendo hacer percibir y hacer actuar un ser extraordinario que va a suceder al hombre « pues ese, y solamente ese, es el objetivo y el interés de su cuento », no podía contar ese hecho maravilloso con las mismas frases que el viaje de *Bola de Sebo*.

Y, sin querer entrar en muchos más detalles, ¿no hay por el contrario un gran encanto, una gran y filosófica poesía en la idea de ese ser futuro que vendrá y matará al hombre «como el buitre mata a la paloma y el hombre al león ».

¿Y no es un elocuente lamento el de Maupassant, magnífico y auténtico:

¿Por qué no pueden aparecer otros elementos que no sean el fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Sólo son cuatro, nada más que cuatro, esos padres que alimentan a los seres! ¡Qué lástima! ¿Por qué no serán cuarenta, cuatrocientos o cuatro mil?

Sí, ¿por qué, Sr. Lagriffe?

« ¡Ah! ¡el elefante, el hipopótamo, qué gracia! ¡El camello, qué elegancia!»

En realidad si hay que ver en esto ideas delirante, hay que clasificar, no solamente entre los neurópatas, sino entre los alineados, a todos los poetas, a todos los soñadores, a todos aquellos que sienten mejor y más que los demás.

Por otra parte, esa idea de que el mundo podría estar constituido de otro modo es una idea familiar y querida a Maupassant. La evoca en *Sobre el Agua* repetidas veces.

Si hemos de contentarnos con lo que existe, será indispensable que tengamos el espíritu lento, cerrado y poco exigente. ¿Cómo se explica que los espectadores de este mundo no hayan gritado todavía: «¡Que levanten el telón!»», que no hayan exigido el siguiente acto con seres diferentes del hombre y otras formas, otros regocijos, otras plantas, otros astros, otros inventos y otras aventuras?

Y en otra ocasión:

Si los hombres hubiesen recibido por dones otros órganos poderosos y delicados... de qué modo tan distinto y variado sería el dominio de nuestros conocimientos y nuestras emociones¹

Y una vez más:

Si los poetas fuesen capaces de cruzar los espacios, de explorar los astros, de descubrir otros universos y seres de distinta naturaleza, de modificar sin cesar para mi espíritu la esencia y la norma de las cosas, de llevarme constantemente por las regiones cambiantes, maravillosas de lo desconocido, abriéndome puertas misteriosas a horizontes inesperados y admirables.² ...

En *El Horla*, con la ayuda de su sensibilidad enfermizamente aguda, bajo una forma invasora, brutal, exasperada, pero lógica y deseada, ¡Maupassant ha dejado ver una vez más su bella alma inquieta y triste, y no hay que encontrar ahí otra cosa que el grito habitual de su corazón desesperado y desencantado! Pero el público que siempre le pedía cuentos alegres y lúbricos, con motivo de la aparición del

¹ *Lasitud*.

² *Sobre el Agua*

volumen, sorprendido y decepcionado, le arrojó a la cara la palabra “locura”.

No obstante Maupassant esperaba esta ingratitud, y su ayuda de cámara, François, cuenta que tras haber enviado el manuscrito del *Horla*, Maupassant le dijo:

Antes de una semana, todos los periódicos publicarán que estoy loco.

Que digan lo que quieran, pues estoy sano de espíritu y, al escribir este relato, sabía muy bien lo que hacía. Es una obra de imaginación que impactará al lector¹

Y he aquí, por otra parte, lo que ha tenido a bien escribirnos el íntimo amigo de Maupassant, el Sr. Robert Pinchon:

Dos o tres días después de la publicación del *Horla* en el *Gil Blas* del 26 de octubre de 1886, yo almorzaba con Maupassant. Hablamos de su último relato y, como yo le dije que iba a revolucionar más de un cerebro, él emitió una carcajada, franca, sana, que atestiguada que, en lo que a él se refería, no tenía el cerebro trastornado. Le aseguro que, en la intimidad de nuestra cita, no observé ninguna preocupación en su espíritu en relación al tema macabro que acababa de tratar. Ahora bien, en el caso contrario, él no hubiese dejado, para tratar de convencerme, de insistir en la idea que supuestamente lo hubiese dominado, como ocurre a aquellos que se dedican a los estudios de ocultismo y que se someten a su persistente influencia. Él no hizo nada de eso. Y en consecuencia continuó trabajando con la más grande libertad de espíritu en temas completamente distintos. Pues algunos días después del *Horla*, aparecía en el mismo periódico, el 9 de noviembre, una de sus historias más francamente cómicas, *el Pozo*, que usted podrá leer en el mismo volumen que contiene *El Horla*.

Usted sin duda pensará como yo que no se trata de la obra producto de una imaginación que lo « sobrenatural » comienza a desmoronar.

¹ En François, *loc. cit.*, p. 93

Por añadidura, como se verá, y no hay necesidad de subrayar la importancia de esta constatación, la prueba viene dada porque la primera idea del *Horla*, es decir la concepción del cuento, esta concepción calificada de delirante e incluso demencial, no se debe a Maupassant. Por el contrario, le habría sido sugerida, pues, Maupassant después de haber mantenido una conversación entre colegas, se habría decidido finalmente a extraer de ella un cuento.

He aquí, en efecto, lo que se puede leer en el *Diario* de los Goncourt:

Fue Porto-Riche quién dio a Maupassant la idea del *Horla*, y éste quedó un tanto preocupado cuando se sugirió en su presencia que ese relato constituía el comienzo de la locura de Maupassant. Si este relato es de un loco, dijo él, el loco soy yo.

Y he aquí, finalmente, lo que nos ha escrito el propio Sr. de Porto-Riche:

Yo no proporcioné a Maupassant la idea del *Horla* en el sentido estricto de la palabra.

En todo caso el tema de ese relato fue elaborado entre él y yo, y debo añadir, lo que es rigurosamente verídico, que un gran número de sus cuentos macabros o melancólicos le han sido sugeridos por mí. Siempre me ha gustado lo fantástico (pongo por testigo a mis primeros libros). Y el deseo de ver realizar por un hombre de talento, historias que yo no hubiese terminado sin duda o que hubiese escrito mal, me llevaba a ofrecerle (a imponerle a pesar de su resistencia) todas las extravagancias de mi imaginación. Maupassant, por lo demás, ha inventado poco y nosotros le aportábamos todos los temas de los que él sabía sacar un partido maravilloso. ¡Pobre Maupassant!

A la luz de estos documentos puede verse que *El Horla* no es el amplio lamento de un demente, sino un cuento lógicamente construido sobre una idea que se presta a bonitos

desarrollos y que además no son debidos probablemente a Maupassant. Pero éste la revistió completamente del velo negro de su pesimismo y de su neurosis¹

¹ Leer, respecto al *Horla*, el interesante estudio del Dr. Bajenow, *loc. cit.*

CAPÍTULO V

Estudiando a Guy de Maupassant, en su vida y en su obra, no han sido tenidos en cuenta hasta el momento los hechos acaecidos a partir del 1890. Este año marca, en efecto, una fecha en la vida de Guy de Maupassant en tanto que es la primera en la que se encuentran señales más o menos seguras de la terrible enfermedad que va a llevarse consigo al gran narrador.

Esta enfermedad fue una parálisis general. No hay la menor duda, y los médicos que trataron a Guy de Maupassant constataron todos los evidente síntomas de esta afección. Pero hay algunos hechos interesantes que investigar, y en primer lugar importa saber cuando comienza la enfermedad, cuando Maupassant se volvió realmente alienado en el sentido exacto de la palabra.

La dificultad surge de inmediato, pues nos encontramos en presencia de una afección sobrevenida en un degenerado, es decir en un sujeto pudiendo presentar anteriormente, y presentándolo de hecho en el caso de Maupassant, síntomas que por su expresión clínica, pueden ser efecto tanto de la degeneración como de la enfermedad. Ha sido ya necesario por otra parte hacer esta distinción con respecto a la opinión del Sr. Lagriffe que sitúa el comienzo de la parálisis general diez años antes de la muerte de Maupassant. Pero si se quiere acusar a la parálisis general de todos los síntomas psíquicos encontrados, enseguida resulta imposible detenerse en esta vía y se podría por tanto muy fácilmente remontar mucho antes los inicios de la enfermedad.

El porpio Dr. Lagriffe, pensando en la pesada carga hereditaria de Maupassant, lo manifiesta con claridad meridiana:

La enfermedad, dice él, habría pues durado al menos diez años; nada sería más fácil que hacer remontar su inicio más atrás, si quisiéramos utilizar el caso Maupassant para satisfacer las necesidades de una causa: la larga evolución de la parálisis general en los enfermos congénitos¹

No se podría decir mejor de otro modo, y otros médicos, como se verá, han ya entrado en estos derroteros, haciendo remontar la parálisis general más de tres años antes de la época admitida por Lagriffe.

Pero es realmente demasiado simple tomar, en el caso de Maupassant, sus evidente cambios de carácter por indicios de parálisis general, teniendo en cuenta que Maupassant, debido a su robusta constitución y a su degeneración, fue toda su vida, a la vez triste y alegre, exuberante y dichoso un día y desesperado al día siguiente, pervertido e impulsivo ahora y tierno y enamorado a después, escéptico y lleno de piedad, perdiéndose en el desierto y temiendo la soledad, en otros términos, un « hipersensible » y no un impasible, no un indiferente sino un « quisquilloso ».

Obsesiones, alucinaciones, fobias, perversiones, impulsiones, constituyen el lote de los degenerados. ¿Por qué querer atribuir al Maupassant degenerado esos síntomas que además no presenta más que bajo una forma relativamente atenuada, a la parálisis general, sobre todo cuando no se manifiesta en ninguna parte este síntoma capital, primordial y necesario: el debilitamiento intelectual ?

Es precisamente a esa búsqueda a la que hay que dedicarse, a la búsqueda, queremos decir, de ese momento fugitivo en el

¹ Lagriffe, *loc. cit.*, p. 38

que Maupassant dejase escapar una frase, un gesto, una línea, denotando la ausencia de medida y mostrando que ha perdido el control de su pensamiento. Y se ve entonces que, si es muy difícil precisar exactamente el debut de la enfermedad, es sin embargo imposible datarla absolutamente antes del año 1890.

En el transcurso de los años 1888 y 1889, hay que señalar sin embargo algunas particularidades dignas de ser anotadas desde el punto de vista de un posible inicio de la parálisis general. Con el año 1888 comienza el primer acto de una serie de procesos judiciales que se instruyeron en 1890 y 1891. El del año 1888 había sido una denuncia interpuesta por Maupassant al director del *Figaro* por recortes hechos sin autorización a un artículo escrito por Maupassant en ese periódico¹. Se verá posteriormente lo que da que pensar este hecho.

El libro de François menciona igualmente durante el año 1888, numerosas migrañas: « Desde la víspera, mi señor está afectado de una espantosa migraña de la que no puede librarse ²», luego en otra ocasión: « El señor ha tenido algunas migrañas y no ha podido dormir durante varias noches ³... »

Durante el año 1889, se produce todavía un recrudecimiento de las migrañas que es mencionado:

He tenido aún terribles migrañas que me han impedido trabajar en absoluto, pero el clima de Túnez me resulta muy beneficioso.

Escribe otra vez:

Hoy, apenas he llegado a Etretat, he sido presa de migrañas, de debilidad, de impaciencia nerviosa. El trabajo me resulta del todo

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 426.

² En François, *loc. cit.*, p. 144.

³ *Idem*, p. 157.

imposible. Desde que escribo diez líneas ya no sé lo que hago, mi pensamiento huye como el agua de una cisterna. El viento aquí no cesa y yo nunca permito apagar la chimenea¹.

El profesor Pierret, que tuvo a menudo ocasión de ver a Maupassant durante el año 1889, recibió también sus quejas en relación con sus migrañas, pérdidas de memoria, reumatismos, trastornos digestivos y la imposibilidad absoluta de entrar en calor. « Mi atención, nos dijo, se había despertado intensamente por el hecho de que el hermano de Guy de Maupassant estaba internado en Bron por una parálisis general. También recibía yo a este último con gran interés e incluso en los ambientes periodísticos, cuando teníamos por ejemplo, la ocasión de cenar juntos, aún a mi pesar me esforzaba por encontrar en sus ojos o en sus palabras algún indicio de parálisis general. Nunca encontré ninguno, del tipo que fuese, ni físico ni intelectual. Por el contrario, Guy de Maupassant me daba la impresión de ser un hombre reservado, muy dueño de sí mismo, de una gran belleza física y en plena posesión de una notable inteligencia.»

Respecto a la estancia de Maupassant en Lyon, he aquí una anécdota poco conocida. A la muerte de su hermano Hervé, Maupassant rogó al alcalde del municipio de Bron, con tal ardor y elocuencia, no hacer seguir el apellido de su hermano con la mención: fallecido en el manicomio, que, desde esa época, dicha mención no se ha vuelto a consignar para ningún enfermo² en el libro de defunciones del municipio de Bron.

Durante el año 1890, Maupassant se queja sobre todo del ruido que se hace a su alrededor y que le impide « dormir e incluso trabajar ». Amenaza al propietario de su vivienda con una denuncia. « El panadero cuyo ruido le incomoda, está

¹ En Connard, *loc. cit.*, t.I., p. 164.

² G. Brémont. *Lyón Républicain*, 25 de agosto de 1909.

aliado con el propietario¹». Ese mismo año, intenta interponer una demanda al editor Charpentier porque éste había puesto su retrato, sin su autorización, en las primeras páginas de una edición de las *Veladas de Médan*, al igual que el de los demás autores.

Al mismo tiempo la salud de Maupassant empeora y su delgadez sorprende a sus amigos. « Estoy impactado, escribe Edmond de Goncourt, el 23 de noviembre de 1890, de la mala cara de Guy de Maupassant, de su delgadez, del color rojizo de su piel, del carácter tan marcado, como se dice en el teatro, que ha adquirido su persona e incluso de la malsana fijeza de su mirada²...»

Y el mismo día, Pol Neveux, vacilaba a la hora de reconocer a un Maupassant delgado y tiritando.

En el mes de mayo de 1890, Maupassant escribe a su madre que sus trastornos visuales aumentan, y añade:

Se me prescriben ventosas secas a lo largo de la columna vertebral entre cada insomnio acompañado de pesadillas. Eso calma instantáneamente.

El mismo año va a Plombières donde padece neuralgias oculares; luego pasa unos días en Aix, para finalmente ir a buscar un clima cálido en África hacia finales de año.

Con toda seguridad hay que situar hacia esta época una conversación entre Maupassant y Maurice Talmeyir, que éste último nos cuenta así: « En una velada, una mano se posó sobre mi hombro, y un caballero envejecido, aunque joven, muy arrugado y cubierto de joyas, me decía sonriendo cuando me di la vuelta:

– «¿No me reconoce?...»

¹ En Lumbroso, *loc. cit.*, p. 439

² En Lumbroso, p. 182.

«Lo reconocía perfectamente, pero había cambiado mucho, delgado, amarillento, estaba casi como disecado. Solamente, rojas y tristes, bajo su sonrisa, los ojos eran siempre los mismos, y me decía llevándome aparte:

–«Querido amigo, ¡no ingiera nunca antipirina!... Ha sido la antisiria la que me ha dejado en el estado en el que usted me encuentra... Tenía que entregar tres cuentos por semana al Gil Blas, dos bajo mi firma, uno bajo el seudónimo de Maufrigneuse, y continuas y atroces migrañas me invadían constantemente, precisamente los días de trabajo... Entonces, invariablemente, me administraba una pastilla de antipirina, y automáticamente me ponía en forma... Lamentablemente, este hábito me ha matado... Ahora experimento trastornos cerebrales, ausencias... Cuando escribo, las palabras más comunes no me vienen a la mente... Es la afasia, es espantoso... Así que, jamás, jamás tome antipirina¹...»

El libro de François contiene algunas informaciones más.

«Cuando mi señor regresó a París (marzo de 1890), lo encontré más cansado que al regreso de nuestro viaje a Italia²... El señor está mejor pero no bastante bien, según me dijo, para acometer los últimos capítulos de *Nuestro Corazón*. El ruido de la panadería le impide dormir por la noche³... Tengo dolores en las articulaciones, dijo en otra ocasión Maupassant; a partir de mañana comenzaré una serie de baños de vapor⁴... El Sr. de Maupassant, al mismo tiempo que su serie de duchas, seguía una cura a base de uvas blancas⁵... ». El 4 de agosto de 1890, «Mi señor camina cojeando cada vez mas; va un extremo al otro del salón, que es muy largo, mira

¹ *La liberté* (*loc. cit.*)

² En François, *loc. cit.*, p.223.

³ *Id.*, p. 224.

⁴ *Id.*, p. 227.

⁵ En François, p. 232.

por la ventana y se frota los ojos, los tiene muy rojos¹...». « ¡Es tan bueno el trabajo, dijo una vez Maupassant, cuanto uno se encuentra bien²!»

Guy de Maupassant escribió aún tres volúmenes durante el año 1890: *Nuestro Corazón*, *La Inútil Belleza* y *la Vida Errante*.

Con el años 1891, la enfermedad se precisa y se agrava. Tal es así que en marzo de 1891, Guy de Maupassant escribe a su madre la siguiente carta:

Querida madre,

...Encárgate de alquilarme un pequeño alojamiento para mí, no demasiado cerca del mar; partiré tal vez hacia el 20 de marzo si lo encuentras.

Este invierno polar ha sido espantoso; todo mi jardín de Étretat se ha marchitado, los laureles han muerto todos.

A principio de primavera deseo ir a trabajar al sur, caminar y navegar, para acabar mi novela hacia mayo. He escrito muy poco, pero será breve, para descansar a continuación.

Sé que tenéis en este momento un tiempo magnífico por aquí. En París hace buen tiempo, pero todavía no se siente del todo el despertar de la tierra³.

Algunos días después, le dirige otra carta donde se lamenta sobre todo del frío y la influenza que acaba de tener.

En ese momento sus ojos no ven bien del todo, y recordemos todas las cartas ya citadas en las que menciona amargamente su incapacidad para escribir.

El Dr. Magitot le decía:

«Usted ha publicado veintisiete volúmenes en diez años, esa tarea sobrehumana ha devorado su cuerpo. Necesita un largo y completo reposo, Señor... Yo le recomendaría mucho

¹ Id. p. 246

² Id., p. 262.

³ En Connard, t.I. p. 168.

aislamiento, en una región muy sana, y sin pensar en nada, no haciendo nada y sobre todo no tomando ningún medicamento de ningún tipo. Nada más que agua fría.¹»

Del mismo modo, Dejerine le aconsejaba un clima suave y cálido, largo reposo y duchas.

Accediendo a las prescripciones de los médicos, Guy de Maupassant va entonces a Divonne-les-Bains, luego a Champel, y es ahí donde se encuentra con el poeta Dorchain.

« Maupassant, cuenta Dorchain, me dijo un día que había sido expulsado de Divonne por una inundación del lago Léman que había invadido su habitación y por la obstinación del médico que se había negado a administrarle la ducha más dura, más fría, la que se administra a los fuertes, la ducha de Charcot ». Su excitación era extrema... «Observe este paraguas, decía, no se encuentra más que en un único lugar descubierto por mí y ya he hecho comprar más de trescientos iguales entre los allegados a la princesa Mathilde. » O aún: « Con este bastón me he defendido un día por delante contra tres chulos y por detrás contra tres perros rabiosos. » Al día siguiente de su llegada, me contaba al oído la aventura amorosa que había tenido con una bella muchacha de Ginebra dando detalles sobre sus recuperadas fuerzas... Se daba sinfonías de olores... Al cabo de tres días, y al no poder obtener la ducha de Charcot, partió y no nos hemos vuelto a ver².»

Algún tiempo después, encontrándose en Aix-les-Bains, Guy de Maupassant llegó una mañana al apartamento del escultor Boucher y le manifestó fríamente que venía a su casa porque el lago Bourget se había desbordado en su propia habitación.

¹ En Connard, t.I., p.170-

² En Lumbroso, p. 55.

En el mes de octubre del mismo año, rompe relaciones con su antiguo editor y amigo Havard, porque éste no había hecho reeditar a tiempo unos ejemplares de *La Casa Tellier*¹.

En el mes de noviembre, intenta interponer una demanda a un autor americano al que acusa de plagio. Sus cartas son muy violentas y están mal redactadas:

Lo acuso a la vez de robo y falsedad, y tal vez de dos falsedades, y entonces habría que aumentar la indemnización y solicitar la prisión.

Ellos pretenden que existe un contrato del que dan la fecha en su periódico.

Eso es falso, los desafío a que se me envíe la fotografía del texto con mi firma.

Todo esto me parece una complicada canallada.

He sido yo quién ha traído a Francia el violento gusto por el cuento y el relato...

Por ello emprendo este proceso en América, donde pretenden que soy un autor desconocido²...

Con fecha 9 de diciembre de 1891, podemos encontrar en el *Diario* de Goncourt

« Popelin, advertido de que había un comienzo de tartamudeo en Maupassant, no observó este verano ese tartamudeo en casa del novelista en Saint-Gratien, pero quedó impactado de la inverosímil exageración de sus relatos. En efecto, Maupassant hablaba de una visita que había realizado al almirante Duperré, en la escuadra fondeada en el Mediterráneo, y de un número de cañonazos disparaos en su honor y para su placer, cañonazos a cien mil francos, pese a que Popelín le hiciese observar la enormidad de la suma. Lo extraordinario de

¹ En Lumbroso, p., 451.

² En Lumbroso, p. 453 y sq.

este relato es que Duperré dijo a Popelin que en aquella época no había visto a Maupassant»¹.

Por su parte, el Sr. Maurice Talmeyr cuenta es estas emotivas palabras la última entrevista que tuvo con Maupassant:

«El Gil Blas tenía por aquel entonces sus oficinas en la calle Gluck, y un día estábamos allí dos o tres que acabábamos de pasar por la taquilla del cajero, quedándonos a conversar en la sala de la planta baja, cuando un pobre ser flaco y arrugado, un auténtico esqueleto flotando entre sus ropas, con chaleco de satén y un grueso diamante en la camisa, entraba con paso inseguro. Miró un instante a su alrededor buscando vagamente algo con sus ojos dolorosos y enrojecidos, iba también a la taquilla del cajero, dio un golpe seco en la ventanilla, daba su nombre, firmaba su recibo, tomaba el cheque que le entregaban y luego nos lo mostraba con ostentación, agitándolo en el aire y diciéndonos:

– « Caballeros, ¡es un cheque de quinientos francos!... Sí, caballeros, ¡quinientos francos!... ¡Quinientos francos por un artículo!... »

« Y arrugaba el cheque con gesto nervioso, lo doblaba, lo estrechaba meticulosamente metiéndolo en un billetero, nos saludaba y luego salía con su paso vacilante, como si no supiese exactamente donde poner el pie²...»

Al momento se hacía llamar Señor Marqués por su ayuda de cámara y hacía inscribir sus armas en el fondillo de su sombrero.

Todo eso en medio de los mismos sufrimientos físicos:

Estoy tan enfermo que tengo mucho miedo de morirme dentro de algunos días...

Estoy sufriendo mucho (5 de diciembre)

¹ En *Journal* de los Goncourt, t. VIII, p. 287, 288

² *La Liberté* (*loc. cit.*).

Voy de mal en peor, la cabeza me da vueltas y no puedo comer nada¹.

Algunas veces la esperanza de la curación le levantaba el ánimo a pesar de todo:

Hace tanto calor en este momento bajo el sol que penetra por mis ventanas².

Pero la dicha era corta y la esperanza vana; el espantoso lamento volvía a comenzar:

Hay días enteros en los que me siento acabado, ciego, el cerebro agotado y todavía vivo...

No tengo ni una idea con continuidad, olvido las palabras, los nombres de todo y mis alucinaciones y mis dolores me desagarran...

No puedo escribir, ya no veo, mi vida es un desastre³...

Al Sr. de Heredia, le decía:

Adiós, no hasta luego, adiós. Mi resolución está tomada. No me arrastraré más; no quiero sobrevivirme. He entrado en la vida literaria como un meteoro. Saldré de ella como un rayo.

Y he aquí la última carta que conocemos de Maupassant:

Mi querido Sr. Jacob,
Me estoy muriendo. Creo que estaré muerto dentro de dos días. Ocúpese de mis asuntos y póngase en contacto con el Sr. Colle, mi notario en Cannes. Es una despedida que le envío⁴.

¹ En Lumbroso, p. 454, 457, 460

² En Connard, t. I. Carta citada por Pol Neveux, p. 137

³ *Id.*, p. 90-

⁴

« Desde los primeros días del mes de diciembre de 1891, cuenta la Sra. Lecomte de Nouy, Maupassant enfermo mucho tiempo atrás, comienza a salir de su calma. Tenía fiebre, caminaba y hablaba nerviosamente. Una noche, François fue despertado por unas detonaciones y enseguida acudió a la habitación de su señor, encontrándole tranquilamente apoyado en su ventana, disparando su revólver en la noche. Disparaba sin divisar, al azar, creyendo haber oído escalar el muro del jardín¹.»

He aquí algunos detalles que cuenta François sobre la salud de su señor durante el año 1891:

Febrero.— «Hoy durante la salida, el señor me hizo el honor de dejarme llevar el timón durante bastante tiempo. Mientras tanto él acababa una crónica titulada *Un Emperador para le Figaro*. ¡Quién habría pensado entonces, viéndole todavía tan afanado en su tarea, que era la última crónica que escribiría para ese periódico, pues escribió ese relato sin esfuerzo aparente! A partir de ese momento dejó de lado el *Alma extranjera* y ya no trabajó más que en una única obra, su *Angelus*².

Una noche de abril me llamó, se encontraba mal y no quiso que lo abandonase ni un minuto. Le llevé una infusión de manzanilla. Cuando despuntó el sol me encontró todavía a su lado. Sin embrago, por la mañana, se sentía mejor; las molestias habían desaparecido y pasamos la jornada al aire libre como de costumbre.»

Abril.— « Durante las seis semanas que acabamos de pasar en París, mi señor no ha posido ser más razonable, regulando su tiempo para cuidar su salud, sin sustraerse ni un día a su nueva regla de vida. También está mejor e incluso ha recuperado un poco de peso; sobre todo su aspecto se ve mejor. »

¹ Sra. Lecomte du Nouy, *En regardant passer la vie*.

² En François, loc. cit., p. 265.

Julio. – « La cuarta jornada, mi señor la pasó en Luchon, y por la noche, de acuerdo con su médico, decidió no continuar la cura. Los olores de azufre del establecimiento le afectaban el sistema nervioso; si se obstinase a continuar tal vez podría hacerle más daño, según le dijo ese buen doctor español.¹»

«Tras quince días de una calma perfecta, mi señor parece haber vuelto a encontrar su buen humor y su salud de antaño... engorda y su tez es soberbia, duerme sus noches casi enteras².»

Septiembre. – «Mi señor regresa para cenar y parece muy satisfecho..., el doctor G. lo ha encontrado absolutamente bien³.»

19 de octubre. – Me señor está peor, casi se podría decir que ha perdido todo lo que había ganado en su cura de Divonne...

«Los médicos están ahí... Yo escruto con ansiedad la fisonomía del Sr. de Maupassant; el diagnóstico no parece haberle impresionado, pero parece disgustado, tiene su cara de los días malos, camina sin descanso de un lado a otro del apartamento... Una media hora después, me pide que retire una serie de frascos de perfumes de su cuarto de baño: «Todos esos olores me hacen mucho daño.» Durante su cena, me confiesa que tras la reunión con esos caballeros, él no augura nada bueno en relación con su salud en el futuro... Añade que habría necesidad de un largo reposo... y sobre todo de no volver a ver a la dama de mármol que le hace tanto daño... He aquí a mi pobre señor confesándose a mí por completo. Me hace una corta revelación..., esa noche, sin duda, su corazón estaba demasiado saturado...»

Noviembre. – « Mi señor ha retomado su *Angelus*, en el que trabaja con una obstinada lentitud... se queja de dolores por todas partes... ¡Qué raro! Ahora tiene buena cara, incluso

¹ En François, *loc. cit.*, p. 262.

² Id., p. 274.

³ Id. p. 282.

ha ganado peso. A menudo toma baños en casa y todos los días su ducha en el balneario. Su apetito es satisfactorio y regular. Me ha dicho dos o tres veces que me había excedido con la sal demasiado; pero no rechazaba el plato por eso¹...»

«En conjunto, la situación me parece buena, exceptuando las noches. Mi pobre señor nunca puede disfrutar de un sueño regular antes de las tres de la madrugada. Si consigue dormir antes, estoy seguro de que al cabo de dos horas me llamará.»

6 de diciembre. – «Esta tarde, se ha ido al mar con el Dr. Daremberg, que ha venido hoy a almorzar con él. Han reído recordando episodios de su juventud. Yo observaba que el doctor se esforzaba haciendo recordar súbitamente al Sr. de Maupassant ciertos detalles par ver si éste respondía enseguida y directamente, pero no puedo coger ni una sola vez desprevenido a mi señor.»

26 de diciembre. – «Durante la tarde, mi señor me dijo que iba a dar un paseo por la ruta que va a Grasse. Diez minutos más tarde, estaba de regreso; yo estaba ocupado en mi aseo. Me llamaba muy fuerte, quería verme a todo trance y enseguida, para decirme lo que había visto en el camino del cementerio. ¡Una sombra, un fantasma! En cualquier caso, había sido víctima de una alucinación cualquiera. Yo me di cuenta que había tenido miedo, pero no quiso confesarlo.»

«El 27, almorzando, tosió un poco; me dijo muy seriamente que seguramente un trozo del filete de lenguado que acababa de comer había pasado a sus pulmones y que podría morir por ello. Mi corta ciencia no me permitía tomar en serio esa afirmación. Me limité a aconsejarle beber té muy caliente. El resultado fue bueno; una hora después, bajaba por el camino que conduce al puerto y daba un bonito paseo sobre su *Bel-Ami*. ¡Yo seguramente estaba muy lejos de pensar que ese sería el último! Regresó hacia las 5, bastante contento, pero cansado.

¹ En François, p. 289.

Un buen masaje lo puso a tono; descansó esperando la cena y comió como de costumbre.

«Por la noche, Raymond me dijo que el señor había tenido dificultades en subir al barco y en desembarcar; era visible que sus piernas ya no le obedecían. Por momentos las levantaba demasiado en alto o las posaba demasiado aprisa. Se me había quejado ya de esa dificultad en moverse.

« El 28, como de costumbre, fuimos a Niza a almorzar a casa de la Señora; no ocurrió nada de particular, excepto que mi señor no emitió ni una palabra al regresar de la casa a la estación, y que esa misma noche, en su habitación, no me habló más que de las necesidades del servicio.»

29 de diciembre, 5 de la tarde. – «Mi señor entra en su baño. En ese mismo momento llega su amigo el Dr. Daremberg. Entrando en el cuarto de baño, él le grita: « No saques tus manos del agua, viejo amigo; el corazón está allí, nada de protocolo entre nosotros. ¿Cómo estás? » Dos sonoras carcajadas se cruzaron en el vacío de ese cuarto sin muebles.

«Cuando ese alegre compañero partió, yo lo acompañé hasta la puerta del jardín, y más o menos me dijo lo siguiente: «Su señor es de una complexión muy fuerte, pero está afectado de una enfermedad que no respeta el cerebro. Pues bien, acaba de relatarme su viaje por Tunicia con una facilidad increíble, citando fechas, nombres de personas vistas, sin pensar, sin una duda. Todo eso le viene espontáneamente, sin dificultad; me ha hablado como alguien que no tiene nada que temer de aquí en mucho tiempo. Así pues, paciencia y valor, mi buen François.»

30 de diciembre. – «Tenemos encima las montañas del Estérel, y sobre toda la parte oeste del cielo, una aurora boreal de las más imponentes... El Sr. de Maupassant parece dichoso de vivir. » «Jamás, dice él, he visto semejante magia en el cielo, esto no se parece en nada a las auroras boreales anaranjadas que he contemplado en otros lugares. Fíjate, ¡es rojo sangre! » El señor trata de hacerme comprender como se

producen esos fenómenos luminosos compuestos en una gran parte de electricidad y de fluido magnético que se encuentran en las proximidades de los polos.

«El último día de diciembre, me dijo que había dormido mejor que de costumbre. Cuanto hubo tomado sus huevos y su té, me advirtió que vendría un amigo a almorzar, el Sr. Muterse, y que haría su aseo temprano, para ir a tomar su ducha y regresar antes de la llegada de su invitado. A las doce y media, se sirvió la mesa, pero el señor tenía dolor de cabeza y pronto pidió permiso para retirarse a su habitación, haciéndosele penosa la conversación.»

«Hacia las tres, mi señor se encontré mejor¹».

Algunos días antes, con ocasión del 25 de diciembre, Maupassant cenaba en las Islas Santa Margarita con dos amigas, ¿Qué ocurrió ahí? Al día siguiente, las dos amigas huyeron.

Entre tanto, había redactado un testamento que parece haber contenido unas cláusulas contradictorias y ese mismo año 1891 fue también el primero en el que Maupassant no publicó ningún volumen.

El 1 de enero de 1892, y a instancias de su ayuda de cámara, Maupassant va a cenar con su madre a la que abraza, «con una efusión extraordinaria y con los ojos llenos de lágrimas²». No se observa en él ninguna exaltación, pero en la mesa Guy divaga. «Cuenta que había sido prevenido por una pastilla de un acontecimiento que le interesaba. Ante el asombro del auditorio, él se volvió a sentar. A partir de ese momento, estuvo triste y la cena acabó en un inquietante silencio³».

Luego Maupassant partió hacia su casa, se acostó y despidió a su ayuda de cámara. Cuando éste regresó, llamado

¹ En François, p. 289, 293.

² En Lumbroso, p. 119.

³ En Lumbroso, p. 76

repentinamente mediante «terribles aullidos de dolor » que emitía su señor, lo encontró, con el cuello sangrando y en la mano con un cortapapeles con el que se había intentado degollar.

Pronto se comprobó que había intentado hacer uso de su revólver, pero unas manos prudentes habían retirado las balas con anterioridad. Luego fue presa de tal crisis de furor que fueron necesarios tres hombres para reducirle y algunos días después, estaba en camino del hospital del Dr. Blanche¹.

He aquí los emotivos detalles que proporciona François sobre esta decisiva jornada del 1 de enero de 1892:

« Mi señor está levantado desde las siete, le subo su agua caliente para su aseo, pues debemos tomar el tren de las 9 para ir a casa de la Señora, pero tiene dificultades para afeitarse. Me dice que tiene una niebla ante los ojos, y que, por el momento, no se siente con ganas para ir a casa de su madre... Llega el cartero; lee algunas cartas con deseos de un feliz año nuevo, siempre los mismos, me dice... A las 10, el señor me pregunta si estoy listo para partir, «pues, añade, si no vamos, mi madre va a creer que estoy enfermo ». Tomamos el tren. Durante el recorrido, el Sr. de Maupassant mira el mar por la ventanilla; esta hermoso y azul, bajo un cielo muy puro, con un buen viento del este. Me hace observar que ese tiempo soleado sería admirable para navegar. Luego, aún atento al espectáculo, me pide que eche una ojeada a los periódicos y le diga si veo algo que pueda interesarle. Una vez en casa de la señora, hago y sirvo el almuerzo, mi señor pareció tener buen apetito... A las 4, el coche viene a recogernos; yendo hacia la estación, compramos una gran caja de uvas blancas para continuar con la cura habitual. Ya en casa, el Sr. de Maupassant se cambia de ropa, pone una camisa de seda para estar más cómodo, luego cena, como de costumbre, una ala de pollo, crema de achicoria

¹ Todos estos detalles están extraídos del libro del Sr. Lombroso y de *En regardant passer la vie*.

y un suflé de arroz avainillado, todo regado con un vaso y medio de agua mineral. Hasta cerca de las 10, camino de un extremo al otro del salón y del comedor; de vez en cuando, llega hasta la cocina, cuya puerta ha quedado abierta. Apenas nos dirige una palabra ni a Raymond y a mí... A las once y media se acostó. Sentado en mi silla baja de la habitación contigua, esperaba que se durmiese. Tras haber tomado su taza de infusión, comió unas uvas y cerro los ojos; eran las doce y media. Me retiré a mi habitación dejando la puerta abierta. Eran aproximadamente las dos menos cuarto cuando oí un ruido; corrí hacia la pequeña habitación al lado de la escalera encontrándome al Sr. de Maupassant de pie, con la garganta abierta. De inmediato me dijo: «Mira, François, lo que he hecho. Me he cortado la garganta, esto es un caso de absoluta locura ...»

« Llamé enseguida a Raymond. Acostamos a mi señor sobre la cama de la habitación de al lado e hice una primera estimación de la herida... Mi pobre señor estaba absolutamente tranquilo y no pronunció ni una sola palabra en presencia del doctor. Cuando el médico se hubo ido, nos manifestó todo su pesar por haber hecho una cosa semejante y por causarnos tantas molestias. Nos dio la mano a Raymond y a mí; quería pedirnos perdón por lo que había hecho, valorando toda la magnitud de su desgracia; sus grandes ojos abiertos se fijaban en nosotros como para pedirnos algunas palabras de consuelo, de esperanza tal vez... Por fin su cabeza se inclinó, sus párpados se cerraron y se quedó dormido... Cuando se despertó a las ocho, yo estaba convencido de que estaría mejor... Llegó Bernard y quedó conmocionado viendo a nuestro enfermo; ahora había palidecido de un modo espantoso. Yo le tomaba la mano para ver si tenía fiebre; pero no, estaba fresca. Le pregunté si quería tomar té, puesto que era la hora; apenas me respondió; le presenté un caldo de gallina que aceptó... A mediodía todavía continuaba en un estado de

completa postración, indiferente a todo; su calma me daba miedo... A las ocho de la noche se levantó para decirme súbitamente, con una animación febril: «François, ¿estás listo? Partimos, la guerra ha sido declarada.» Yo le respondí que deberíamos esperar al día siguiente. «¡Cómo! exclamó, estupefacto por mi resistencia, ¿eres tú quién quiere retrasar nuestra partida, cuando es de la mayor urgencia actuar lo antes posible? Siempre hemos estado de acuerdo en que, para la revancha, marcharíamos juntos. Sabes bien lo que hay que hacer a cualquier precio, y lo haremos. » En efecto, él me había hecho jurar seguirle en caso de guerra con Alemania.

«... Al día siguiente llegó el enfermero enviado por el hospital del Dr. Blanche.¹»

He aquí ahora algunas informaciones sobre los dieciocho meses que Maupassant pasó en la residencia del Dr. Blanche:

«Hacia el 20 de abril, yo cuidaba al Sr. de Maupassant, ayudado por los enfermeros, con la firme esperanza de que éste acabase curado. Su salud física era buena, su ánimo también me parecía muy mejorado. Apenas algunas alucinaciones venían a turbar su descanso. A veces le gustaba contarnos anécdotas divertidas, con ese verbo inimitable que yo le conocía y se encontraba dichoso viéndonos reír a su guardián y a mí.

Una noche de abril yo estaba absorto escribiendo a la Señora, su madre. De pronto me reprochó haberlo sustituido en el periódico *le Figaro*, y haber mediado por él en el cielo. Añadió: Te ruego que te retires, no quiero volver a verte.

« Octubre. – Hoy, hace mal tiempo y el Sr. de Maupassant pasa su tiempo en el salón jugando al billar.

« El lunes de Pascua, 3 de abril de 1893, yo estaba en el jardín con mi señor y su enfermero. Había adelgazado mucho durante este largo invierno, y su caminar era menos seguro.

¹ En François, *loc. cit.*, p. 294, 295, 296, 297, 298, 299

Nos sentamos en un banco, bajo un castaño cuyas hojas nuevas dejaban filtrar los rayos del sol.

« A pesar de todo, el enfermo experimentaba todavía la satisfacción de ver el renacer de la naturaleza; admiraba ese bonito césped verde tierno que se extendía ante nosotros y relajaba nuestra vista. Le hice observar la belleza de un pequeño arbusto que ya tenía una corona de flores casi blancas. Me respondió: Sí, ese arbolillo está bien, pero no es comparable a mis álamos blancos de Étretat, sobre todo mecidos por el viento del oeste. »

El Sr. Lumbroso cuenta los siguientes detalles: « Maupassant decía a su guardián: «Plantemos esto aquí, el año que viene encontraremos pequeños Maupassant.» Se paseaba siempre en el patio delantero y gritaba continuamente a un enemigo invisible con el que quería batirse. Gritaba: uno, dos, tres, como en un duelo, y, por la noche, hablaba de millones y de pederastia.

« Se le aplicaban duchas y baños. Jugaba al billar y, de vez en cuando, cerraba los ojos para componer rimas y versos¹.»

El *Diario* de los Goncourt contiene estas informaciones con fecha 3 de febrero:

«Esta noche, en casa de la princesa Clotilde, hemos recibido malas noticias de Maupassant.

Mantiene siempre la creencia de estar salado.

Se cree objeto de las persecuciones de los médicos, que lo esperan en el corredor para inyectarle morfina, cuyas gotas le provocan agujeros en el cerebro. Tiene la idea fija de que se le roba, que su sirviente le ha sustraído 6000 francos, 6000 francos que al cabo de algunos días se convierten en 60.000 francos...

«Maupassant hablaría todo el día con personajes imaginarios y únicamente banqueros... Tiene el aspecto de un auténtico loco con la mirada perdida y la boca sin firmeza¹»

¹ En Lumbroso, p. 96, 97.

He aquí algunos detalles más:

« Pasaba horas enteras en el jardín de la residencia, mirando las flores y las plantas. Se veía atraído de un modo especial por todos los fenómenos de la vegetación. Veía una oscura vida en esas flores y en esas plantas y expresaba esa visión con frases infantiles y una tristeza infinita...»

«Con frecuencia estaba preocupado de la profundidad de la tierra y del perjuicio que los ingenieros le infligían. Esta idea se repetía a menudo, como una cantinela...: « Aquí están los ingenieros, los ingenieros que excavan la tierra, los ingenieros aque horadan...»

Se hubiese dicho que sufría viendo esos profundos desgastes hechos en el seno de la buena madre común y de ver cosas oscuras venir hacia la luz interrumpiendo la paz de un modo imprevisto... Sus últimas palabras son como una confesión y un deseo: « ¡Tinieblas! ¡oh! ¡tinieblas²! »

Murió el 6 de julio de 1893, tras una serie de crisis epilépticas, de las cuales las últimas lo sumieron en un coma del que ya no salió.

Así pues Guy de Maupassant publica todavía tres volúmenes durante el año 1890, deja de escribir durante el año 1891, es internado en un hospital a principios del año 1892 y muere en 1893.

¿En qué momento, retomando paso a paso la historia de su enfermedad, se pueden fijar las primeras manifestaciones?

¿Debemos reconocerlas en el proceso que intenta llevar a cabo Maupassant en 1888 contra el director del *Figaro*, y, en las dificultades que dice experimentar durante el año 1889 en relación con su trabajo intelectual?

¹ *Diario* de los Goncourt, t. IX.

² Diego Angeli (Didacus), citado por Lumbroso, p. 516.

En primer lugar, en lo referente a la demanda judicial, no hay que olvidar que si Maupassant se indignó por el recorte del artículo que se hizo sin su permiso, fue porque dicho artículo tenía a sus ojos un valor muy especial. En efecto, no era otra cosa que el prefacio de *Pierre y Jean* que como se sabe contiene la doctrina literaria de Maupassant. Si se tiene en cuenta que era una de las escasas veces en las que Maupassant explicaba su concepción de la novela, que en consecuencia le daba mucha importancia, que la aparición de *Pierre y Jean* había sido especialmente retrasada durante ocho días para que el artículo resultase inédito y que finalmente, el proceder del *Figaro* tal vez hubiese sido un poco insolente hacia una personalidad tal como la de Maupassant, hay que convenir que el autor tenía alguna razón para estar enfadado.

«Concedo, escribía Maupassant, con o sin razón, una gran importancia a este estudio, pues en él se expresa lo que pienso sobre la novela y responde a críticas que a menudo me han sido dirigidas¹». Por otra parte hay que añadir inmediatamente que el juicio no tuvo lugar y que Maupassant, que veía en este asunto una cuestión artística más importante aún que una estricta cuestión de derecho² », se prestó de buen grado a un arreglo amistoso.

Es bueno recordar también que Maupassant estaba muy fatigado físicamente por esa época, que su hermano comenzaba a ser motivo de serias preocupaciones. Tal vez esas simples razones fuesen suficientes para explicar una susceptibilidad que muchas otras personas encontrarían muy legítima.

En lo referente a las dificultades experimentadas por Maupassant en su trabajo intelectual, debe ser subrayado en primer lugar que Maupassant asocia su imposibilidad de trabajar a sus migrañas.

¹ En Lumbroso, p. 422.

² En Lumbroso, p. 426.

Todavía tengo terribles migrañas que me impiden trabajar de un modo absoluto... soy presa de migrañas, de debilidad, de impaciencia nerviosa... mi pensamiento huye como el agua de una cisterna...

No hay que olvidar que esas migrañas eran migrañas oftálmicas, con fenómenos de parálisis en el lado del ojo izquierdo, derivando en trastornos extremadamente molestos de la visión y de la memoria, así como Maupassant nos indica en *Sobre el Agua*, y como ha contado el profesor Pierret. ¿Desde entonces es absolutamente necesaria la presencia de la parálisis general para explicar las alteraciones psíquicas momentáneas que pueden también explicarse por el hecho de migrañas desembocando en crisis cada vez más próximas entre sí? ¿Acaso Maupassant no dice simplemente: «He tenido todavía terribles migrañas que me han impedido trabajar de un modo absoluto»? Y el profesor Pierret, que vio a Maupassant durante ese mismo año de 1889, que constató por sí mismo esas crisis amnésicas, ¿no las ha considerado solamente como trastornos psíquicos de un migrañoso, y sin que su opinión haya sido después modificada en nada por la evolución posterior de una parálisis general? ¿Incluso, al contrario, como veremos, su opinión no ha sido fortalecida? Considerando que las migrañas de Maupassant aumentaron violentamente de frecuencia durante el año 1889 y que, muy graves ya antes por los fenómenos paralíticos sobreañadidos, adquirieron, durante ese mismo años, una intensidad hasta entonces desconocida, es legítimo admitir que las crisis amnésicas presentadas por Maupassant durante el año 1889 no eran más que complicaciones de esas mismas crisis dolorosas.

No es baladí recordar que, durante los años 1888 y 1889, Guy de Maupassant escribió *Sobre el Agua*, *el Doncel de Madame Husson*, *Pierre y Jean*, que algunos consideran su obra maestra, *la Mano izquierda* y *Fuerte como la Muerte*.

Durante el año 1890, hemos visto sobre todo la presencia de trastornos físicos: insomnios, neuralgias, reumatismos, sensibilidad extrema al frío, adelgazamiento. Maupassant va de Plombières a Aix, de Aix a África, buscando siempre un clima seco y cálido, y tomando más que nunca baños de vapor. Al mismo tiempo, su estómago es cada vez más intolerante, su vista cada vez más fatigada, y la influenza aún va a abatirse sobre el novelista durante el invierno.

El Dr. Lagriffe resume así este periodo:

«Maupassant cambió de domicilio. Fue entonces cuando el trabajo nocturno de un panadero establecido en el segundo subsuelo de la casa, le producía insomnios terribles. Una incesante vigilancia se estableció sobre su domicilio; el panadero estaba aliado con el propietario; ideas persecutorias, ideas de grandeza: Me es imposible dormir e incluso trabajar en el tumulto de esta casa. » Nueva amenaza de demanda, cartas violentas, consultó a un arquitecto experto que le confesó que no había nada que hacer, etc.

«Padecía una incurable influenza y espantosas neuralgias; necesitaba calor tropical¹»

Hubiese sido fácil a Maupassant curarse de sus insomnios, si solamente el trabajo nocturno del panadero hubiese sido la causa; pero al contrario, venía de cambiar de domicilio, precisamente para tratar de encontrar en la tranquilidad un poco de descanso para sus noches atormentadas. Y he aquí como François se expresa en relación con el ruido nocturno que importunaba a su señor y que Lagriffe tal vez no haya valorado lo suficiente: «Todas las noches ascendía del subsuelo un estrépito que hubiese despertado sin dificultad a un sordo²», luego François explica la génesis del proceso: «Entonces, se hicieron gestiones y más gestiones con el arquitecto que había alquilado ese apartamento a mi señor. No se puede obtener

¹ En Lagriffe, p. 23.

² En François, p. 218.

nada razonable. Fue necesario actuar por las vías judiciales. El 18 de diciembre, el señor vio como el Tribunal nombraba a un perito que debía pasar parte de la noche en el apartamento para proceder a una verificación¹.»

Lo que así fue hecho, y el perito dejó sobre la mesa una nota así redactada: constatación de ruidos más que suficientes². Gracias a esa nota, Maupassant obtuvo la rescisión de su contrato de arrendamiento. Por otra parte hay que notar que cuando Maupassant exclama: «El panadero está aliado con el propietario », sencillamente se refiere, y así lo manifiesta quién lo representa, a unas palabras de su sirviente³.

Se debe reconocer que Maupassant, padeciendo continuos insomnios, buscando un domicilio únicamente para poder dormir, recibiendo al respecto todas las garantías del propietario y comprobando a continuación todas las noches, «un estrépito que despertaría a un sordo », todavía esta vez tuviese alguna razón para quejarse, y no parece que ese proceso pueda ser considerado como un signo de parálisis general.

En relación con un segundo proceso judicial, durante ese mismo año contra el editor Charpentier, porque éste último había publicado el retrato de Maupassant sin su autorización, hay que hacer una observación interesante, y es que un paralítico general, sobre todo un paralítico general en el que se observan además ideas de grandeza, hubiese estado muy satisfecho viendo su imagen en la primera página de una edición. Por el contrario, Maupassant se indignó, y sobre este punto era consecuente consigo mismo, pues siempre había intentado que el público no supiese nada de él, « ni siquiera su aspecto ».

¹ En François, p. 218.

² Id., p. 220.

³ En Lumbroso, p. 439.

Sin embargo, es bien cierto que con ocasión de esos dos procesos se reconocen en Maupassant los primeros y auténticos indicios indiscutibles de degradación intelectual.

Realmente hay algo de anormal y excesivo en la forma con la que Maupassant ataca a sus adversarios y defiende su causa. Se produce esta vez un cambio de carácter, que se puede considerar intenso en un hecho banal y cotidiano; ya no se trata de la evolución de un método literario. Maupassant es violento:

Su proceder es incalificable e inexplicable;

Exagera su fama:

He rechazado al *Monde Illustré*, a diez periódicos, a *l'Illustration*.

E incluso exagera sus derechos:

Le advierto que de entrada solicito el secuestro de esa agua fuerte de Champ-de-Mars, para ser destruida a continuación¹.

Cada vez más, las cartas están escritas con torpeza, poco cuidadas desde todos los puntos de vista: fondo y forma. Esta vez Maupassant vigila menos las ideas que emite y las palabras que escribe.

Hay que señalar una vez más aquí la importancia etiológica de las repetidas congestiones a las que está sometido el cerebro de Maupassant por el hecho del redoblamiento de sus migrañas y también el de sus reumatismos que se exasperan, de sus molestias estomacales que aumentan, agravando la auto intoxicación permanente resultando de su temperamento artrítico.

¹ En Lumbroso, p. 444, 446.

Y mañana, la gripe, « enfermedad infecciosa, dice Ballet, que afecta por lo común al sistema nervioso », va a producir a su vez, sobre ese lugar de menor resistencia que es el cerebro de Maupassant, saturado de éter y lesionado por veinte años de migrañas, sus lesiones propias de meningoencefalitis aguada, que serán como un latigazo sobre las lesiones de evolución más lenta de la meningoencefalitis específica, ya en evolución.

Así se mezclan en ese momento todas las causas, como se mezclan todos los síntomas; así, para producir y acelerar la parálisis general de Maupassant, se confunden a la vez la infección, las intoxicaciones y la degeneración, de tal modo, que situándonos solamente desde el punto de vista de las lesiones producidas desde la juventud del escritor por las migrañas, nos es casi posible decir con Lagriffe, que la parálisis general de Maupassant se inició bastante tiempo atrás.

Con el año 1891, aparecían esta vez síntomas importantes de demencia paralítica. Es así como hay que considerar los episodios delirantes contados por Dorchain, con las ideas de grandeza que han sido referidos: la ducha de los fuertes, los trescientos paraguas, el ataque de los chulos, incluso la referencia de los Goncourt sobre los cañonazos del almirante Duperré.

No hay ninguna razón para dudar de la exactitud de estos relatos, aunque resulte ligeramente asombroso que se hubiese dejado a Maupassant sin internar, cuando ya decía palabras tan insensatas.

Hay que considerar desde el mismo punto de vista los dos procesos incoados a Havard y al editor americano; ahí Guy de Maupassant muestra una irritación realmente patológica.

El Dr. Lagriffe ha examinado excelentemente dos cartas de Maupassant que registran fielmente todas las recaídas del cerebro que las dictaba.

Respecto de una carta en la que Maupassant cuenta una consulta de Dejerine, Lagriffe se expresa así: «No tiene la

forma regular de los escritos anteriores de Maupassant, la escritura es un poco temblorosa, la pluma se cuelga por momentos, hay vacilación, tachaduras, faltas de ortografía, las letras están mal formadas, se intuye el esfuerzo físico e intelectual de un hombre que ya no es dueño de sí; al final de la carta, la fatiga es notable. Se encuentra, allí también, algunas ideas de grandeza en relación con su obra teatral *Musotte*, que el extranjero y provincias se disputaban. «Obras dramáticas, decía él a Jacques Normand, su colaborador para *Musotte*, podría hacer tantas como quisiera... Piense usted que además de mis novelas... he publicado más de doscientos relatos que, todos o casi todos, ofrecen un tema dramático » Y a V. Koning, director del Gymnase: Ha tenido usted un éxito con el menor de mis relatos. Ahora bien, he escrito 120 relatos al menos que valen más que éste, así pues son 120 éxitos que se le escapan, es decir una fortuna, años de fortuna que se van. Lo siento por usted¹»

La segunda carta, analizada por Lagriffe, comienza así:

« Algunas palabras tan solo, querida madre, pero no voy lejos y regresaré...», lo que no tiene ningún sentido y que, releyéndose, Maupassant hizo preceder de estas palabras: « Quiero decirte que dejo Divonne dentro de...» Esta carta se presenta mal, está llena de tachaduras, de letras mal delineadas, sobre todo en la primera y cuarta página, el aparato de transmisión se pone difícilmente en marcha, luego, tras un cierto trabajo, se fatiga; la tercera página es, en efecto, con mucho, la mejor escrita. Sin embargo, en esta tercera página, algunas palabras han sido omitidas; Maupassant había escrito: « *Un mot très sage* », lo corrige y escribe: «*Il a répondu un m un mot très sage...*» Al principio de su carta en lugar de « *reviendras* », al principio escribe: «*revierai*», luego «*revienais*» y por último, tacha su torpe intento para escribir correctamente «*reviendras* ».

¹ En Lagriffe, p. 27.

«En «j'y», Maupassant no llega a colocar correctamente su apóstrofe, que está rodeado de puntos indicando los tropiezos de su pluma; escribe al principio *touches* por *douches*, *lide* por *lire*; queriendo escribir Dorchain, escribe al principio Darchin, luego por último Darchain, no consiguiendo escribirlo correctamente; todavía podemos observar: «*Vous ète gueri* ». *idéee* por *idée*, etc. Las letras están mal formadas, la escritura es temblorosa, vacilante, irregular, angulosa, a veces atáxica. El final de la carta es de una escritura infantil. Y el pobre Maupassant se cree obligado a hacer creer que la carta está escrita « con mano mucho más segura ».

«Unas ideas de grandeza o más bien exageraciones se dejan ver en esta carta donde Maupassant escribe: «Las duchas me han musculado y engordado extraordinariamente», pues, para tranquilizar a su madre como se propone, era inútil añadir «extraordinariamente¹. »

Gracias al Sr. Connard, hemos tenido otras cartas de Maupassant entre las manos, y las hemos sometido al mismo control. Se encuentran en ellas las mismas faltas: palabras omitidas o impropias. La señal que falta en ellas es la deformación gráfica. Hasta en sus últimas notas, la escritura de Maupassant permanece clara y semejante a lo que era antes, ni gruesa, ni temblorosa. Incluso destaca por el manuscrito del *Angelus*, que está escrito con una mano tan firme como la que escribió *Bola de Sebo*. En la carta que ha estudiado Lagriffe, y que es aquella en la que la escritura está más modificada, resulta evidente la fatiga hacia el final, pero la escritura en sí, no ha cambiado de carácter.

En esa carta, Guy de Maupassant dice que las duchas le han engordado y, a este respecto, se puede indicar que todos los médicos le aconsejaban duchas frías, lo que es un tratamiento anormal e incluso peligroso para un paralítico general.

¹ En Lagriffe, p. 28.

Está permitido entonces preguntarse si los médicos no han tardado un poco en diagnosticar la demencia parálitica. El Dr. Lagriffe lo piensa y dice « no es admisible que unos médicos amigos hubiesen dejado a Maupassant para largas semanas solo, con dos marineros sobre un velero en plena mar..., ni que se le haya dejado, sin advertir a los que lo rodeaban, emprender acciones jurídicas... Es probable, añade, que los hechos acaecidos a finales del año 1891, hayan sorprendido a todo el mundo, comprendido, aunque en menor grado, el entorno médico de Maupassant.¹»

Es normal, desde nuestro punto de vista, que los médicos no hubiesen diagnosticado la parálisis general antes de 1890, puesto que el profesor Pierret nos hace saber que Maupassant no presentaba entonces ningún indicio de esta afección.

Pero, incluso después del año 1890, Maupassant debió hacer creer a muchos que era un neurópata agotado quién se activaba mediante duchas, porque sus médicos eran casi todos sus amigos que ya lo conocían como eterómano y « original² » y porque el cuadro clínico estaba eclipsado por síntomas de migrañas, alucinaciones, que no mostraban en modo alguno la parálisis general.

Y también porque Maupassant conservaba una plena consciencia de su situación y no parecía haber presentado rápidamente una degradación intelectual caracterizada.

La lectura del libro de François es muy significativa al respecto. Maupassant parece haber presentado más bien crisis delirantes, entre las cuales volvía a tomar posesión de sí mismo. Fue algunos momentos después de haber mantenido con Auguste Dorchain las palabras más delirantes, cuando le contó el argumento de su novela el *Angelus* con tanta «lucidez, lógica y elocuencia » que nosotros también lloramos, escribe Dorchain, viendo todo lo que le quedaba aún de talento, de

¹ En Lagriffe, p. 13, 14.

² En Lumbroso, p. 93.

ternura y de piedad en esa alma que ya nunca acabaría de expresarse para derramarse sobre las otras almas¹ .»

Por otra parte, Maupassant mantuvo hasta el final una lucha feroz contra la enfermedad.

Hay días enteros en los que me siento perdido, acabado, ciego, el cerebro agotado y vivo todavía... No tengo ni una idea con continuidad, olvido las palabras, los nombres de todo, y mis alucinaciones me destrozan... No puedo escribir... Mi vida es un desastre...

Es imposible negar que Maupassant era consciente de su estado. Al contrario, se dirigía a todos los médicos, siguiendo fielmente sus consejos, yendo dócilmente para obedecerles, desde Champel a Divonne y desde Aix a Luchon, tratando de ocuparse de sus asuntos, tratando de escribir aún, disimulando ante su madre, redactando aparte su testamento, decidido a quitarse la vida cuando toda esperanza estuviese perdida y todavía esperando a pesar de todo.

¡Se está tan bien en este momento bajo el sol que entra por mis ventantas!...

Durante todo el año 1891, Maupassant muestra todavía evidentes pruebas de inteligencia, de voluntad y afectividad.

Y el 1 de enero de 1892, Guy de Maupassant trataba de matarse. Se sabe como ese día, tras haber dicho en la mesa, en casa de su madre, palabras delirantes y haberse dado cuenta, según parece, Guy de Maupassant regresa a su domicilio, despide a sus sirvientes y quiere al principio utilizar su revólver, luego finalmente se corta la garganta con un cortapapeles.

¹ En Lumbroso, p. 63, 64

Hay que destacar enseguida que Maupassant no se dio cuenta que las balas habían sido retiradas del revólver y en segundo lugar, que, después de haberte herido torpemente, no reincidió, pero se puso a proferir « terribles aullidos ». Este suicidio lleva consigo las huellas muy claras de la decadencia de Maupassant.

Pero dicho esto, ¿hay que rechazar toda consciencia en este acto y declarar, al igual que Lagriffe, que Maupassant ya era un completo demente? ¿Si Maupassant hubiese perdido ese día el control sobre sí mismo, no hubiese permanecido inconsciente y estúpido en la mesa de su madre? Además los paralíticos generales no se suicidan en el periodo de demencia.

Y por otra lado ese suicidio fue premeditado, temido por el entorno de Maupassant que lo había anunciado desde hacía tiempo: « ¿Me dirijo hacia la locura?, dígamelo. Entre la locura y la muerte, no vacilaré¹. »

Desde luego, Maupassant no tuvo el poder mental necesario para acabar su acto y la sensación del cuchillo entrando en la carne fue con toda probabilidad el punto de partida de ideas delirantes que trasladaron su último pensamiento consciente a su vértigo. Pero cuando se ve al desdichado novelista orden en sus asuntos ocho días antes y escribir esas pobres cartas desesperadas donde anuncia su inminente final, ¿no se tiene el derecho a decir que los últimos recursos intelectuales de Maupassant se concentraron, como su temperamento lo exigía, en la obsesiva idea del suicidio y que su última manifestación humana fue ese gesto liberador, a medias voluntario, a medias impulsivo, en el cual la consciencia y la inconsciencia se disputaban la preponderancia?

En cualquier caso, ese fue el último destello. Algunos días después, Maupassant era conducido a la residencia sanitaria del Dr. Blanche.

¹ En Lumbroso, p. 69.

Antes de su partida, amigos compasivos lo condujeron una última vez a ver su velero:

«Atado, con los brazos oprimidos por la camisa de fuerza, el desdichado fue conducido a la orilla. El *Bel Ami* se balanceaba suavemente sobre el mar. El cielo azul, el aire límpido, la elegante línea de su querido velero, todo eso parecía tranquilizarle. Su mirada se volvió dulce... Contempló un largo rato su navío, con mirada melancólica y tierna... Movi6 los labios, pero nada sali6 de su boca. Se lo llevaron. Se volvió varias veces para ver su *Bel-Ami*. Aquellos que rodeaban a Guy tenían lágrimas en los ojos¹».

En la residencia del Dr. Blanche, la decadencia se produjo de un modo terriblemente rápido y se confirmaron todos los síntomas de una parálisis general.

Pero incluso en el periodo de estado de la enfermedad, hay que reconocer que el cuadro clínico estaba dominado por la frecuencia de las alucinaciones y hay que señalar también la frecuencia de las crisis convulsivas.

Estos son dos síntomas que deben, desde el punto de vista de su frecuencia al menos, ser relacionados más con el temperamento neuropático de Maupassant que con la propia parálisis general. Alucinaciones y crisis convulsivas son, en efecto, fenómenos sobreañadidos que pueden ausentarse durante todo el transcurso de una parálisis general y, en el caso de Maupassant, probablemente es la presencia de su temperamento epileptisante, acentuado por intoxicaciones anteriores, donde hay que buscar, bajo la acción normal de las auto intoxicaciones admitidas en los paralíticos generales, la explicación natural de la preponderancia de las alucinaciones y de la frecuencia de las crisis convulsivas.

Fueron por otra parte una serie de crisis epileptiformes padecidas por el gran escritor, lo que parece haber impedido a la enfermedad llegar a su último periodo.

¹ En Lumbroso, p. 78.

CAPÍTULO VI

El estudio de la vida y la muerte de Guy de Maupassant permite, en resumen, enunciar las siguientes proposiciones:

Guy de Maupassant trajo consigo al nacer una herencia nerviosa verdaderamente cargada; presentó, desde su juventud y toda su vida, las manifestaciones psíquicas y físicas de la degeneración neuro-artrítica bajo la forma epileptisante, caracterizada más especialmente en él por migrañas y frecuentes variaciones de carácter y humor produciéndose sobre un fondo de melancolía y tristeza; luego, a medida que transcurrieron los años, arrastrando de la causas de intoxicación, de infección y de auto intoxicación cada vez más numerosas y violentas, las manifestaciones anteriores de la neurosis se aumentaron con obsesiones, perversiones y alucinaciones; finalmente, debiendo añadir la acción de la sífilis a la de todas las causas anteriores, Guy de Maupassant murió de una parálisis general habiendo tenido su duración habitual de cuatro años.

De este modo todo es normal; normal la degeneración, puesto que los antecedentes son evidentes; normal la enfermedad, puesto que la sífilis encontró en Maupassant el terreno más favorable y tal vez incluso el terreno necesario¹: el artrismo.

Que pensar ahora de una opinión totalmente opuesta a ésta, emitida por los señores Rémond, Voivenel² y Lacassagne³, que

¹ He aquí Lemoine, Klippel, Pierret, citados por Régis, *Traité de psychiatrie*, p. 588 y sq.

² Rémond y Voivenel, *loc. cit.*

³ Lacassagne, tesis de Toulouse, *loc. cit.*

afirma en Maupassant la presencia de una psicosis sistematizada progresiva, de un delirio crónico de Magnan.

Es absolutamente imposible, a nuestro entender, encontrar en Maupassant la evolución ni siquiera las apariencias clínicas de un delirio crónico. No hay huellas en Maupassant de un sistema de persecución y para encontrar en su vida la evolución, bien acertada, del delirio crónico, hay que recurrir a artificios cronológicos tales como éste: «Maupassant, dicen Rémond y Voivenel, se vio atormentado por alucinaciones y la primera « fue la alucinación auditiva, como es clásico observarlo. Oye una voz que pasa sobre él como un « sembrador de espanto ». Ahora bien, *Sobre el Agua*, de donde está extraída esta frase, es de 1888, y Guy de Maupassant, que no tuvo apenas alucinaciones del oído elemental, tenía desde hacía tiempo en esa época alucinaciones visuales. Sin contar que no es posible que se pueda admitir la presencia de alucinaciones en un autor basándose únicamente en dos líneas de una de sus novelas.

Del mismo modo Rémond y Voivenel reprochan a Maupassant haber creado la palabra *Horla*, que es para ellos « un neologismos como hacen a menudo los « delirantes crónicos ». Parecerá a muchos que este argumento es abusar del derecho de interpretación. Igualmente para Rémond y Voivenel, *el Horla* fue escrito durante el cuarto periodo del delirio (periodo de demencia) cuando ellos sitúan en el segundo (periodo de persecución sistematizada) los procesos judiciales de Maupassant. Ahora bien, los procesos son justamente posteriores a la aparición del *Horla*.

Nosotros diremos, al igual que Lagriffe y todos los médicos que trataron a Maupassant, no es discutible.

Un rápido resumen clínico lo demuestra perfectamente. Se le ve aparecer en efecto en 1890 sucesivamente ligeros trastornos intelectuales y físicos: dificultadas en el trabajo, mal estado general, cambios de carácter (ver procesos, cartas,

escritos al respecto, opiniones de contemporáneos); luego, en 1891, nos encontramos claramente con ideas delirantes de naturaleza absurda (ver los testimonios de Dorchain, Goncourt) y también una verdadera decadencia intelectual y física (ver las cartas examinadas por el Sr. Lagriffe); finalmente en 1892, sobreviene la demencia, necesita el internamiento, y la muerte acaece un año y medio después en el transcurso de crisis epileptiformes, como es frecuente observarlo.

La enfermedad ha tenido su duración habitual que es de cuatro o cinco años a lo sumo, y ese en un nuevo argumento en contra de los que opinan que duró diez años.

Pero, se dirá, que Maupassant tenía una enfermedad congénita. Toda la dificultad del estudio de la enfermedad de Maupassant resulta en efecto, como se ha visto en varias ocasiones, del hecho que se trata de una enfermedad que sobreviene en un hereditario y que en un momento dado, los síntomas de la degeneración se mezclan con los de la infección sobreañadida para formar, todos juntos, el cuadro clínico de una meningoencefalitis difusa.

Pero Lagriffe se ve obligado a confesar que, en este largo periodo premonitorio que él asigna a la parálisis general de Maupassant, « toda la sintomatología psíquica está en los matices¹». Ahora bien, he aquí recientemente un nuevo autor, que no se conforma con diez años, sino que propugna trece años de parálisis general². Este simple ejemplo muestra como se puede llegar lejos en un degenerado de matiz en matiz.

Por añadidura, en la teoría, pues no es más que una teoría, que admite la inusitada duración de la parálisis general en los hereditarios, no aparece inmediatamente más que en autores que han sido el blanco de las mismas dificultades para diferenciar las señales de la parálisis general y de la

¹ En Lagriffe, p. 43.

² W. Lange, La Psicosis de Maupassant (*Zentralblatt für Nervenheilkunde*, 1909).

degeneración, y que es muy posible que hayan confundido más o menos las unas y las otras. Por lo demás, cuando una parálisis general dura diez años, es casi en todos los casos porque su evolución está ralentizada por remisiones, es decir por periodos en los que el enfermo, ya reconocido paralítico general, internado ya a menudo, permanece en un estado estacionario hasta el momento en el que la enfermedad retoma su marcha hacia delante.

¿Hay algo realmente parecido en el caso de Maupassant?

Ni Lagriffé, ni Lange hablan de remisiones, pues para ellos, la enfermedad ha seguido una marcha progresiva de diez o trece años durante la cual el cerebro de Maupassant ha recorrido una larga curva lentamente descendente hasta la demencia.

Si la clínica no está de acuerdo con esta opinión, no hay necesidad de añadir que toda la obra de Maupassant protesta contra semejante interpretación. Pues finalmente, decir que Maupassant era paralítico general en 1880, es valorar mínimamente una producción literaria de diez años, en la que ningún volumen no es realmente inferior a los demás, que por el contrario todos revelan una observación reflexionada, testaruda, unida a una precisión y claridad de la frase tales que todos esos libros demandan por autor a un hombre muy concienzudo, muy trabajador y muy disciplinado.

Y la parálisis general no tiene por costumbre hacer buenas migas durante diez años con el trabajo intensivo, la aplicación obstinada y la claridad de espíritu que fueron precisamente las cualidades extraordinarias de Maupassant. ¿No resulta más simple y más lógico remitirse solamente a los hechos que gritan con toda precisión que el año en el que se puede afirmar indiscutiblemente la parálisis general, es el año en el que Maupassant ya no escribe?

Tal vez es posible, en los libros del último años, en *Quién sabe* por ejemplo, encontrar algunos signos antecesores de la

demencia próxima, pero la patología no encuentra realmente lo que busca en la obra de Maupassant, más que en esas páginas en las que el autor, con una exactitud tal que se convierte en científica, describe esos estados de ansiedad, impulsivos, obsesivos, alucinatorios, migrañosos, que derivan todos de sus neurosis.

He aquí un pasaje del tan interesante estudio del Dr. Lagriffe:

«La locura no es a menudo más que la exageración y el esparcimiento de las tendencias naturales anteriores, sobre todo en los individuos bastante degenerados; es eso lo que se ha producido en Maupassant; él se encamina poco a poco hacia la demencia parálitica, sin que sea posible precisar la época exacta en la que su locura comienza... Guy de Maupassant se revela como un neurasténico y un depresivo; el fondo de su humor es triste; se queja de todos, de todo, de sí mismo, de su salud. Y, cosa curiosa, ..., le ha faltado, aunque siempre lo buscaba, observar con impasibilidad.

Aquellos que, más tarde, tras lo que se ha llamado la catástrofe, se explicaron por fin la presencia de cuentos raros como *el Horla* ... sin embargo no han observado en ellos más que una tendencia que se encontraba más que en germen en «Joseph Prunier», el Maupassant de 1875, que firmaba... *La Mano disecada*, su primer cuento¹»

Así, finalmente, Lagriffe llega a nuestra conclusión y, para él, *el Horla* es el resultado de la tendencia que ya estaba « más que en germen » en el autor de *la Mano disecada*. En consecuencia, la diferencia entre nosotros es más aparente que real.

Maupassant fue llevado a la demencia por el artrismo que preparó el camino mediante sus acometidas congestivas, resultando de la auto intoxicación crónica al mismo tiempo que, paroxismos migrañosos, trastornos digestivos constantes,

¹ En Lagriffe, p. 15.

insuficiencia de las funciones de la piel, reumatismos, influenza, problemas circulatorios, vinieron a añadir acción propia a la de la diátesis. He aquí el terreno propicio.

Ese terreno fue enseguida fecundado, si puede decirse así, por la acción incesante de los tóxicos: éter, morfina, cloral y también por los excesos intelectuales.

Finalmente, la sífilis dará el último toque a la obra nefasta acabando de mezclar las lesiones infecciosas de la demencia paralítica con las lesiones escleróticas predispuestas de la diátesis anterior.

Es difícil ir más allá, y, a pesar del ejemplo de los dos hermanos abatidos por la misma afección, de decir con Max Nordau que la muerte de Maupassant no es más que la terminación « de una sombría novela patológica cuyo inicio remonta a su nacimiento¹».

La cuestión de la neuropatía congénita es todavía un tema de discusiones apasionadas en sus relaciones con la parálisis general. Su influencia es negada por los unos que ven incluso en la herencia neuropática un preservativo contra el síndrome de Bayle; es mantenida por los otros que, con Joffroy, no temen decir que hay que ser degenerado para ser víctima de la parálisis general. Tal vez, sin embargo, se puede tener una tendencia a compartir la opinión de Féré y a decir: « Los numerosos hechos que relacionan la patología con la teratología permiten concluir que los defectos congénitos son los factores personales más importantes de las enfermedades².»

¿Hay que preguntarse ahora si existen relaciones entre el genio de Maupassant y su neurosis?

Es cierto, por una parte, que Guy de Maupassant deber ser añadido a la lista en la que Lombroso enumera a los hombres de talento que fueron presa de manifestaciones neuropáticas.

¹ *Vues du dehors.*

² Féré, *Famille néuropathique*, p. 27.

Y parece que como consecuencia de su temperamento neuropático, esta sensibilidad exquisita que, bien contrariamente a la opinión generalmente admitida, fue el fondo de su personalidad y la causa de su pesimismo. ¿Y esa sensibilidad, esa facilidad de impresión no es el fondo y la base necesaria de todo talento y de todo genio?

¿No ha sido el propio Maupassant quién atribuía a ella su superioridad intelectual? «Es una facultad, escribe él, rara y temible tal vez, esta excitabilidad nerviosa y enfermiza de la epidermis y de todos los órganos que provoca una emoción a las menores impresiones físicas y que, siguiendo la temperatura de la brisa, los senderos del suelo y el color del día, impone sufrimientos, torturas y alegrías»¹.

¿Es entonces el genio una neurosis como el vicio y la locura? «¿Los alienados, los criminales y los genios tienen una excitabilidad innata semejante que les hace reaccionar al margen de las reglas psicológicas ordinarias y cuya especialidad no queda determinada más que por las circunstancias exteriores?»²

¿O bien, al contrario, debemos decir como Bajenow que los genios representan una forma futura hipertípica, pero aún incompleta de la inteligencia humana, un boceto imperfecto del hombre del mañana³?

Sea que se considere el genio como el resultado del funcionamiento de un cerebro más evolucionado de lo normal en algunos aspectos, pero también más incompleto en otros, sea que por el contrario se le tenga por una forma particular de degeneración, no es menos cierto que en Guy de Maupassant encontramos por una parte, el genio, y por otra la neurosis.

Pero si Maupassant debió su genio a su neurosis, todavía le debió más su sufrimiento y su muerte.

¹ *La Noche*.

² Féré, *Famille néuropathique*, p. 41

³ Bajenow, *loc. cit.*

Es ella quién respondía: «¡Pasaremos las noches! – ¿Y la fuerza? – ¡Tomaremos café! – ¿Y la inspiración? – ¡Beberemos absenta¹! » conduciendo así a Maupassant a todos sus fatales excesos: excesos de placer, excesos de trabajo.

Esta temible compañera haciendo vibrar sus sentidos con goces infinitos y perversos, agitando ante sus ojos enfermos imágenes ignoradas e inundando sus oídos de ruidos desconocidos, le impedía escuchar la voz profunda que decía: «¡Vamos, cerebro humano, construye páginas, frases, líneas; vuélvete cien veces al día; gira sobre ti mismo; hínchate como una esponja; exprímete como un limón, hasta que te deseques súbitamente, que la locura te sacuda como a un árbol en la llanura, que la parálisis sobrevenga, que la inconsciencia llegue y la muerte termine todo²! »

«¿El profundo mal de Maupassant, dice en un mismo orden de ideas Maurice Talmeyr, no era también y tal vez por encima de todo un mal moral? ¿No era esa especie de nihilismo místico y materialismo atormentado que se dejaba plasmar como un sospechoso vértigo en toda una parte de su obra³? » Si las obsesiones de Maupassant tienen en efecto su fundamento profundo en su neurosis, no es menos cierto que las ideas obsesivas de soledad, de amor y muerte obsesionaron antes que a él a todos los grandes espíritus atormentados de misterio e inquietos por la búsqueda de las causas. ¡Y Maupassant conocía las terribles consecuencias de ese mal moral! « Los que sucumben por el cerebro, escribe él, Baudelaire, Heine, ¿no han sido aniquilados por el mismo esfuerzo para derribar esa barrera material que aprisiona la inteligencia humana⁴? »

¹ Alexandre Dumas, hijo, citado por Grasset, en *Thérapeutique du Systeme nerveux*.

² En Grasset, *loc. cit.*

³ *La Liberté* (loc. cit.)

⁴ *La Vida errante*.

Pero, inclinado sin embargo, a la llamada deslumbrante de la naturaleza, hacia los goces de la tierra, decía en una frase que resume a la vez el estudio de su carácter y la historia de su vida: « ¡Qué lugar ideal para vivir en él sería esa tierra donde duermen los muertos¹! »

¹ *Sobre el agua*, p. 43

CONCLUSIONES

I. – No hay una epilepsia, hay epilepsias. Todas las neurosis de descarga son epilepsias. La migraña es una manifestación epileptisante en el dominio sensitivo del mismo modo que la crisis convulsiva lo es en el dominio motor.

II. – Guy de Maupassant sufrió toda su vida de violentas migrañas y debe ser pues clasificado, por ese hecho, entre los epileptisantes.

III. – Es mediante la acción de la neurosis como se deben explicar las diversas manifestaciones físicas y mentales que presentó durante su vida.

IV. – Guy de Maupassant murió presentando todas las apariencias clínicas del síndrome de parálisis general y la meningoencefalitis difusa fue, en él, amortiguada al principio por la auto intoxicación normal de los neuro-artríticos (nutrición ralentizada, accesos congestivos, migrañas); favorecida a continuación por intoxicaciones (éter, morfina, etc.), y finalmente desarrollada por infecciones (sífilis, gripe, reumatismos).

V. – Los primeros síntomas de la parálisis general se mostraron en el transcurso del año 1890.

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra. Junio 2009.